

«LA RUTINA ENFERMA EL CORAZÓN»

428/Noviembre 2012

ADVIENTO

(A mis hermanos del grupo “LITURGIA”)

«Sale el sol, se pone el sol, y mañana vuelve a salir...», dice el libro del Eclesiastés (1,5). **¿Os imagináis una vida en la que todo es igual?** Un día sigue a otro día, sin novedades, sin buenas noticias, sin motivos para hacer cosas distintas, sin ganas de esforzarse ni de soñar.

La rutina es como una mala hierba que crece y seca todo lo que nace junto a ella: mata el buen humor, mata la simpatía, mata las ilusiones, mata las ganas de vivir:

*Señor, me cansa la vida,
tengo la garganta ronca
de gritar sobre los mares,
la voz de la mar me asorda.*

*Señor, me cansa la vida
y el universo me ahoga.*

*Señor, me dejaste solo,
solo, con el mar a solas.*

*O tú y yo jugando estamos
al escondite, Señor,
o la voz con que te llamo
es tu voz.*

*Por todas partes te busco
sin encontrarte jamás,
y en todas partes te encuentro
sólo por irte a buscar.*

Antonio Machado

El corazón puede esponjarse, ensancharse, engrandecerse... de vez en cuando nos da algunos sustos, y duele. Como dice una canción: “*me duele el corazón de quererte tanto*”, luego, también puede fatigarse y enfermar de amor... y de rutina. **¡Atentos! El corazón puede enfermar de rutina.**

Nos levantamos un día por la mañana y descubrimos que no tenemos ningún aliciente, que se nos presenta gris y aburrido, como un cuento ya sabido, como una mala película o serie de T.V. en que se adivina la trama, escena tras escena, antes de que ocurra. Si esa sensación pasa a ser experiencia cotidiana va trazando su surco delatador en el rostro y decimos: “**esa persona no está bien**”, “**a esa persona le falta alegría**”, “**está cansada de vivir**”.

El dolor del corazón que tiene su origen en el cansancio de la vida no es exclusivo de las personas que no creen. Puede ser que esta grave dolencia se meta en la vida del creyente, incluso del cristiano. La fe que profesa con los labios el creyente en Jesucristo afirma que es bello vivir, que la vida es un don de Dios, que cada día es una oportunidad para crecer como personas, para ayudar y dar vida a otros... pero cuando su corazón enferma de rutina, entonces: **«le cansa la vida»**.

Nos preguntamos por el papel de la fe cristiana en esta situación:

- **¿La fe que profesamos nos proporciona las herramientas suficientes para hacer frente a la rutina?**
- **¿Un cristiano puede dejarse vencer por el cansancio y la desesperación?**

Si, como creyentes, somos sinceros con nosotros mismo y somos sanamente críticos con nuestra Iglesia, debemos comenzar reconociendo que estamos en riesgo real de ser “*infectados*” por la enfermedad de la rutina.

La Iglesia convoca, una vez más, en todo el mundo, a levantar los ojos. **¡Es tiempo de Adviento! ¡Tiempo de avivar la esperanza!** Es tiempo de preguntarse: **¿Cómo está mi corazón?, ¿está henchido de ilusión o cargado de cansancio?**

En este Adviento que comenzamos, volvamos de nuevo al evangelio de Jesús y leamos como si fuera la primera vez:

«LEVANTAOS, ALZAD LA CABEZA, SE ACERCA VUESTRA LIBERACIÓN»

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Jeremías 33,14-16): *Suscitaré un vástago que hará justicia.*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 3,12-4,2): *Proceded así y seguid adelante.*

Evangelio (Lucas 21,25-28.34-36): *Levantaos, alzad la cabeza.*

Llevamos mucho, quizás demasiado, tiempo con la dichosa crisis que, aparte de servir de pretexto para comentarios, disertaciones, debates, tertulias y manifestaciones de protesta, sigue causando un creciente número de víctimas y provocando toda clase de problemas para los más desfavorecidos de nuestro mundo. Y, aunque se insinúen señales (“*brotos verdes*”, decían algunos), de que la crisis puede estar (con rescate o sin rescate), empezando a remitir, la realidad es que solo se cumplen las expectativas de los ricos y siguen frustrándose las esperanzas de los pobres.

Todo parece indicar que lo que no se supera es la crisis del sistema, perdiendo así la ocasión de acometer, con entusiasmo, un futuro solidario y justo para todos los pueblos y para todos y cada uno de los seres humanos, de modo que los “*Derechos Humanos*” no sean papel mojado sino disfrute gozoso para todos.

No es casualidad, sino gracia de Dios, que en este domingo escuchemos la voz de Jeremías, llamando al pueblo, abatido por una gran crisis como fue el destierro de Babilonia, a que levante la cabeza, recobre el ánimo y ponga en pie la esperanza ante lo que se avecina: «*Porque llega el fin de la crisis, la liberación, la salvación*».

No va a venir de inmediato, ni va a suceder sin participación y compromiso; por eso el profeta llama a la responsabilidad para que secunden la acción del Mesías, del Salvador. Lo mismo que en nuestro caso, la responsabilidad y el compromiso de todos es indispensable para superar la crisis y afrontar con ilusión y con esperanza un cambio del sistema que despeje el futuro común de la humanidad.

El evangelio recoge la misma llamada a la esperanza del profeta. Esta vez Lucas pone esas palabras en boca de Jesús. Tras describir en dos pinceladas una crisis impresionante, como es el fin del mundo, o sea “*el fin de este mundo*”, de este modo de explotar y organizar este mundo, llama a la esperanza y a la responsabilidad.

Los consejos del evangelio vienen a denunciar las causas de la famosa crisis y de todas las crisis económicas, porque siempre se trata de lo mismo, la despreocupación, la insolidaridad, la ambición, el afán de pasarlo bien, de divertirse y disfrutar a pesar de la pobreza de los demás.

En estos días el ambiente está ya anunciando las navidades del consumo, mientras que los cristianos tratamos de preparar la Navidad del Señor. En cambio, la palabra del Señor nos invita a mirar más lejos y a prepararnos para el último futuro, el futuro común. No podemos dejarnos seducir por los reclamos de la propaganda y de la publicidad que sólo apunta a la satisfacción inmediata y al consumo.

Pero tampoco podemos reducir la Navidad a una fiesta de familia o de la comunidad cristiana, ensayando villancicos, reagrupando a los miembros de la familia y preparando una liturgia especial para la noche santa. No podemos quedarnos en la venida del Señor, tenemos que ser conscientes de que su venida marca el principio del fin, del cambio radical, de un mundo nuevo, de una fraternidad universal, de una solidaridad sin fronteras.

La venida del Señor es anticipo y preparación de su segunda venida, cuando vuelva para coronar su obra de salvación. Hemos sido llamados a salvar el mundo, a hacer posible un futuro común para todos, y esperamos conseguirlo cuando el Señor quiera venir a completarlo. Pero estamos en ese empeño y no podemos cruzarnos de brazos.

El recuerdo de la Navidad es llamada a la responsabilidad de hacer posible la familia humana en el horizonte de la vuelta del Señor a celebrar la gran fiesta de la familia de Dios en la tierra y en el cielo.

El Adviento y la crisis nos deben movilizar a dar el cambiazco de este mundo, del sistema. Sólo hay un futuro... **¡el de todos!**

¿NOS VAMOS A CONFORMAR CON PREPARARNOS PARA CELEBRAR LAS NAVIDADES O ESTAMOS DECIDIDOS A CELEBRAR LA NAVIDAD?

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Génesis 3,9-15.20): *¿Qué es lo que has hecho?*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.11-12): *Nos ha bendecido en la persona de Cristo.*

Evangelio (Lucas 1,26-38): *Aquí está la esclava del Señor.*

La salvación, la sanación de Dios, realizada por su Hijo Jesucristo, puede manifestarse en el tiempo del pecado o en el tiempo de la gracia. El evangelio describe la manera que tiene nuestro Dios de acercarse a nuestra vida. Lucas utiliza este recurso del diálogo de Dios con María; el mismo recurso del que se sirve el autor del libro del Génesis cuando el Creador busca a su criatura que se ha perdido.

En el caso de María, la cercanía al creador posibilita la búsqueda hacia adelante, la acogida de la propuesta imposible y la pregunta por lo que parece improbable “*la maternidad de una mujer virgen*”. Por lo que respecta a Eva, el distanciamiento de Aquel que le ha regalado una forma de vida desnuda, esto es sin tener que adornarla para parecer otra cosa diferente a lo que una persona es en realidad.

El Adviento nos permite, en cada ciclo litúrgico, hacer este recorrido que siempre transcurre desde la cercanía o el alejamiento a nuestro Padre Dios, hasta poder encontrarnos con su gran y transformador amor que se acerca a nuestra vida para salvarla y, así, hacernos dueños de ella.

El pueblo de Israel siempre vivió su relación con Yahvé, creador y libertador como el Dios que cumple sus **promesas**. Los libros del A.T. están llenos de estas promesas, y María seguro que las había escuchado y aprendido desde niña. Lo que ella no tenía previsto era que, cualquiera de nosotros, puede formar parte de las promesas de Dios y llevar adelante alguno de sus planes de salvación que Él ha pensado, desde siempre, para la humanidad. Por eso, *el hombre o la mujer abandonarán sus propios planes*, por muy buenos y santos que estos sean, para llevar adelante los de Dios.

Actualmente pequeños grupos o comunidades de cristianos, se convierten en promesas de la presencia de Dios en el mundo y, fiándose en la promesa de Jesús: **«donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»** (Mateo 18,20), tienen la audacia necesaria para proclamar la Buena Noticia del Reino de Dios para todas las personas.

Por otra parte, hace falta en esta etapa histórica que acojamos la vida de cada hombre como un acontecimiento único e irrepetible del acercamiento de Dios a nuestra historia personal y comunitaria. Porque, cuando alguien se acerca a nosotros, hemos de pensar que lo hace para entrar en relación con la vida que llevamos adelante. Esa persona viene a ofrecerse para unirse a nuestro proyecto o a solicitar nuestra ayuda para poder continuar el suyo. Si se la negamos, destruimos sus **esperanzas**; si no le acogemos, nuestro proyecto quedará encerrado en nosotros.

No nos queda más remedio, pues, que abrir las puertas para acoger todo lo que nos llega de los demás; una vez acogido, ver lo que nos puede venir bien para sacar adelante lo que llevamos entre manos y, con el tiempo, disponernos de la mejor manera posible para salir a encontrarnos con los que caminan en la misma dirección aunque sea desde puntos de vista diferentes.

A partir de estas **promesas** y henchidos por esta **esperanza**, empleemos también tiempo para realizar **proyectos** de futuro, en los que nos encontremos todas las personas a pesar de los actuales distanciamientos por razones del color de la piel, del sexo o de la religión; y nos ayuden a todos a edificar la casa común en la que cada uno desarrolle lo mejor de sí mismo.

Así, cada cual vamos experimentando nuestro proyecto de vida a corto, medio y largo plazo con la inestimable aportación de los demás y teniendo siempre en cuenta que la dirección que llevamos es la adecuada, tanto en las grandes como en las pequeñas acciones.

Como María, también nosotros deberíamos sentirnos agraciados, acompañados por el favor de Dios para llevar adelante sus planes y acercarlos a otras personas que en este tiempo buscan y no encuentran, piden y se les niegan las más pequeñas oportunidades, están llamando a nuestras sociedades desarrolladas y se les cierran todas las puertas para que continúen en su pobreza.

María hace confesión de fe en las promesas de Dios y se manifiesta dispuesta para llevar adelante la misión encomendada: **«hacer presente, en medio de la vida de la gente, el proyecto de Dios»**. De esta manera renacerán en el pueblo las esperanzas de llegar a ser un solo pueblo con un solo pastor que lo conducirá a unos cielos nuevos y a una tierra nueva. Que María acompañe nuestra vida y nos ayude a percibir lo nuevo que está naciendo en nosotros, a nuestro lado y en los lugares más alejados, donde mujeres y hombres se deciden a ser y a vivir como hermanos.

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

1ª lectura (Baruc 5,1-9): *Dios mostrará tu esplendor.*

2ª lectura (Filipenses 1,4-6.8-11): *Que vuestro amor siga creciendo.*

Evangelio (Lucas 3,1-6): *Preparad el camino del Señor.*

Este domingo, la Palabra de Dios se inicia con una invitación del profeta Baruc a la esperanza. Jerusalén debe despojarse del luto y la aflicción, adornarse con el manto de la justicia y coronar su cabeza con una corona de gloria, porque Dios va a mostrar a sus hijos su esplendor y la va a bendecir con la paz. El pueblo debe confiar en la promesa de su Dios, y vivir en una esperanza activa, preparando y acelerando el cumplimiento de esas promesas.

En la plenitud de los tiempos, las palabras de Dios se cumplirán con el envío de su Hijo muy amado, Jesucristo, el Señor. Y otro profeta, Juan Bautista, en el año quince del reinado del emperador Tiberio, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, gritará en el desierto de Judea: **«preparad el camino del Señor»**. Es la buena noticia de Dios, el cumplimiento de sus promesas.

El Mesías esperado, la salvación de Dios, habita en medio de su pueblo. Hay que prepararse para recibirlo. Y para ello, el Bautista utiliza un lenguaje muy sencillo de entender por los que le escuchan, y por cuantos, a lo largo de los siglos, como nosotros hoy, quieran oír su mensaje y acogerlo en su corazón: los caminos de Dios, y de sus hijos, deben ser allanados, los valles han de ser elevados y los montes abajados, lo torcido enderezado y lo escabroso igualado. Entonces todos verán, veremos, la salvación de Dios.

La aplicación a nuestra vida personal y comunitaria es tan evidente, que casi da vergüenza poner ejemplos. Es preferible, y más consecuente con nuestra fe de cristianos responsables, que cada creyente y grupo pensemos, a la luz del Evangelio, cómo nos afecta a nosotros y que hay en nuestras vidas que deba ser sometido a reflexión.

También la Iglesia en sus instituciones y en los que en ella están revestidos de mayor responsabilidad, deben intentar responder a ese clásico deseo: *“Ecclesia Semper reformada”*, la Iglesia ha de ser siempre reformada, para responder a su vocación de sacramento universal de salvación, signo e instrumento de la unión íntima de cada hombre con Dios y de la unidad del género humano, solidaria con los gozos y esperanzas, angustias y tristezas de los pobres y de los que sufren.

Donde se anuncia la esperanza, allí se anuncia la tarea: **«La esperanza verdadera y cierta, está fundada sobre la fe en Dios Amor, Padre misericordioso, que ha amado tanto al mundo como para darle su Hijo Unigénito, para que los hombres puedan tener vida en abundancia»** (Benedicto XVI – *Spe salvi*). Esa esperanza de vida abundante es un clamor al que conviene poner rostro, y todos podemos hacerlo: son los 868 millones de personas que, en el mundo, están afectados de hambre, las más de un millón de familias que, en España, están al borde de la pobreza porque no perciben ningún ingreso para poder subsistir, así como tantos otros que cada uno de nosotros conocemos, que forman parte del álbum de fotos de Dios, que son sus hijos muy queridos, a los que cada día Dios mira con la ternura de una madre.

El Año de la fe será una gran oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad: **«¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe”»** (Santiago 2,14-18). **«Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad»** (Pablo, 1 Co 13,13).

El que ha recibido de Dios el don de la esperanza, ha de ponerse a la tarea de hacerla posible para otros: **«Se puede pensar con toda razón que el porvenir de la humanidad está en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y razones para esperar»** (Gaudium et spes 31). También estos sembradores de esperanza son mirados por Dios con inmenso cariño. Son los profetas de ayer, de hoy y de siempre: Baruc, Isaías, Juan Bautista, Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, Juan XXIII, Óscar Romero, Teresa de Calcuta... y vosotros, hombres y mujeres de buena voluntad, que hacéis posible la esperanza en vuestros vecinos, en la escuela, en las asociaciones, en el sindicato, en la política, en el periodismo, en las relaciones humanas. Con frecuencia algunos de estos profetas son *“martirizados”*. Pero Dios lleva sus vidas a una definitiva Navidad.

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

1ª lectura (Sofonías 3,14-18a): *Alégrate de todo corazón.*

2ª lectura (Filipenses 4,4-7): *Os lo repito, estad alegres.*

Evangelio (Lucas 3,10-18): *¿Qué hacemos nosotros?*

Imaginemos que nos anuncian la llegada en el tren, en las próximas fechas, de una persona muy querida con la que hace tiempo sentimos deseos de hablar, contar viejas historias, recordar antiguos momentos, revisar el nivel de realización de nuestros proyectos personales y reír juntos por la alegría del encuentro y la vieja amistad recuperada y revitalizada.

Una amistad que, en tiempos, había servido de apoyo, ánimo e invitación a superarse en los momentos de decaimiento. Una amistad, por tanto, sentida y añorada.

El anuncio tiene una doble consecuencia, pues a la alegría del encuentro, sigue, inmediatamente, la cuestión exigente del cómo organizar las fases del acontecimiento.

La persona que llega no se va a quedar en la estación. Queremos que venga a casa, que la encuentre agradable, que se sienta cómoda, que pueda vivir y convivir sin agobios ni nerviosismos, con naturalidad y sintiéndose acogido con todo el corazón, para poder pasar buenos ratos, libres de tareas y libres para conversar, pasear, visitar, compartir.

Hay, pues, que limpiar, organizar, ordenar. Hay que poner en marcha todo lo que pueda preparar el encuentro y hacerlo más intenso, más aprovechado, más festivo y alegre.

¿Qué hay que hacer para el encuentro navideño con Jesús que nace y viene a nuestra vida?

- ◆ Como al amigo, no hay que recibirlo con grandes aspavientos y liturgias protocolarias propias de las recepciones oficiales.
- ◆ No hay que llevarlo a un hotel lujoso y mantenerlo lejos de nuestra realidad vital y familiar.
- ◆ Habrá que compartir con Él lo que somos, tenemos y vivimos. Nuestra propia casa, nuestra propia familia, nuestra propia vida.
- ◆ Habrá que ponerse en marcha desde el interior, cambiando nuestras actitudes de rutina, que no los marcos externos, y dándole un sentido de impaciencia y alegría de nuestra espera.

Se trata de invitarlo a nuestra realidad, de hacerlo entrar en nuestra vida, sin ocultarla pero queriendo cambiarla en función de que se sienta bien. Y, curiosamente, lo que hacemos por Él para que se sienta bien, repercute en nosotros y hace que nos sintamos mejor.

Dios no nos pide grandes gestas. Nos pide lo que vivimos.

No pretende grandes festejos externos; busca celebrar con normalidad la alegría de encontrarse y volver a recuperar las viejas relaciones amistosas que tanto prometían y proyectaban pero que nuestra inconsistencia dejó ir sin alcanzar aquellas metas.

La preparación nos acerca a la realidad del encuentro y a la alegría de unir **Navidad**, con todo lo que evoca, y **vida**, con todo lo que preocupa.

¿CUÁL ES NUESTRA DISPOSICIÓN PARA LA NAVIDAD?

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

1ª lectura (Miqueas 5,1-4a): *Éste será nuestra paz.*

2ª lectura (Hebreos 10,5-10): *Todos quedamos santificados.*

Evangelio (Lucas 3,39-45): *¡Bendito el fruto de tu vientre!*

No debió ser fácil para María asumir su nueva situación: Una adolescente embarazada... ¡de Dios! Sus planes, sus sueños, sus sentimientos, su fama e, incluso su relación con José estaban seriamente afectados. Aceptar ser la madre del hijo de Dios exigía un cambio radical de vida. María no se siente más importante que nadie. La irrupción de Dios en su vida la pone en camino, al encuentro con Isabel, con quien comparte el embarazo y una experiencia de Dios similar.

María no es la única ni la última persona con quien Dios entra en relación. Son infinitos los hombres y mujeres que han sentido cómo Dios tocaba su corazón e inundaba su vida. Es la fe, la historia de las personas y Dios. La vida del creyente se llena de preguntas y admiración, incluso confusión, **¿por qué te has fijado en mí?** Es el comienzo de una relación en la que los hombres y mujeres harán suyo el Evangelio y recorrerán los caminos de Jesús. Es un proceso largo, lleno de luces y sombras, pero guiados, fortalecidos y animados por el mismo Dios.

Hay quienes definen el momento actual como el “*eclipse de Dios*”. Otros, enojados ante la injusticia del mundo, niegan su existencia; algunos “*se apuntan*” a otras religiones de dioses más actuales y cómodos; los hay que acusan a los creyentes de no saber transmitir con obras y palabras como es Dios. Parece que Dios ya no es evidente... y puede parecer que tampoco sea necesario.

Hay una realidad que no podemos negar: la existencia de multitud de marginados. Las víctimas son demasiado evidentes. La técnica, los avances y la riqueza no han hecho disminuir los porcentajes de personas en riesgo de exclusión. Hombres y mujeres que padecen la injusticia del hambre, que sufren la violencia, que pierden el trabajo y la esperanza, que fracasan en su proyecto de vida, que cargan con la enfermedad... son los favoritos de Dios. Los más desdichados, los más pequeños, los más desconocidos. Entre ellos descubriremos a Dios con más facilidad. Los “*don nadie*” del mundo son los favoritos de Dios.

En la Biblia encontramos el gran manantial de la esperanza. Otro mundo es posible, porque Dios ha soñado con él y elige a los pequeños, a los débiles, a quienes el mundo ha rechazado... para llevar a cabo su misión. Al fin y al cabo, Dios apuesta por lo pequeño para llevar a cabo su proyecto. Hasta su hijo sale de «*la pequeña Belén de Efrata*», y su madre es una joven adolescente. Todo parece imposible y, sin embargo, es la gran noticia para la humanidad.

Quien se aproxima al que sufre está abriendo su vida a Dios. Quien abre su vida a Dios se aproximará a quienes padecen necesidad. María es el icono de vinculación entre Dios y los necesitados del mundo.

Los creyentes tenemos una gran reserva de esperanza que compartir. Una esperanza que es capaz de soñar en un Dios que se hace Hombre, en un Hombre que es Dios; en un mundo sin llanto ni dolor, en justicia, en amor, en paz; en unas personas iguales en derechos y obligaciones y con un reconocimiento real de su dignidad; en una creación que es regalo de Dios y de la que somos administradores y responsables.

Y la gran esperanza, una vida para siempre, con todos, junto a Dios. Esta esperanza es compromiso con el proyecto de Dios, pero también es confianza en Él, que nos da su fuerza. Es el Adviento, el tiempo de la esperanza activa y comprometida.

También nosotros repetimos «*aquí estamos para hacer tu voluntad*». Es la respuesta del oyente de la Palabra, que hace suyo el proyecto de Dios. Así hizo María y se puso al servicio de Isabel y de toda la humanidad. Así lo han hecho quienes, por la fe, han dado un nuevo sentido a su vida y se han puesto al servicio de los demás. Así lo hacen quienes son capaces de mirar al prójimo necesitado con cariño y gastan su tiempo y su vida a su servicio. Así lo hacen quienes ponen en sus prioridades a los más necesitados y, junto a otros, son sembradores de esperanza.

El gran sueño de Dios con la humanidad está todavía sin culminar. Falta mucho por hacer. La fe nos sigue uniendo y animando a los creyentes. No podemos desconfiar ni desfallecer; además, tenemos la certeza de que «*lo que nos ha dicho el Señor se cumplirá*»

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52,7-10): *Romped a cantar a coro.*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Adórenlo todos los ángeles.*

Evangelio (Juan 1,1-18): *Y acampó entre nosotros.*

Lo que cuentan, en realidad, los evangelios sobre el nacimiento de Jesús es muy poco. Lucas se limita a decir que *«estando ellos allí, le llegó la hora del parto y dio a luz a su primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no habían encontrado sitio en la posada»* (2.6-7). Con esta brevedad y sencillez se nos relata el momento en que Dios nace como un niño cualquiera. Unos años después, Juan, en el prólogo de su evangelio, nos hará ver en profundidad lo que significa la noche de Belén: *«La palabra se hizo carne y acampó entre nosotros»*.

La Palabra ha colocado su tienda de campaña entre nosotros. Es el misterio de la encarnación. Es el misterio de Navidad. *«Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único»*. La Palabra se empequeñece, se hace niño, se hace ternura. Es Dios con nosotros, hermano, amigo de todos, y Dios y el hombre se unen definitivamente y ya no se pueden separar. *«Dios se ha humanizado para que el hombre se divinice. ¡Oh admirable intercambio!»* (Liturgia de las horas).

Dios ha colocado su tienda entre nosotros; su presencia se va ensanchando desde el vientre de María, a la cuna de Belén, de allí a la casa de Nazaret, después a la Iglesia -*«Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos»*-, hasta alcanzar a toda la humanidad y al corazón de todos los hombres, especialmente de los que sufren.

Es una tienda desgarrada, pero una tienda santa, como la Eucaristía. Hay que mirar al pobre como *«sacramento santo de Cristo»*. Jesús sigue siendo rechazado de la gran ciudad, de las casas confortables, de las mesas bien abastecidas, del mundo del bienestar, y se hospeda en la gente humilde y sencilla; en los pequeños y desposeídos; en los corazones dolientes y desgarrados. Por tanto, si quieres que Jesús nazca en tu corazón, tienes que ser pobre y humilde, como la cuna del Dios de Belén.

El mundo no se percató de la novedad de Dios. Las cosas sucedieron demasiado humanamente. Dios se empeñó en ser uno de tantos. Tenía ascendencia real, y aun divina, pero nació como uno de tantos. No es extraño que naciera pobre, marginado, a las afueras del pueblo, que sufriera rechazo y exclusión, *«que no hubiera sitio para Él»*. Para los pobres nunca hay sitio. El Hijo de Dios fue un excluido más, uno de tantos.

Hoy Jesús nacería en un suburbio, en una patera, en un campo de refugiados, en una familia en paro... Son las leyes de los imperios económicos de hoy y de siempre, son las estructuras político-financieras del capitalismo imperante, son las ideas dominantes, contagiadas de racismo, de insolidaridad, de codicia, del miedo a perder el nivel de bienestar material adquirido. En esto estamos todos incluidos y contagiados. Mucho tenemos que cambiar, si queremos que este nuevo orden que se inició en Belén renazca en nuestro mundo.

«La palabra se hizo carne y acampó entre nosotros». Éste es el verdadero núcleo de la fiesta de Navidad, sobre el que se ha ido construyendo la bella y humana bendición cristiana. Y así:

- La **Navidad** se ha convertido en una fiesta de familia, porque los protagonistas de la primera Navidad fueron una familia como la nuestra, que vivió la ilusión primera del nacimiento de un niño.
- La **Navidad** es la fiesta de la solidaridad, porque lo que ocurrió en la primera Navidad fue que el mismo Dios se vino a vivir con nosotros, dejó de ser solitario y lejano, para convertirse en solidario y cercano, compartió todo lo humano dentro de una historia en la que los protagonistas fueron los pobres y los sencillos.
- La **Navidad** es la fiesta para los niños, porque toda la historia tiene la belleza y la sencillez que siempre fascina a los niños.
- La Navidad es la fiesta de los niños porque el mismo Dios se hizo niño. Y todo hombre, por adulto y serio que sea, experimenta siempre la nostalgia de una niñez perdida y siempre añorada.

¿A qué se reduce en general la Navidad?

¿Dónde y cómo crees que se ha realizado, este año, el misterio de la Navidad?

«DIOS SIGUE NACIENDO...»

La Navidad es nacimiento, esperanza, amor, vida...
pero su celebración repetida puede hacernos perder su novedad.
Cada tiempo es distinto, cada generación es diferente, cada circunstancia es nueva, y la luz que irradia Dios alumbramos siempre de modo nuevo, auténtico y distinto.
Es la novedad del amor y la grandeza del Dios empujéncido y apasionado por la humanidad, por amor.
Nada queda sin su luz. Solo es necesario recibirla y reconocerla.
La Navidad expresa la experiencia básica de la fe: Dios está a nuestro lado.
Navidad es Dios con nosotros... ¡en un pesebre!
De la pobreza surge la luz que ilumina a todo hombre.
Es la autenticidad de Dios.
Que nada oculte ni disimule la grandeza de este nacimiento.
¡Pocos lo descubrieron!
Pocos miraron en la parte de atrás de la posada, junto a los animales.
Pocos pensaron que Dios nacería en la miseria.
Solo los necesitados y los que en medio de la noche, buscaban una luz que iluminase la existencia.
El nacimiento de Dios se sigue dando en la humildad y sencillez.
En las acciones básicas y solidarias que buscan el bien de las personas.
En los gestos utópicos de indignación que promueven un mundo más fraterno.
En los gritos de denuncia ante las injusticias.
En las palabras que rompen barreras ideológicas para promover encuentros entre diferentes.
Son otros pesebres que iluminan nuestro mundo y nos hablan de Dios.
Muchos no sabrán reconocerle y seguirán caminando en medio de la noche.
No vivimos tiempos fáciles.
Buscamos luces, indicadores y referencias que nos marquen el camino.
La claridad volverá a venir de un pesebre: sencillo, discreto, silencioso... pero eficaz.
Allí nace el amor, la compasión, la solidaridad y la utopía.
Allí nació Dios y sigue naciendo la esperanza de nuestro mundo.
La Iglesia, comunidad de fe, abre los ojos para reconocer, en medio de los signos de los tiempos, esta presencia de Dios.
Ojalá, en medio de la noche, sepamos reconocerle.

...EN LA SENCILLEZ DE LA VIDA»



FELIZ
NAVIDAD

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (1º Samuel 1,20-22.24-28): *Al Señor se lo pedí.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-2.21-24): *El mundo no nos conoce.*

Evangelio (Lucas 2,41-52): *Bajo su autoridad, iba creciendo.*

Una imagen anodina casi, por natural, normal y frecuente, le sirve a Lucas para hablarnos de dos realidades muy arraigadas, profundas y necesarias en la vida de todos nosotros.

Una familia se va de excursión, de turismo religioso diríamos hoy, al centro que simboliza toda la tensión y necesidad de lo religioso. El templo de Jerusalén es la expresión arquitectónica de la inquietud trascendente que el ser humano lleva dentro y que los judíos levantaron para dar forma y cauce a la relación con la trascendencia.

Como ese templo, único en su religión hay muchos en todas las religiones, y hacia ellos se dirigen en peregrinación unos, en turismo religioso otros, para cumplir con la inquietud interior a la vez que, con la normativa, la orientación o la invitación de la propia religión.

En aquella familia judía que acude al lugar referente, seguramente pensando en pasar un día divertido, agradable, las cosas se transforman en preocupación. La búsqueda tranquila de un cumplimiento religioso se transmuta en preocupación agobiante por el hijo sin el que la vida se les hace vacía.

Como padres, el cumplimiento externo de la peregrinación, no les ha dado excesivos agobios pero, de repente, la peregrinación cambia por un peregrinar lleno de ansiedad. Y no entienden demasiado, pero empiezan a darle vueltas a la cabeza y al corazón, a Dios, antes, lo buscaban con tranquilidad, incluso con distancia, al fin el Dios del templo les parecía un Dios un tanto lejano.

Ahora, a su hijo, lo buscan con todo el interés del mundo, necesitan encontrarlo para que su vida no quede abocada a la ausencia. Y esto les da que pensar. Tienen que darle vueltas en la cabeza, porque intuyen que en su hijo están entendiendo algo que no termina de salir y hacerse claro.

La madre, terminará sabiendo y creyendo que, preocupación humana y preocupación religiosa se integran y son expresión del fondo del corazón humano, que busca desde su más profunda necesidad y condición. Que lo trascendente y misterioso, lo divino y lo humano, el Amor y el amor no son realidades ajenas y extrañas sino expresiones de un mismo proceso.

A Dios no tenemos por qué buscarlo en referentes extraños, lo buscamos y se nos muestra en las dimensiones más normales y necesarias de la vida. Que Dios, como el hijo, es tan necesario y preocupante, tan deseado y satisfactorio, tan anhelado y colmado como las facetas más profundas, normales y familiares de la vida.

Que en las estructuras naturales y normales de nuestra psicología profunda y cotidiana está presente la necesidad de amor como lo está la necesidad del gran Amor. Y si los amores de nuestro entorno familiar nos son tan necesarios como preocupantes, el gran Amor nos es tan necesario como causa y fuente de preocupación.

Entrar en el ámbito familiar es entrar en un mundo de satisfacciones y problemas a la par, porque el amor es en la familia donde se vive y se entiende.

Fuera de la familia hay muchos sucedáneos amorosos que solemos confundir con placer, gusto y atracción. Pero el amor, a la vez que necesidad profunda y satisfacción inmensa, es preocupación y búsqueda incansable de ese alguien que nos desvive.

Así es, también, el amor religioso de Dios, como el amor familiar. Por eso la familia, además del ámbito de vivencia y aprendizaje, es modelo, analogía e imagen del gran Amor que todos buscamos y anhelamos. Tan natural como Él, tan normal como Él, tan necesario como Él.

Tan importante como un hijo para sus padres. Tan doloroso como un hijo para sus padres. Tan necesario como el hijo querido para sus padres. Tan normal como el amor familiar para todos nosotros. Así es Dios.

Así de positiva e importante es la función familiar. En ella se nos prepara para la vida, en ella encontramos la escuela del amor, de ella tomamos la energía necesaria para la búsqueda de nuestro proyecto. En ella recibimos la mejor referencia para entender a Dios. En ella vivimos, con toda naturalidad, que el ser humano tiene por dentro unas necesidades tan profundas e importantes que nos llegan a través de los otros para que las vivamos bien, y que entre los miembros de la familia que pueden echarnos una mano, siempre está Dios.

¿Cómo ha influido mi entorno familiar en mi vida y en mi fe?

¿Qué aportan las familias a la sociedad actual? ¿Y tu familia qué aporta?

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6,22-27): *Invocarán mi nombre y los bendeciré.*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Dios envió a su Hijo nacido de una mujer.*

Evangelio (Lucas 2,16-21): *Encontraron a María y a José y al Niño acostado en el pesebre.*

La Virgen María ha sido honrada y venerada como Madre de Dios desde los albores del cristianismo. Durante los tres primeros siglos, ante la imposibilidad de un culto externo y público (debido a las persecuciones), los cristianos veneran a María en las pinturas que se plasman en los murales de las catacumbas.

En una de ellas (Catacumbas de Santa Priscila) vemos la representación de la Virgen María nimbada con el Niño al pecho y un profeta (quizá Isaías). Esta pintura es de fines del siglo II. También en las catacumbas de San Pedro y San Marcelino se admira una pintura del siglo III/IV que representa a María en medio de S. Pedro y S. Pablo, con las manos extendidas y orando.

Una magnífica muestra del antiquísimo culto mariano es la oración “*Sub tuum praesidium*”, en la que se acude a la intercesión de María. Esta oración fue descubierta en un papiro en las proximidades de la antigua ciudad egipcia de Oxirrinco, escrita en griego clásico. Es la oración más antigua que se conoce, se remonta a finales del siglo III procede de las comunidades cristianas de Egipto cuya traducción dice:

“Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien, líbranos de todo peligro, ¡oh siempre Virgen, gloriosa y bendita!”

No es de extrañar que en esta oración apareciese con toda nitidez esta verdad “*Santa Madre de Dios*”, pues, desde la época inmediatamente posterior a los Apóstoles, ya aparece en las más antiguas redacciones del Símbolo o Credo de los Apóstoles.

El experto en papirología, Edgar Lobel, que dedicó su vida al estudio de los papiros encontrados en Egipto, ha datado el documento en el siglo III, es decir, dos siglos antes de que el Concilio de Éfeso declarara que el título Theotokos (Madre de Dios) era apropiado a la Virgen María, en contra del error de Nestorio.

El Concilio de Éfeso (año 431) convocado por el Papa San Celestino I y presidido por el Patriarca Cirilo de Alejandría, precisa que las dos naturalezas, humana y divina de Cristo, están unidas sin confusión y por lo tanto María es verdaderamente “*Madre de Dios*”. Condenó la herejía cristológica y mariológica de Nestorio y proclamó la maternidad divina de María, defendiendo lo que la Tradición cristiana afirmaba mucho antes, como claramente queda demostrado por este papiro.

También contradice la constante afirmación de los protestantes de que la veneración de la Virgen tiene su origen en el siglo IV, después de la conversión del emperador Constantino al cristianismo. Por lo tanto, los fieles que rezan esta oración, están mucho más cerca de la verdadera Tradición apostólica, que los errados hijos de la reforma.

Como la doctrina de la Trinidad considera a Jesús una de las personas divinas (Padre, Hijo y Espíritu Santo), se le da a María el título de Theotokos: “*Madre de Dios*”.

Isabel había dicho: **«¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!»** (Lc 1,45). Aquí “*el Señor*” es indudablemente Dios. Por lo tanto cuando a continuación la llama: **«la madre de mi Señor»**, la referencia es muy clara: la consideraba “*Madre de Dios*”.

Según la teología es correcto denominarla de esta forma pues Jesús unía en una misma persona dos naturalezas (la humana y la divina), y cuando se habla de María como Madre de Dios se refiere a María como madre de Jesús en toda su persona: “*Si Jesús es Dios y María es madre de Jesús, entonces María es Madre de Dios*”. La ortodoxia encuentra correcto el referirse a María como Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, y Esposa del Espíritu Santo.

En un razonamiento lógico: La encarnación significa que en un mismo instante la segunda Persona de la Trinidad, el Verbo, de naturaleza divina, asumió plenamente la naturaleza humana –sin menoscabo de su condición divina– al ser concebido milagrosamente en María, como la Concepción fue instantánea y esencial, María en ese momento empezó a ser madre de Jesús: hombre-Dios.

En la liturgia eucarística hay datos fidedignos mostrando que la mención venerativa de María en la plegaria eucarística se remonta al año 225 y que en las fiestas del Señor -Encarnación, Natividad, Epifanía, etc.- se honra también a su Madre.

Suele señalarse que hacia el año 380 se instituyó la primera festividad mariana, denominada indistintamente «*Memoria de la Madre de Dios*», «*Fiesta de la Santísima Virgen*», o «*Fiesta de la gloriosa Madre*». A partir del siglo VI, y en conexión con el desarrollo de la afirmación de la maternidad divina y de la total santidad de Santa María, se aprecia también un evidente desarrollo de la afirmación de las prerrogativas marianas.

Los siglos van pasando, pero las realidades perennes no cambian, Ella es poderosa ante su Hijo por lo tanto no podemos prescindir de su intercesión como Abogada y Medianera para el desarrollo de la vida divina y a fin de alcanzar la salvación eterna: **“Santa María, Madre de Dios y madre nuestra. ¡Ruega por nosotros!”**

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60,1-6): *Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz.*

2ª lectura (Efesios 3,2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2,1-12): *Y, cayendo de rodillas, lo adoraron.*

El profeta Isaías canta la gloria de Jerusalén, inundada por la luz del Señor. Hacia esa luz caminarán todos los pueblos. Jerusalén debe levantar la vista y ver, llena de alegría, cómo es inundada por las riquezas de los que vienen a ella de lejos.

En el relato de Mateo, unos Magos de Oriente ven en una estrella el signo del nacimiento del Rey de los judíos. Guiados por la estrella, se dirigen hacia Jerusalén. Pero ahora la luz del Señor se ha parado sobre un niño nacido en Belén. El encuentro con este niño les llena de inmensa alegría, se postran y le adoran ofreciéndole sus dones. Su vida se ha llenado de sentido, y vuelven a casa evitando a aquellos que buscan apagar la luz de Dios recién nacida.

Pablo, con un lenguaje más teológico, anuncia el sentido de este día. Pablo se sabe portador de una revelación divina: *«que todos los hombres somos miembros de un mismo cuerpo, coherederos y partícipes de la Buena Noticia que Dios nos ha traído en Jesucristo».*

Los creyentes de todos los tiempos somos invitados a orientar nuestras vidas con estos textos bíblicos, que encuentran su plenitud en Jesús de Nazaret, luz que ilumina a todos los hombres que vienen al mundo, aquel que se ha podido proclamar a sí mismo con palabras que sólo Él puede pronunciar: *«Yo soy la luz del mundo. El que me sigue, no anda en tinieblas».*

Desde su nacimiento hasta su resurrección Él es la luz que ilumina con su resplandor a los pastores de Belén y que enciende el corazón de los discípulos en la mañana luminosa de la Pascua. Si nos abrimos a este niño, Él guiará nuestras vidas desde el nacer al morir, con la esperanza abierta a una felicidad eterna.

Tratando de proyectar la luz bíblica sobre nuestro mundo, sobre las situaciones del momento histórico que nos ha tocado vivir, descubrimos que también hoy las “*tinieblas*” cubren la tierra y la oscuridad los pueblos. Que son muchas las personas y pueblos cuyas vidas están oscurecidas por la pobreza, la depresión, la soledad, el hambre y la guerra. Y lo que es peor: por la falta de esperanza de que la situación cambie y para ellas brille un día el sol. Y, sin embargo, la Palabra de Dios sigue anunciando: *«sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti».*

¿Qué hacer?

Colaborar con esa Palabra. Ponernos en camino. Buscar soluciones. Salir de nuestra pasividad. Los Magos son hoy para nosotros mucho más que figuras infantiles endulzadas. Se han dejado movilizar por un signo que era sólo el principio de un largo viaje, en el que con seguridad hubo dificultades y cansancio. Y cuando estaban ya cerca del deseado encuentro, aparece el rey de este mundo que quiere matar la vida que nace y que amenaza su poder.

Debemos abrir ventanas por las que entre vida y luz para las situaciones oscuras que nos rodean. En el corazón de nuestra humanidad laten con fuerza deseos de paz, de justicia, de vida, son muchos y muy extendidos los esfuerzos por un mundo más solidario y feliz, realizados con frecuencia en el anonimato y en la gratuidad total. Son muchas las chispas de luz y de amor que, desde el postal de Belén, iluminan la vida de los hombres.

- Son los esposos que se alegran con la llegada de un nuevo hijo a su hogar.
- Los jóvenes entregados al voluntariado en países pobres. Universitarios con vocación de servicio a una sociedad diferente, y no de enriquecimiento rápido.
- Enamorados que sueñan con un hogar nada burgués.
- El esposo que acompaña con inmensa ternura el Alzheimer de su compañero de toda la vida.
- Los hijos que cada día asean y cuidan del padre anciano y enfermo.
- Los políticos que entienden su presencia pública como una altísima vocación de servicio al bien común.
- Los empresarios que apuestan por un modelo en el que prime la persona y su familia por encima del capital y del beneficio, y que, a pesar de las dificultades actuales, mantienen abierta las puertas de sus fábricas o establecimientos.
- Los consagrados al Señor, misioneros del Evangelio entre los más pobres de la tierra.

Todos ellos bendecidos y animados por Dios y con ellos, queremos estar también nosotros, la Iglesia, los seguidores de Jesús de Nazaret, sobre quien la estrella de Dios se detiene, ante el cual tenemos ánimo para doblar las rodillas y rezar llorando de gozo: **«EL VERBO SE HA HECHO CARNE Y HABITA ENTRE NOSOTROS»**

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42,1-4.6-7): *Yo, el Señor, te he tomado de la mano.*

2ª lectura (Hechos 10,34-38): *Porque Dios estaba con Él.*

Evangelio (Lucas 3,15-16.21-22): *Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego.*

Los tres evangelios sinópticos relatan esta, podríamos llamar, manifestación de Jesús al pueblo de Israel. Los tres señalan que se realiza en un espacio no religioso, no es en el templo. Se realiza a orillas del Jordán: río que el pueblo había atravesado para entrar en la tierra prometida, años después de haber abandonado la esclavitud en Egipto.

Y es también el lugar al que el pueblo está acudiendo con diferentes ocasiones de sus vidas relacionadas con el trato con su Dios Yahvé y con el trato con el prójimo; como vimos en los domingos del Adviento pasado: *«preparad el camino al Señor»* para ello, es preciso el compartir, el vivir con lo necesario y el no aprovecharse de las situaciones de privilegio.

En medio de estas recomendaciones Lucas añade estas palabras, que no dicen los otros dos: *«En un bautismo general, Jesús también se bautizó»*. El Señor Jesús se presenta como uno más que anda buscando cómo colaborar para que la salvación, prometida desde tiempos antiguos, llegue a todas las personas del pueblo.

Como a la mayor parte de la población actual, yo también fui bautizado a los pocos días de nacer, sin la presencia de mi madre. Difícilmente, por no decir imposible, cabía otro planteamiento en las familias de este país, pues para casi todo era necesario presentar la partida de bautismo.

Con el paso del tiempo, y las visitas del obispo correspondiente, íbamos recibiendo los otros sacramentos de la iniciación cristiana: confirmación, penitencia, comunión. Con ellos completabas el primer expediente de cristiano y podías hacer algo más cuando con tus padres y tus hermanos o en el Colegio, ibas a misa: comulgar.

Por supuesto, que también tenías que confesar a algún sacerdote todo lo que habías hecho indebidamente, porque estaba prohibido; o habías dejado de cumplir alguno de los preceptos que estaban mandados. Con todo esto llegabas a identificar lo de ser cristiano con ser un mero cumplidor de normas. Y lo curioso es que algunas personas todavía lo confunden; se identifican más con el bautismo de Juan y con la moral del Antiguo Testamento, basada en el templo y en la ley.

Estamos bautizados no sólo en el agua, también en el Espíritu Santo y en el fuego purificador; ese fuego que quema los rastrojos de la cosecha anterior (todo aquello que te tiene atado a las tradiciones muertas y te impide seguir creciendo) y dispone la tierra para acoger la buena semilla del Evangelio y que vaya produciendo sus frutos.

Hay bastantes seguidores de Jesús que lo hemos podido hacer gracias a la ayuda externa recibida por parte de testigos fieles de la presencia de Jesús en medio de su pueblo y al trabajo personal que cada uno de nosotros vamos realizando por medio de la profundización en el Evangelio de Jesús, la oración confiada, la reflexión comunitaria y la vida comprometida en la causa de los más pobres.

Conocer el Evangelio, tal y como fue escrito, nos acerca a la vida de otros miembros de la comunidad cristiana, ya que el seguimiento de Jesús es prácticamente imposible realizarlo individualmente. Por supuesto, que la llamada de Jesús, así como su seguimiento, es personal y depende de la decisión de cada uno el llevar el estilo de vida de Jesús; pero es con otros como podemos mantenernos fieles en esa opción de vida.

Cuando los discípulos de Jesús asisten atónitos al proceso de Jesús que le lleva a la muerte y al sepulcro, no recuerdan que Él ya se lo había anunciado. Lo había hecho con la promesa de que no iba a abandonarlos, de que percibirían su presencia cercana y de que ellos mismos se convertirían en testigos de esa presencia.

Cuando viven esa experiencia, los discípulos comienzan a recordar, viviendo en sus propias experiencias y relaciones, todo lo que Jesús les había enseñado acerca del proyecto que Dios Padre tenía para todas las personas y por el que Él mismo había entregado su vida. Y pensando en las personas, que íbamos a experimentar esa misma llamada de Jesús, pusieron por escrito la Buena Noticia.

Leyendo y profundizando los relatos evangélicos, los bautizados vamos afianzando nuestro compromiso por la causa del reino de Dios y su justicia; vamos asegurando las tareas fundamentales de la comunidad eclesial: vivir con austeridad en medio de la vida de las gentes sencillas, mantener fielmente el mensaje de Jesús y proclamarlo con alegría; y, por supuesto, ayudar y colaborar a que nadie pase necesidad de lo imprescindible para desarrollarse como personas y como creyentes.

Para nosotros, cristianos que asumimos nuestro bautismo, también se abre el cielo y Dios padre nos llama hijos amados.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 62,1-5): *Porque el Señor te prefiere a ti.*

2ª lectura (1ª Corintios 12,4-11): *En cada uno se manifiesta para el bien común.*

Evangelio (Juan 2,1-11): *Todavía no ha llegado mi hora.*

(A Fátima, mi querida hermana)

El emigrante alza el vuelo de la tierra conocida como ave migratoria, en cuya memoria queda indeleblemente grabado el vergonzoso y agrio camino de regreso. Se convierte en un inmigrante cuando desciende y pliega sus alas al final del vuelo. En el transcurso del viaje se realiza “*otro vuelo*”, esta vez subterráneo, por las profundidades de la conciencia del viajero. **¿Quién abandona su casa y su gente?** Sólo el que se enfrenta de golpe a la necesidad y a la libertad, y tiene que hacer una elección.

El drama interior se produce cuando la necesidad es más fuerte y vence; es el momento en que “*no hay más remedio que partir*”, aunque sea hipotecando el hogar, la familia y los amigos. La libertad se encuentra así cercenada, sin embargo, perdura en el corazón la esperanza de que el lugar de destino sea fuente de liberación, de que haya merecido la pena el sufrimiento de la partida y de la distancia.

Al partir tenía uno su nombre: una identidad donde reconocerse porque era “*alguien*” para los seres queridos del mundo. Al llegar, se puede pensar que uno se convierte en “*nadie*”, en un desconocido, un extranjero, uno más. La experiencia de abandono y desolación -semejante a la expresada por el profeta Isaías- es experiencia de esclavitud respecto a las circunstancias y a la soledad en que el migrante se halla puesto: “*sin bando –como la Jerusalén abandonada- y sin suelo bajo los pies –sin seguridad ni confianza, como la desolada ciudad de Sión-*”

El profeta anhela la liberación de *Jerusalén* y el reconocimiento de los *otros pueblos*, es decir, un nombre nuevo para la ciudad que antes fue conocida por todos, pero anduvo errante, perdiendo pasado, esperanzas y horizonte. El «*nuevo nombre*» sólo puede ser pronunciado por la «*boca del Señor*», de modo que la abandonada se convierta en «*mi preferida*». Isaías confía en que el Señor mirará su rostro anónimo y la preferirá, a pesar de haberse sentido extraña a sus ojos.

La preferencia es el acto de realización del amor, la consecuencia del acercamiento al que me es diferente, la proximidad a Él, en el respeto y adoración, valorando su singularidad –de su ser único para mí-. Sólo la experiencia de ser preferida libera a Sión de su anonimato y a la persona anónima de su nada –de su ser nadie- para ser alguien a los ojos del que la está mirando preferentemente.

La mirada directa a un rostro interpelante, la preferencia explícita por el innombrado o la intervención simbólica en un mundo que busca hechos, son, todos ellos, actos que pertenecen a un ámbito nada publicitario, más allá de lo que pueda aparecer en las televisiones sensacionalistas o en las pantallas de las Bolsas de cualquier parte del mundo.

El retiro en soledad ha sido preferido de una vez para siempre por un acto de amor que, ni por asomo, puede compararse al acto inmenso de Dios, en la donación de su amor mismo encarnado en un hombre que, tuvo un lugar: *Jerusalén*, una fecha: *en tiempos de Poncio Pilato* y un nombre: *Jesús de Nazaret*.

La mirada, la preferencia y la intervención de Dios se dan en la oración, en el silencio contemplativo ante el pesebre: «*la Palabra se hizo carne*»; en las aguas tranquilas del Jordán –donde está Juan bautizando-: «*Este es mi Hijo amado, escuchadle*»; o en el signo alegre del agua convertida en vino, para que siga la fiesta en las bodas de Caná: «*Haced lo que Él os diga*».

Sigue cuando le presentan a una mujer pecadora: «*quién esté libre de pecado, tire la primera piedra... tampoco yo te condeno*»; en la curación del ciego de nacimiento: «*¿Qué quieres que haga por ti?*»; o en la sanación del parálítico: «*tus pecados te son perdonados... coge tu camilla y vete*». Continúa en la cena con Zaqueo: «*Hoy ha llegado la salvación a esta casa*»; en la resurrección de Lázaro: «*¡Sal fuera! Quitadle las vendas para que pueda andar*»; o en el servicio: «*si no te lavo los pies, no podrás contarte entre los míos*». Y sobre todo en el Calvario: «*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*».

Nuestras expresiones de amor son muchas y Dios se ha servido de algunas para contarnos la forma en que nos prefiere. El Hijo se ha «*desposado*» con su Iglesia, el Padre ha hecho de su «*hija*» la comunidad de fieles y el Espíritu genera una «*hermandad*» de hombres, cada cual con un don al servicio del resto –como explica san Pablo en su primera carta a los corintios-.

La historia de amor continúa y se actualiza, recobrando toda su significación, en cada eucaristía. En ella el grupo de discípulos se siente “*esposa*”, la reunión de criaturas se siente “*hija*”, la comunidad en “*amados de Dios*”, en hermandad de preferidos y en fraternidad que nos hace responsables los unos de los otros.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Nehemías 8,1-4a.5-6.8-10): *Hoy es un día consagrado a nuestro Dios.*

2ª lectura (1ª Corintios 12,12-14,27): *Hemos sido bautizados para formar un solo cuerpo.*

Evangelio (Lucas 1,1-4;14-21): *El Espíritu del Señor está sobre mí.*

En todas nuestras Eucaristías, la Palabra de Dios debiera ser proclamada y acogida como nos muestra la primera lectura; el sacerdote Esdras, en la plaza, bendiciendo al Señor, abre el libro de la Ley y lo lee solemnemente ante todo el pueblo, que llora al escuchar sus palabras.

Esta Palabra de Dios, al llegar a plenitud de los tiempos, se hace carne y habita entre nosotros: es Jesús, el Hijo de Dios, Palabra de Dios en la historia humana, vida y luz de todo hombre que viene a este mundo. Jesús no sólo nos da a conocer las palabras que ha oído del Padre, sino que Él mismo es el Verbo de Dios para la salvación del mundo. Y nosotros hemos escuchado esa voz y hemos creído en ella.

Uno de los grandes frutos del concilio Vaticano II fue el uso de la lengua vernácula en las celebraciones litúrgicas, y la cercanía de la Palabra de Dios a cada comunidad y a cada pueblo, para que esa Palabra fuese comprendida y valorada. *«La Iglesia, nos recuerda el Concilio, siempre ha venerado la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo.» «Las dos partes de que consta la Misa: la liturgia de la palabra y la eucaristía, están tan íntimamente unidas, que constituyen un solo acto de culto.»*

¿Ponemos todos nuestros sentidos para escuchar atentamente la Palabra de Dios?

Si queremos que esa palabra sea *“lámpara para nuestros pasos y luz en el sendero”*, no podemos, repito: NO PODEMOS permitir en nuestras comunidades que acceda al ambón para efectuar la proclamación de la Palabra, una persona no cualificada para hacerlo en las debidas condiciones de claridad, pronunciación y sentido para una perfecta audición y comprensión del todo el pueblo que la escucha.

El evangelio de Lucas se abre con una declaración de intenciones: quiere el autor que conozcamos la solidez de las enseñanzas que hemos recibido. Y hoy nos presenta a Jesús en su primera aparición pública tras el bautismo en el Jordán. De manera solemne, de pie, en la sinagoga de Nazaret, Jesús lee un pasaje del profeta Isaías. En boca de Jesús, ese texto cobra luz y vida como no las tuvo nunca,

También para nosotros que creemos en Cristo, fijos nuestros ojos en Él, debiera ser un momento emocionante. Ahí hay uno que puede proclamar: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista. Para dar libertad a los oprimidos; para anunciar el año de gracia del Señor»*, Jesús nos muestra sus *“señas de identidad”*, lo que va a ser su misión, su pasión, su gran amor.

¿Cómo debió latir su corazón al pronunciar y asumir para sí aquellas palabras proféticas! Ellas iban a ser, eran ya, la razón de su vida: llevar a los pobres y oprimidos, ciegos, prostitutas y viudas, enfermos y tullidos, niños, leprosos, pequeños y marginados, ricos y pecadores, la Buena Nueva de Dios, su actitud de gracia y acogida hacia todos ellos. Había uno en el mundo que, amando a todos, mostraba su preferencia por los últimos, por los más necesitados de amor. También la Iglesia debiera, debiéramos tener el coraje de ponernos en pie y gritar en las iglesias y en medio de las plazas del mundo: *«El Espíritu del Señor está sobre mí, y me ha ungido para dar la Buena Noticia a los pobres y, ¡ay de mí, si no lo hiciera!»*

Juan Pablo II, en las jornadas de la Paz, en el año 2000, nos dijo: *«En el inicio de un nuevo siglo, la pobreza de miles de millones de hombres y mujeres es la cuestión que, más que cualquier otra, interpela nuestra conciencia humana y cristiana»*. Esas palabras pontificias debieran notarse más en la Iglesia, en su opción por los pobres, en una mayor energía en el compromiso, en una predicación más intensa de sus obispos y sacerdotes y en una vida de mayor pobreza y austeridad de todos sus miembros.

Es verdad que estamos siendo más generosos en compartir, de lo que nos sobra, pero también debe darse y notarse un mayor compromiso personal de cada uno de nosotros, siendo más austeros en nuestro vivir. Porque cada seis segundos muere de hambre un niño en el mundo, porque más de mil millones de personas pasan hambre, porque más de nueve millones de niños murieron el pasado año antes de cumplir los cinco años, mientras nosotros contemplábamos su mirada suplicante y esperanzada.

Pan y Palabra son para nosotros hoy, alimento de Dios en cada Eucaristía. Pan y Palabra son para los pobres hoy, el alimento que necesitan y esperan de nosotros. Ahora, en este año de la fe, al proclamar nuestra fe, recordemos que el día de nuestro bautismo fuimos ungidos por el Espíritu y configurados sacerdotes y profetas con Cristo para anunciar a los pobres y a cuantos sufren una Buena Noticia.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 1,4-5.17-19): *Ponte en pie y diles lo que yo te mando.*

2ª lectura (1ª Corintios 13,4-13): *El amor no pasa nunca.*

Evangelio (Lucas 4,21-30): *Hoy se cumple esta escritura.*

Los vecinos de Jesús quedaron sorprendidos. ¡Era el hijo del carpintero! ¡Qué se había creído! ¡Qué les iba a enseñar? ¡Cómo iba a salvar a pobres, tullidos y enfermos? Y... **¿perdonar a los pecadores?** Había que acabar con su voz, con sus gestos y... con su vida.

Los profetas siempre lo han tenido difícil... no resultan simpáticos pues, su mensaje deja en evidencia las auténticas prácticas e intenciones de las personas. Con Jesús no podía ser diferente.

Hoy abrimos los ojos para ver que, en el siglo XXI, se sigue cumpliendo la Escritura en multitud de personas que tienen “*palabras de gracia y gestos de vida*”. Los hay muy conocidos, han hecho obras grandes por la humanidad: por su trabajo a favor de la paz, por sus denuncias públicas de la injusticia, por la promoción de las personas, o por la defensa de la vida.

Pero, hay muchos más que, en lo callado de su pueblo, de su entorno o de su familia, son un auténtico manantial de esperanza para quienes les conocen. Ellos también nos hacen descubrir que la Escritura se sigue cumpliendo hoy.

Dios es amor desbordante y llama a la Iglesia a ser signo de caridad en nuestro mundo. Será el mejor anuncio de Dios y la mayor presentación del Evangelio. Todos la podrán entender. Un amor paciente, afable, ilimitado, comprensivo, gozoso, veraz, creyente, esperanzado, eterno... refleja cómo es Dios. Cada uno de los creyentes, las comunidades cristianas y la Iglesia universal estamos llamados a reflejar, con obras y con palabras, ese Dios-Amor.

En su primera encíclica “**Deus Caritas est**”, Benedicto XVI, afirma: *«La Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los sacramentos y la Palabra.»* ⁽²²⁾ El amor es constitutivo de la vida de la Iglesia y empapa sus palabras y acciones. Además, dice el Papa: *«el amor –caritas- siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo.»* ^(28 b) Son los signos de Dios hoy. Signos de amor creíbles.

En los lugares más áridos, en las condiciones de vida más adversas, en medio de conflictos y hasta en el desierto de la indiferencia, han surgido personas que han sembrado el rumor de Dios con sus palabras y con sus obras. Sólo así el mundo podrá conocer a Dios, si hay hombres y mujeres que muestran que Él es la mejor de las noticias. Además, sabemos, que Él no nos dejará de su mano.

- **¡Ponte en pie!** Es el grito de Dios al profeta, para que se movilice, afronte su misión y haga llegar la Palabra a todos.
- **¡Ponte en pie!** Es también la llamada que Dios nos hace a cada uno de nosotros para ser signo y testimonio del Reino.
- **¡Ponte en pie!** Es la invitación divina a que la comunidad cristiana, la Iglesia, viva con más intensidad el Evangelio.
- **¡Ponte en pie!** Es el sueño de Dios respecto a los más necesitados que claman justicia desde el borde del camino.

Sin embargo, seguimos tumbados, dormitando, anestesiados ante el dolor ajeno. Unas veces por comodidad, otras por falta de fe, en ocasiones por miedo y, en muchos casos por costumbre.

La fe no se encierra en los templos. En ellos se celebra, se comparte y se acrecienta, pero la fe se vive en la calle, en la familia, en el trabajo o en la escuela, en el pueblo o en el barrio. La fe es la sal que se derrama en la vida. La fe es la levadura que hace fermentar la masa. La fe es la luz que ha de alumbrar... donde hay oscuridad. No es para guardarla ni encerrarla. **¡Ponte en pie, “ALUMBRA”!**

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 6,1-2a.3-8): *Aquí estoy, mándame.*

2ª lectura (1ª Corintios 15,1-11): *Cristo murió por nuestros pecados.*

Evangelio (Lucas 5,1-11): *Rema mar adentro.*

Dios nos sigue llamando hoy. Lo ha hecho siempre y lo seguirá haciendo. Cuando escuchamos los textos de la Biblia, por inercia y de un modo inconsciente tendemos a pensar que estamos escuchando un relato del pasado, algo que fue pero que hoy ya no sucede. Dios habló y llamó en el pasado; pero eso hoy no sucede. Ahora sólo nos queda recordar y añorar.

Nada más lejos de la realidad. ¡Nunca fue así! No fue la voz de Dios más clara en el pasado y no es este un tiempo de silencio. Él es siempre actual, y su voz mantiene siempre la misma intensidad.

Cuando nos miramos y nos vemos en el vivir cotidiano; cuando observamos el profundo cambio cultural que se está produciendo, se nos puede colar la sospecha de que hoy Dios se ha quedado mudo, ausente, lejano; y andamos cercanos a caer en la tentación de pensar que cualquiera tiempo pasado fue mejor. No es así. Para Dios todo tiempo es bueno.

El amor siempre llama. El Dios del amor nos llama desde el amor humano, desde todo amor humano, pues es prolongación de su amor; nos interpela desde el sufrimiento humano, desde todo sufrimiento, pues es dolor de sus hijos; nos llama desde la convivencia humana, que es comunión y manifestación de su amor; nos convoca desde la Iglesia, que es testimonio y misión en su amor... todos estamos llamados a desarrollar lo mejor de nosotros. Para eso hemos nacido. La humanidad lo necesita. Dios lo quiere. Llamados a vivir hoy la infinita dignidad de ser hijos de Dios.

¿Por qué nos cuesta tanto escuchar hoy su voz? Tal vez porque hayamos cambiado de dial o de cadena, lo mismo que hacemos con la radio y la televisión, y prefiramos otras voces, otras informaciones, otros entretenimientos... Y es que, cuando no nos escuchamos por dentro, dejamos de escuchar a Dios, que nos habla en la intimidad de nosotros mismos; cuando no escuchamos la vida de los demás, sobre todo la de los más pobres, es como si cambiáramos y huyéramos del canal de la auténtica humanidad; y cuando no escuchamos a Jesús, es como si apagáramos la emisora más clara y nítida de Dios.

Para escuchar al Dios que hoy nos habla es necesario prestar atención a lo que nos dice nuestro interior, nuestros deseos, nuestras frustraciones; se hace necesario prestar atención a la vida real, a lo que les sucede a los otros, a los sufrimientos que se llevan por fuera y se ven y los que se llevan por dentro y no se ven; es imprescindible prestar atención a la palabra y a la vida de Jesucristo.

Si así lo hacemos, iniciamos un camino distinto al de la distracción que la sociedad de consumo nos vende, superamos el miedo y el egoísmo que sólo desea ocultarnos y alejarnos de la realidad personal, social... y divina. Y si así nos aventuramos, estamos dejando las ventanas abiertas para que la palabra de Jesús entre en nuestra casa, nos sane, nos devuelva la alegría y nos salve.

Dios es siempre presente. La palabra que se nos ha proclamado está escrita en el pasado, pero nos habla de una realidad que siempre es presente. Dios habla y llama en la historia y lo hace rompiendo nuestros cálculos, previsiones y deseos.

¿Quién podía dar importancia a Isaías cuando lo principal del momento era la muerte del rey Ozías y la emergencia de Asiria como potencia internacional?

¿Quién iba a imaginar que Pablo, el gran perseguidor de la Iglesia, fuera llamado para ser el gran apóstol del Evangelio?

¿Cómo no sorprenderse profundamente al contemplar la confianza que Jesús deposita en aquellos discípulos pescadores, cansados de bregar “toda la noche” para nada?

En la historia de los hombres, en medio de los imperios que se levantan y se caen, en un hombre del pueblo (como a Isaías); en la historia de la Iglesia, en quien nunca lo hubiéramos imaginado (como a Pablo); en medio del “*mar de la vida*” desafiando toda lógica humana de cálculo y previsión (como a los apóstoles) Dios habla y llama.

«*Por la gracia de Dios soy lo que soy*», decía san Pablo. Hoy necesitamos acoger, pedir, confiar, escuchar su gracia; caer en la cuenta, prestar atención a la actualidad de Dios, de su voz, de su gracia, de su amor que llama.

Dios nos llama a todos sus hijos, pero... ¿a qué? ¡PRESTEMOSLE ATENCIÓN!

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2,12-18): *Rasgad los corazones y no las vestiduras.*

2ª lectura (2ª Corintios 5,20-6,2): *Os pedimos que os reconciliéis con Dios.*

Evangelio (Mateo 6,1-6.16-18): *...os aseguro que ya han recibido su paga.*

La **Cuaresma**, que es una “*llamada a la conversión*”, la iniciamos hoy con el rito de la imposición de la ceniza, y la clave nos la da, la frase que se pronuncia al colocarla en la cabeza de cada uno que se acerca: «**Convertíos y creed el evangelio**».

El gran símbolo bíblico de la conversión es el «**éxodo**»; salir de nuestro Egipto, romper con los actuales faraones que tienen esclavizado al pueblo, emprender el camino del desierto y así recuperar la libertad, condición necesaria para renovar la alianza con Dios y con los demás, y entrar en la tierra prometida: el Reino de Dios, esto es, la ciudad de los hijos de Dios y de los hermanos, y como tales podamos vivir en dignidad, en igualdad y sin privilegios.

Es necesario hoy más que nunca no claudicar ni perder la utopía del Reino de Dios.

CONVERTÍOS.

La Cuaresma es un tiempo propicio para renovar la exigencia y la necesidad siempre permanente de la conversión, pues como nos dice Jesús: «**Si no os convertís, todos pereceréis**».

Ahora bien, no se trata de convertirnos, ya que todos estamos convertidos a algo, y lo que interesa es saber y tomar conciencia de hacia dónde apunta nuestra conversión: analizarla y juzgar las consecuencias que implica para nosotros y para los demás.

La conversión, como elemento transformador personal, social y estructural, brota de una doble realidad: por una parte, nuestra sociedad está seriamente enferma y necesitamos ser curados, sanados; por otra, la mirada compasiva y misericordiosa de Dios, que ha enviado a su Hijo no para condenar al mundo, sino para que el hombre viva y tenga vida en abundancia. Pero, para esto, era preciso sanar al hombre personal, social y estructuralmente.

El hombre está enfermo, nuestra sociedad está enferma, nuestras estructuras están muy enfermas. Por eso, Jesús comenzó su ministerio, proclamando el Reino y sanando, y éste fue el encargo que dio a su Iglesia, representada en los doce, que san Lucas lo resume, diciendo: «**Los envió a anunciar el Reino y curar enfermos**» (9,2). Convertirse es recuperar la salud, la vitalidad perdida.

De aquí que, en la actualidad, la Cuaresma, sea Buena Noticia: El anuncio por parte de Dios de que nuestro mundo, seriamente enfermo, puede recuperar de nuevo su salud, su vitalidad.

Para ser sanado es preciso reconocer que estamos enfermos, y aquí nos encontramos con un gran obstáculo: no queremos aceptar que estamos enfermos; es lo que se suele llamar «**complejo de inocencia**»: nadie se siente culpable, son los otros; por tanto, ninguno cambia, ni cambia nada a mejor. No queremos mirar la realidad tal cual es, porque la luz hace daño a los ojos enfermos. De aquí que se trate de silenciarla y ocultarla, haciéndonos ver que todo funciona muy bien.

Por eso, es necesario que aflore el sufrimiento del pueblo, para que los amos de nuestro mundo y la gente satisfecha sepan lo que deben saber, pero no quieren reconocer. Éste es nuestro gran obstáculo, a la hora de la verdad: no queremos curarnos, a lo sumo lo que queremos es aliviar los padecimientos; no afrontar las causas de la enfermedad.

Jesús se enfrentó con este problema: el pueblo no quería la salud, sino que se le aliviase los síntomas; por eso sólo buscaba los milagros, pero se cerraron al mensaje del reino de Dios. No queremos ser curados porque nos cuesta deshacernos de los apegos y condicionamientos; nos cuesta mucho dejar actitudes, puntos de vista, estilo de vida, intereses, comodidad... Nos cuesta mucho el ser plenamente libres y esforzarnos por ser personas profundamente espirituales y psicológicamente sanas.

Y CREED EL EVANGELIO.

Hay un dicho: “*si quieres que la sociedad cambie, cambia sus dioses*”. Se puede ampliar la afirmación a la Iglesia y preguntarnos: **¿En qué creemos?** A veces no lo sé. Es fácil creer en la riqueza, en el poder, en el éxito (pues, efectivamente, abre muchas puertas), en la inteligencia, el aplauso, la oratoria brillante, las propias fuerzas, el trabajo bien hecho, la eficacia, la utilidad, el programa, el talento, la genialidad... pero no basta.

Creed el Evangelio es darle la vuelta a las categorías habituales. Creer en la debilidad que se hace fuerte; en la derrota que no tiene la última palabra; en el trabajo efectuado desinteresadamente en beneficio de los demás; en el amor que va más allá de la eficacia y la utilidad, fijándose solo en la entrega; en la palabra que sin adornos ni subterfugios, dice siempre la verdad; es creer en un Dios crucificable, y en una humanidad amable, aunque enferma. Y esto no es fácil.

Intentemos describir **¿Qué es, para nosotros, creer en el Evangelio, hoy?**

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Deuteronomio 26,4-10): *Te postrarás en presencia del Señor.*

2ª lectura (Romanos 10,8-13): *Generoso con todos los que lo invocan.*

Evangelio (Lucas 4,1-13): *No solo de pan vive el hombre.*

Nos están tocando vivir tiempos difíciles en que la fe, o el ser creyente, no está de moda: “*de esto no se habla en casi ninguno de nuestros ambientes*”. La verdad es que de ninguno de los temas trascendentes en la vida de las personas; no tenemos tiempo y, además, no sabemos adónde nos puede llevar el plantear esos asuntos que seguramente nos descubrirán lo superficiales que resultan nuestras vidas en este momento.

Esta época invernal de nuestro mundo, está pidiendo a nuestra fe una apuesta decidida y arriesgada en pro de un proyecto de vida que sea humanamente digna, y que favorezca el desarrollo del Reino de Dios; pues no resulta difícil comprobar que hay personas que carecen de sentido en sus vidas porque alguien se lo arrebató, o no le dio los medios necesarios para buscarlo.

Por todas partes se percibe, como le sucedió a Jesús, que el Espíritu empuja al desierto: la vida que llevamos da pocos frutos, como en el desierto. No encontramos fácilmente fuentes de agua que calmen la sed, como en el desierto. Y nos vamos, con excesiva frecuencia, tras espejismos con bellas formas, pero poco contenido, como en el desierto.

La tentación de las rebajas. En el desierto de la vida cotidiana, tan poco atrayente, que llevamos la mayoría de las personas: trabajar, comer, dormir, ver la tele; y, algún rato a la semana, evasión en alguna de las grandes superficies. Casi sin darnos cuenta hemos ido llegando a unos planteamientos religiosos a gusto del consumidor, pues, también en lo religioso, nos hemos hecho consumidores puntuales de ritos sagrados que adornan nuestra monótona vida. Con alguna frecuencia se congrega mucha gente en torno a momentos puntuales que no comprometen nuestra vida y tampoco nos ayudan a cuestionarnos nuestra fe.

Pablo, en la segunda lectura de este primer domingo de Cuaresma nos dice: **«por la confesión de la fe llegamos a la salvación»**. Éste es precisamente uno de los objetivos de la catequesis de iniciación; el otro es la incorporación a una comunidad viva en la que, además de rezar y celebrar la fe, se luce por la justicia.

La tentación de lo escondido. A cualquier observador le queda claro que los llamados católicos aparecemos muy poco por las parroquias, ni siquiera para cumplir el precepto dominical. Sólo aparecemos con algún motivo extraordinario: Bodas, Bautizos, Primeras Comuniones, Exequias o Misas Funerales; no sabemos bien si para celebrar la fe o para ver y agradecer a algún personaje de cierto renombre.

Esta falta de presencia habitual y continuada en la vida de la comunidad cristiana hace que, para acallar nuestra conciencia, abunden los donativos anónimos en la ayuda a los desfavorecidos, en lugar del compromiso con ellos en la búsqueda de soluciones a sus dificultades y trabajar junto a estas personas en la transformación de las estructuras injustas.

Lucas, termina el relato de las tentaciones de Jesús en **«Jerusalén»**, lugar de encuentro de los creyentes israelitas con la divinidad. En nuestro caso, la tentación del individualismo, que supone vivir alejados del Padre Dios y de los demás, debe superarse con el acercamiento a la vida de la comunidad cristiana, que es donde se convive, se concelebra y se desarrolla el proyecto de Jesús, el Reino de Dios.

La tentación del presentismo. Cuando en nuestras parroquias o comunidades cristianas se vive, se celebra y se desarrolla de verdad el proyecto de Jesús, las personas que se acercan a nosotros resultan atraídas y nos dicen que así merece la pena, aunque el quedarse con nosotros ya es otro cantar.

Hemos vivido mucho tiempo, algunas personas viven todavía en él, haciendo y repitiendo gestos y prácticas que vinieron bien para otros tiempos, pero que ahora no favorecen el encuentro personal con Jesucristo ni con sus seguidores.

Es necesario conectar con la historia de nuestros antepasados, estudiar lo que pusieron y lo que quitaron para mejor seguir al Maestro Jesús y acercarse a los preferidos de Dios: los pobres y los oprimidos de cada época, para ayudarles a encontrarse con el Mesías Salvador.

No hay que esperar que vengan tiempos mejores; hay que colaborar a que esos tiempos sean posibles para todos, trabajando junto a las personas de buena voluntad, ocupándonos de la gente, de la vida de los pueblos olvidados de la tierra y del sostenimiento de la naturaleza de la que dependemos.

Los israelitas lo vivían bien: **«mi padre fue un arameo errante...»**, nos ha recordado la primera lectura. Por eso ofrecerán las primicias de la tierra nueva, para no olvidarse de quién les ayudó en la liberación.

En estas semanas de Cuaresma volvamos también nosotros a hacer presente el gran momento de nuestra historia personal: el Señor Jesús nos encontró, nos amó y le respondimos que sí. Y hagamos presentes también momentos salvíficos en nuestra comunidad cristiana.

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 15,5-12.17-18): *Mira al cielo; cuenta las estrellas, si puedes.*

2ª lectura (Filipenses 3,17-4,1): *Somos ciudadanos del cielo.*

Evangelio (Lucas 9,28b-36): *Y subió a lo alto de la montaña.*

Si Dios llamó a Abrahán invitándole a salir de sus esquemas mentales y de su modo tranquilo de entender la religión, poniéndolo en marcha hacia un futuro que él anhelaba pero desconocía, el Evangelio sigue con el mismo modo de proceder.

Muchas generaciones después de nuestro antepasado común, aquel que nos refleja y nos expresa quien sirve de símbolo a nuestra añoranza de futuro, quien marca el horizonte donde se vean colmados los anhelos que pululan por nuestras interioridades y realiza las aspiraciones que nos hacen saltar hacia delante; cuando los que nos reconocemos en Abrahán, como buscadores de plenitud y seguimos inquietos, de nuevo escuchamos una voz que nos invita a dirigirnos a la montaña, a la oración, a la conversación profunda y silenciosa con Dios desde nuestras experiencias vitales, mundanas y celestiales.

Ahora, la voz que saca a relucir nuestro interior y desde lo más profundo nos impulsa a ir más allá de nosotros mismos para ser mucho más de lo que somos, se ha hecho presente en quien representa nuestro propio futuro y puede indicarnos el camino de llegar a nuestro horizonte.

Jesús, en medio de la confusión histórica en que vivimos y de las múltiples propuestas que recibimos como referencias de nuestra propia plenitud, se nos presenta como un adelanto de nuestra propia meta personal.

Los discípulos que, en nombre y representación de todos nosotros, expresan nuestra propia búsqueda, viven y experimentan una sensación, centrada en Jesús, que es el colmo de eso que llamamos dicha, felicidad, plenitud, vida o cielo.

Sin noción del tiempo, sin sentido de otra cosa pero con total conciencia de sí mismo, Pedro, en nombre de todos, le pide a Dios que nos consiga vivir en esa experiencia que nadie es capaz de decir ni expresar.

No es ninguna cosa rara; es nuestra propia realidad vivida como adelanto del futuro que Dios nos conseguirá. En ella viven ya personas que fueron guías históricos del deseo humano de verse transformados: Moisés, que había sido guía de la transformación política, social y religiosa de un pueblo esclavo en libre; Elías, que había sido el guía de la transformación de la fe politeísta en una fe confiada en el único Dios de la historia.

Sus metas se han visto multiplicadas en la realidad actual. Su historia, tenaz y luchadora, ha visto desbordadas sus expectativas. Sus personas están transformadas por el alcance de una plenitud que no soñaron. Sus vidas, que estuvieron sometidas a la experiencia de la rutina y la impotencia, están ahora liberadas y por encima de las limitaciones que nosotros sentimos todavía en nuestra propia corporeidad.

La experiencia del Dios que nos llama es la experiencia de la vida como camino, como tensión, como búsqueda de la "montaña"; ese símbolo de lo inmenso, difícil, bello y majestuoso a la vez que lleno de vida, ternura y atracción. La montaña es lo inefable pero salpicado de pequeñas cosas que reflejan concreción y comunidad, grandeza pero alcanzable, sentido de conjunto pero experiencia de pequeñas partes que se van viviendo a lo largo del camino a través de ella hacia la cumbre.

Y Dios está haciéndose presente en el Hombre por excelencia, en quien representa todas nuestras búsquedas, inquietudes, esperanzas y anhelos. Jesús, que nos hace presentes a nosotros en lo que deseamos y ambicionamos ser, es la presencia de Dios como invitación a buscar y como esperanza de encontrar. Pero también es el guía por excelencia.

En esta vida transformada en aventura, convertida en peregrinaje, sentida como salida continua, en la que Abrahán andaba buscando signos de su orientación, nosotros tenemos un guía que Dios nos ha enviado para no perder la senda y conseguir el objetivo. De ahí que Dios nos invite a: **«escuchar a Jesús»**.

El será quien pueda conducirnos a la montaña. Él será quien pueda acompañarnos por los difíciles vericuetos del sendero, tantas veces confuso, que atraviesa la vida. Él hará que consigamos llegar. De ahí que la intranquilidad consustancial a la vida se transforma en seguridad caminante y andanza confiada, porque viene con nosotros el Hijo, el que Dios ha elegido para esta tarea de guía vital y existencial. Bien merece la pena escucharle.

¿Estamos dispuestos a salir de nuestros esquemas?

¿Hemos asimilado que la vida es una búsqueda de nuevas metas?

¿Confiamos en la compañía de Jesús en nuestra subida a la montaña?

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 3,1-8a.13-15): *la zarza ardía sin consumirse.*

2ª lectura (1ª Corintios 10,1-6.10-12): *todos comieron el mismo alimento espiritual.*

Evangelio (Lucas 13,1-9): *y, si no os convertís, todos pereceréis.*

La existencia humana viene planteada como una espera. En su obra teatral “*Esperando a Godot*”, Samuel Beckett escribió sobre la paradoja de la esperanza. La espera de los protagonistas está basada en la esperanza en que un hombre llamado Godot acuda a su encuentro. Pero nadie conoce a Godot; él es un nombre vacío, sin hombre; el nombre dado a una de las formas básicas de la condición humana: “*estar esperando a*”.

El Dios de nuestros padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, no es el Dios de las expectativas sino de la espera de lo inesperado. Esto quiere decir que el mismo Dios que se encontró con Moisés, en forma de zarza ardiente en el desierto, no se adapta a nuestras expectativas ni impone sus expectativas a los hombres, sino que, primariamente, se acerca a la condición de hombre y únicamente le solicita desde ella. Eso es precisamente lo que pidió a Moisés: “*estar esperando a*”, pero de un modo radical, esto es: “**estar esperando a lo inesperado**”.

Cuando Moisés, según el pasaje del libro del Éxodo, responde al Señor «*aquí estoy*» no está sino atendiendo a su condición de hombre en espera. Si ese pastor, acomodado en una buena familia de Madián, hubiese privilegiado el contenido de sus esperanzas presentes a lo inesperado de un encuentro, no hubiera reconocido al cálido Dios en la zarza. Pero, sin embargo, «*El que es*» en medio de su pueblo, el Dios de los vivos, llena de contenido, de sentido, de densidad la espera, y convierte lo inesperado en esperanza.

«*Él ha visto, ha oído y conoce las angustias de su pueblo*», por eso rellena de contenido salvífico y liberador la espera humana; la lleva más allá de las expectativas propias –del objeto de deseo en el modo y en el tiempo de cada uno– bajo la condición de suspender todas ellas, atendiendo únicamente a lo inesperado de la espera.

Benedicto XVI dice en su segunda carta encíclica que «*nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas-, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquéllas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar*» (Spe Salvi, 31).

Esto que no podemos alcanzar no es algo que nos sea ajeno, sino que responde a «*Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren*» –como afirmaba la constitución vaticana *Gaudium et Spes*–, pero no en base a expectativas que nos dominan, sino a la sorpresa de la espera que libera.

Si bien entre los hombres se da la espera como posibilidad humanizante, y Dios pide que ésta se abra a lo inesperado del contenido salvífico que Él ofrece, la espera humana puede también dotarse de un contenido mortífero y desesperante. Las circunstancias de los hechos más dramáticos de nuestra historia del Siglo XX es que la posibilidad para desesperar de la vida no sólo alcanzó a los “*malvados-asesinos*” sino también a las “*pobres-víctimas*”, que aceptaron, de forma no tan distinta, la muerte como espera y el mal como banalidad.

“*¿Creéis que verdugos y víctimas eran más culpables que los demás habitantes? En un sentido, es común la posibilidad de desesperar de la vida y esperar la muerte; es como la banalidad del mal, su aceptación espontánea e indeliberada, independientemente del dictamen de la razón y la decisión libre de la voluntad sobre la condición del pecado*” (Karl Rahner).

Aun con todo, si bien el hombre sabe desesperar, el Dios de Moisés y de Jesús de Nazaret no sabe hacerlo bien, puesto que su espera paciente es inmensa. Como relata la parábola de san Lucas, Dios «*se convence*» a sí mismo –o está, más bien convencido– de que la higuera, que no da vida por falta de esperanza, puede ser todavía, pacientemente cavada, abonada, esperada.

- **¿Qué esperanzas albergas?**
- **¿Crees que se puede “esperar contra toda esperanza”, es decir, esperar lo inesperado, o conservas la seguridad de saber lo que quieres?**
- **¿Quién tiene paciencia contigo?**

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (Josué 5,9a.10-12): *El día siguiente de la Pascua, comieron del fruto de la tierra.*

2ª lectura (2ª Corintios 5,17-21): *Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado.*

Evangelio (Lucas 15,1-3.11-32): *Estaba perdido, y lo hemos encontrado.*

La parábola del hijo pródigo, que tantas veces hemos oído y que este domingo se proclama, nos revela el misterio del pecado, los recovecos y pretextos del pecador al obrar el mal, pero sobre todo nos revela la infinita misericordia de Dios, que nos espera siempre y hace una fiesta por todo lo alto el día en que el pecador se arrepiente y vuelve a sus brazos.

Lucas describe precisamente el proceso del pecador y nos descubre el misterio del pecado. El hijo pródigo reclama y se apropia de lo que no es suyo, se distancia de todos y va dilapidando la herencia en un consumo desenfrenado. Espera encontrar la felicidad, pero se siente un desgraciado, y se da cuenta de que está hundido en la miseria.

Y ahí está lo malo del pecado, en creernos los dueños del mundo y hacer lo que nos da la gana, sin darnos cuenta de que nos estamos cargando un mundo que no es nuestro, porque es para todos, degradando la naturaleza, contaminando las aguas y el aire, y derrochando unos recursos escasos, que deberíamos cuidar y aprovechar razonablemente.

El segundo mal del pecado está en apartarnos de todos, en el individualismo rabioso y egoísta, que deja en la miseria y condena al hambre a la mitad de la humanidad. El tercer mal del pecado está en el consumismo incontrolado, que nos hace buscar la felicidad en el tener y en el gastar y consumir, sin que nos demos cuenta de que así nos quedamos solos y nos hundimos en la miseria.

¿Seremos capaces de reaccionar con la lucidez del hijo pródigo?

Pero la parábola del hijo pródigo quiere descubrirnos, sobre todo, la infinita misericordia de Dios. Dios no olvida al hijo pródigo, no lo da por perdido en ningún momento, cada día está a la espera, sabe muy bien que tarde o temprano se dará cuenta de las cosas y reaccionará, por eso espera, siempre, con los brazos tendidos, sin rendirse jamás.

Y es que Dios sabe que somos pecadores, conoce nuestras debilidades, y a pesar de todo nos deja en libertad, respeta el uso que de ella hacemos, sabe muy bien nuestras falsas ilusiones, pero no tiene ninguna prisa en intervenir.

Nadie nos conoce como Él, que nos ha creado, y nos ha dotado de razón, por eso espera pacientemente, sin prisa, a que seamos nosotros los que caigamos en la cuenta, los que reconozcamos nuestros errores y tratemos de poner remedio.

Y adelanta su gracia para que busquemos su apoyo y superemos el mal y volvamos a su encuentro. Bien lo aprendimos en el catecismo al enumerar las cosas necesarias para una buena confesión.

Pero el Señor que nos está esperando, impaciente al vernos venir, corre a nuestro encuentro, nos echa los brazos al cuello y, sin tiempo para que soltemos la retahíla de nuestros pecados, nos introduce en casa, nos presenta a todos y con todos comparte su alegría, invitando a todos a celebrar el momento con una gran fiesta.

Es la fiesta del perdón, la de la misericordia, la del amor. *«Hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte»*, había dicho ya Jesús. Toda la casa se moviliza y todos se apresuran a cumplir las órdenes del Padre para preparar la fiesta. Todos menos uno. El hijo modelo, el que había permanecido en casa, el que se consideraba cumplidor y se tenía por justo.

Allí estaban los fariseos y los letrados. Y la parábola iba por ellos, para que, como los otros pecadores y publicanos, también ellos reconociesen su pecado y compartiesen el gozo del perdón. Porque sólo el que es perdonado aprecia el perdón, disfruta del gozo del perdón y está pronto a perdonar.

Y Dios sabe muy bien que esa experiencia del pecado es, a la vez, una gracia que nos acerca al Señor y nos hace ver y apreciar el inmenso amor de Dios.

¿En qué me identifico con el hijo pródigo?

¿Soy individualista?

¿Busco la felicidad en el consumo, en el lujo, en la abundancia, en el refinamiento?

¿Me parezco en algo al otro hijo?

¿Me creo mejor que los demás?

¿Menosprecio y prejuzgo como peores a los otros?

¿Me siento movido al perdón, a la misericordia, a no prejuzgar?

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Isaías 43,16-21): **mirad que realizo algo nuevo.**

2ª lectura (Filipenses 3,8-14): **Todo lo estimo pérdida.**

Evangelio (Juan 8,1-11): **El que esté sin pecado, tire la primera piedra.**

A las puertas de la Semana Santa, el texto evangélico, pone hoy para nuestra reflexión una página admirable: una mujer, a punto de morir apedreada, comienza a vivir de nuevo. Llevada ante Jesús por unos hombres que claman justicia en nombre de la ley de Moisés, una adúltera encuentra amor, perdón y vida nueva en el único que es la ley de Dios encarnada en la vida de los hombres: Jesús.

La escena puede servir para personas, comunidades y pueblos. En estos días de Cuaresma, y siempre, yo también puedo poner mi vida delante de Uno que no condena, sino que salva. A sus pies, puedo escuchar palabras de amor y perdón, puedo ponerme en pie, y emprender una nueva vida: **«Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más»**. Son palabras dichas también para mí, para nosotros. Jesús prefiere la persona a la ley. La salvación sólo se encuentra en el amor y la misericordia de Dios.

Los creyentes lo sabemos muy bien, y nunca debiéramos olvidarlo. Las palabras y hechos de Jesús son siempre, para la Iglesia, referencia obligada por encima de toda ley y norma. El Dios que Jesús encarna y presenta es un Dios misericordioso. Las personas no necesitamos leyes que nos esclavicen, sino comprensión, ayuda en nuestras debilidades y caídas. He aquí un buen servicio de la Iglesia al hombre de hoy. Con frecuencia se escuchan, desde nosotros-Iglesia, palabras duras de condena. La Iglesia, como su Señor, no ha sido enviada al mundo para condenarlo sino para salvarlo.

La conclusión del relato de hoy es conmovedor: la mujer acusada queda a solas con Jesús. Ella no olvidará nunca sus palabras: **«Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más»**. Aquella mujer no necesitaba condenas. Jesús confía en ella, y la anima a una vida nueva; ella no está hecha para el pecado. De labios de Jesús no brotará una palabra de condena. La Iglesia debiera ser vehículo y no obstáculo de la misericordia de Jesús para con los pecadores.

Sí que vemos a Jesús enfadado en momentos que todos conocemos. Jesús no soporta la hipocresía, la soberbia, la dureza de corazón. Denuncia a los que orgullosamente se sitúan por encima de los demás. En esta ocasión, los escribas y fariseos traen ante Jesús a una mujer sorprendida en adulterio. Se acercan a Jesús y le preguntan para poder comprometerlo y acusarlo. Aparece esta actitud varias veces en los relatos evangélicos.

Quieren saber si Jesús se pone de parte de la ley de Dios, o pretende suplantarla. En este caso, Jesús merecería la pena de muerte. Pero Jesús no entra en este juego hipócrita, y les propone que se miren a sí mismos. **«El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra»**. Mírate a ti mismo antes de emitir un juicio sobre los demás. Jesús no entra a cuestionar la ley de Dios, sino el ejercicio legalista e hipócrita de ella.

Empezando por los más viejos, los acusadores se van retirando, avergonzados por el desafío que les lanza Jesús. Quedan solos Jesús y la mujer. Magnífica escena para nuestras propias vidas. Pero, la escena evangélica manifiesta también otro aspecto: Jesús no acepta el diferente trato dado por la Ley judía a la mujer y al hombre. La mujer no tenía la misma dignidad que el varón ante la ley. Jesús acoge a las mujeres mostrándoles el amor comprensivo del Padre.

En aquella sociedad machista se humilla y se condena a la mujer. Al reprimir el delito, se castiga con dureza a una parte de la sociedad, la más débil. Jesús no soporta esta hipocresía social construida por los varones. También nuestra sociedad, y nuestra Iglesia, deben caminar hacia un mayor respeto hacia la mujer y a su toma de responsabilidades en esos ámbitos.

La puesta en práctica de estas actitudes de Jesús cambiaría por completo el sentido de nuestra vida y de nuestra convivencia. Y la Iglesia aparecería, más claramente, como aquella **«madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella»** de la que hablaba Juan XXIII. Nos sobran leyes y nos falta compasión. Debemos estar dispuestos a dismantelar nuestras propias mentiras e hipocresías. Hoy la comunión con Cristo nos debe llevar a comulgar muy en concreto con su misericordia.

¿Me inclino más a la condena que al perdón y a la comprensión?

¿Pongo confiadamente mi vida, mis faltas y pecados delante de la misericordia divina?

¿Estoy dispuesto a comenzar de nuevo y a ayudar a otros en ese camino?

DOMINGO DE RAMOS

1ª lectura (Isaías 50,4-7): **sé que no quedaré avergonzado.**

2ª lectura (Filipenses 2,6-11): **¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre.**

Pasión (Lucas 23,1-49): **Realmente, este hombre era justo.**

Frente a los que pretenden apropiarse de la vida, con el pretexto de que *“mi vida es mía y hago con ella lo que quiero”*, somos mayoría los que creemos que la vida, la mía y la tuya, no son nuestras, sino que son un regalo, de nuestros padres, en principio, y, en última instancia, de Dios.

Por eso, como todo lo regalado, sólo podemos disfrutarlo de verdad compartiéndolo. Porque vivir es convivir, compartir, repartir y así multiplicar. Es hermoso constatar que la vida en sociedad está tejida de servicios mutuos. Vivir es entregar nuestros esfuerzos solidarios en el trabajo por los demás, para el bien común.

La vida, la verdadera vida humana, es siempre entrega a los demás en el amor y por amor. El que guarda su vida sólo para sí, malvive y malgasta el regalo recibido, y al final se muere y pierde la vida.

Pero el que se desvive por los demás, el que se entrega a los otros y da la vida, aunque muera, no pierde su vida, porque la ha ganado definitivamente.

La pasión de Jesús nos descubre la locura del amor de Dios, su pasión por nosotros y por nuestra felicidad. Lucas está impactado por la misericordia de Dios, y nos lo quiere transmitir. En su relato insiste en el sufrimiento de Jesús que da su vida por nosotros.

En el huerto de los olivos, destaca, Lucas, la agonía de Jesús, que le hace sudar gotas de sangre. Pero, sobre todo, insiste en su relato en los aspectos más vejatorios, como las burlas en la corte de Herodes, el parangón con Barrabás y la condena a muerte a pesar de reconocer públicamente su inocencia el juez Pilato.

Cuando está alzado en la cruz, el evangelista subraya las palabras de perdón y de misericordia de Jesús. Perdona a sus verdugos y, en medio de las burlas de la multitud, concede el paraíso al ladrón arrepentido.

La pasión de Jesucristo sólo tiene explicación **«por nosotros y por nuestra salvación»**. Por nosotros, y para salvarnos, bajó del cielo y se hizo hombre, sin hacer alarde alguno de su categoría, pasando por uno de tantos, rebajándose hasta la muerte, y muerte de cruz.

El credo afirma: **«por nosotros y por nuestra salvación padeció, fue crucificado, muerto y sepultado»**. Toda su vida estuvo marcada por el servicio a los demás, pasó por la vida haciendo el bien, curando todas las enfermedades, expulsando demonios, bendiciendo a los niños, predicando la Buena Noticia, instruyendo a sus discípulos, e invitándonos a seguirle, a vivir como él, es decir, a desvivirnos por los demás, a entregar la vida en servicio de los otros, al servicio de la caridad y el amor.

Porque sólo el amor puede hacernos superar el estupor y el sobrecogimiento ante lo que Jesús padeció y sufrió hasta la muerte, por nosotros, por nuestra salvación, por amor.

Y es que **«tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su propio Hijo»**. Al mirar a Cristo en la cruz, descubrimos la locura del amor de Dios por los hombres.

No se conformó con crear el mundo, ni siquiera con habernos creado a su imagen y semejanza; nos entregó a su propio Hijo y nos dio su mismo Espíritu, haciéndonos hijos suyos.

En el crucificado podemos reconocer, como en el hijo pródigo, al Padre con los brazos abiertos esperándonos siempre. A pesar de nuestros pecados, de nuestras debilidades, de nuestras traiciones, él siempre tiene los brazos abiertos, en cruz, para acogernos con infinito amor.

Ya podemos vivir confiados, sin temores. Al final de nuestros días, no caeremos en las garras de la muerte, sino en los brazos del Padre. En sus brazos amorosos entraremos para siempre en su casa, en nuestra casa, en el cielo.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14): **Decretaréis que sea fiesta para siempre.**

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): **Haced esto en memoria mía.**

Pasión (Juan 13,1-15): **Lo que yo he hecho, vosotros también lo hagáis.**

La intensidad de algunos momentos de la vida refleja, especialmente, el ser y quehacer de Dios que ha tenido la valentía de “meterse en nuestro pellejo”, recorrer los caminos de Nazaret y anunciar, a todos, su presencia constante: **«hasta el final de los tiempos»**. Una vida de “*alto voltaje*” que impactó y no dejó indiferente a nadie.

No resulta difícil reconocer, un día como hoy, los signos de su vida. Son la herencia, el testigo que nos deja y, también, su presencia constante aquí, con nosotros. A los pies de la humanidad, el sacramento del servicio. Más sencillo de lo que parece. Más revolucionario de lo que parece. Más divino de lo que parece. Más humano de lo que parece. **¡Ponerse a lavar los pies!** Nada más humillante, ni más significativo.

Todos lo entendieron, aunque les costó. Lavar los pies no es agradable. Es tratar con veneración al prójimo, dejar de lado el interés particular y procurar que toda persona tenga los cuidados necesarios. Así de fácil. Así de comprometido. Hoy se buscan “*lavadores de pies*”.

No queda otra opción y, además sabemos muy bien porque tenemos que hacerlo. Hay personas con los pies sucios. Es la suciedad del hambre o de la violencia padecida, la porquería de la exclusión, la inmundicia del paro, o la miseria de la falta de proyecto en la vida, la mancha de la tristeza. **¡Hay tantas suciedades!** Impurezas que infectan la vida entera, que no dejan caminar y hacen olvidar la absoluta dignidad de todo ser humano.

Jesús no se lo piensa dos veces. Ya lo había hecho antes con muchas personas. Siempre lo encontramos entre los “sucios”; pecadores, publicanos, enfermos, pobres, prostitutas... Lavar los pies supone una renovación absoluta de la persona: “*todo queda limpio*”. La vida, por degradada que esté, recupera su valor. La persona vuelve a caminar, con un proyecto nuevo y una existencia renovada.

Nosotros, a ejemplos del Maestro, seguimos sus pasos y repetimos sus acciones en su nombre. No somos nosotros. Es Él mismo quien sigue lavando los pies por medio de nuestra entrega. La Iglesia entera se pone al servicio de los necesitados, ellos son los más importantes. No se trata del esplendor de la comunidad ni de la ejemplaridad de los cristianos. Es la memoria de Jesucristo celebrada en la Eucaristía y vivida junto a los necesitados. Junto a los que anhelan una vida digna.

El servicio no es un imperativo moral, sino el fruto natural del encuentro con Jesucristo: el primer servidor. Es el ritual de la caridad, en el que el amor a Dios y al prójimo van unidos. Es la memoria de Jesucristo que se perpetúa: **«La caridad es amor recibido y ofrecido. Es amor que desde el Hijo desciende sobre nosotros»** (Benedicto XVI). Un amor que es presencia viva de Dios hoy. Nosotros tomaremos el testigo de su entrega en el momento actual, en su nombre, como señal de vida abundante para todos.

“*Codo con codo, con las manos unidas en el sacramento de la comunidad*”. Jesús fue un sembrador de comunidad. Su vida entera es la acción de un artesano que entrelaza la existencia de las personas y de éstas con Dios. Todos unidos. Todos afrontando solidariamente los retos de la vida. Jesús nos propone el camino del amor vivido en comunidad. Es el mejor modelo para la Iglesia que sueña con ser “*casa y escuela de comunión*”. Hoy necesitamos comunidades acogedoras, fraternas y exigentes que nos ayuden a vivir la fe junto a otros al servicio de los necesitados. Así lo hizo la primera comunidad de Jesús.

Con corazón agradecido, participando en el sacramento de la celebración. Una celebración de despedida. Una cena de liberación, un acto de servicio. Es la Pascua, el paso de Dios. Un Dios viajero que nos visita en la historia cotidiana y recorre, una y otra vez, con cada uno, los caminos de la vida. Nosotros miramos la historia personal y comunitaria para recorrer sus huellas. Su Palabra nos guía, la comunidad nos acompaña, la celebración nos ayuda a “*vivirle*”. Estos (y otros) son los sacramentos de la fe. Los que nos hacen ver la vida desde otra perspectiva: la de Jesucristo.

Es el gran sueño de cada persona y de cada pueblo. Es la gloria de Dios **«que el hombre tenga vida, y la tenga abundante»**. Es el fruto del servicio: “*la vida plena de hombres y mujeres*”. Todos transformados: “*tanto quienes se ponen a lavar los pies como quien es liberado de la suciedad*”. Todos adquirimos más vida y más humanidad. Es el **ciento por uno** de la caridad.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52,13-53,12): **Mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho.**

2ª lectura (Hebreos 4,14-16; 5,7-9): **Mantengamos firme la fe que profesamos.**

Pasión (Juan 18,1-19,42): **E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.**

La forma de estar y de vivir en el mundo, que tenemos cada uno, tiene consecuencias para nosotros y para los demás. Toda vez que nos convertimos en referencia para las generaciones que vienen detrás, lo mismo que nuestros antepasados lo han sido para nosotros.

En la actualidad, el aislamiento de las personas es la más fatídica consecuencia del individualismo imperante pues conduce al *“sálvese quien pueda”* y al *“tanto tienes, tanto vales”*. Por el contrario, las relaciones sociales abundantes y transformadoras, la difusión de un comercio justo y de una banca ética, así como los compromisos sociales son la consecuencia de una vida colectiva y entregada de muchas personas. Así vamos logrando el proyecto de Reino de Dios por el que Jesús entrega toda su vida.

Después de haber escuchado con atención el relato de la Pasión, no queda más remedio que guardar silencio, fijar los ojos en el Crucificado y contener la respiración y el estupor. Porque el que está en la cruz, **«ese hombre es el Hijo de Dios»** como confesará el centurión romano, después de haber visto cómo expiraba en la cruz. También nosotros lo creemos así y así lo confesamos.

Pero no entendemos por qué tenía que morir en la cruz, por qué tanto dolor, tanto sufrimiento, a pesar de que sabemos que él mismo había anunciado que **«era necesario que el Hijo del hombre padeciese y muriese»**. Pero lo que están viendo nuestros ojos empaña la visión de los ojos de la fe. El sufrimiento no entra en nuestros cálculos, y mucho menos la muerte, y nos cuesta creer que Dios exija tales condiciones.

Cuando Pilato interroga a Jesús sobre la imputación con que le acusan los sumos sacerdotes, éste no acude a una contestación individual y a unos argumentos de su propia autoridad, avalados por los milagros, sino a la fuerza del grupo: **«pregunta a otros, -yo no me he ocultado a la hora de hablar ni a la hora de actuar-; ellos te dirán de mí»** y de lo peligrosa que resulta mi actuación para los intereses de los poderosos.

Jesús va a mostrar, hasta el último momento, su estilo de vida como la gran fuerza que va a renovar a las personas y a las estructuras para hacer posible un mundo más humano para todos y unas relaciones que acerquen a los diferentes, igualen las capacidades de los que tienen mayores dificultades y posibiliten la ayuda y colaboración mutua en la realización de los proyectos de vida de todas las personas y de todos los pueblos.

La muerte de Jesús en la cruz, el Viernes Santo, sólo es comprensible desde el Jueves Santo, desde el amor de Cristo. Sucede que a veces el árbol no nos deja ver el bosque, y en este caso la cruz no nos deja ver el amor. Pesa tanto el dolor, el cuerpo desgarrado y el costado abierto que no vemos en su interior el corazón de aquel que tanto ama a los hombres, sus hermanos. Y olvidamos sus razones: **«nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por los que ama»**.

Tratemos de mirar de nuevo al crucificado y hagámoslo ahora de corazón a corazón, que para eso han abierto su costado con la lanza. Abramos también el nuestro con devoción. Seguiremos seguramente sin entender, pero ahora el amor nos hace comprender mejor al que da la vida por nosotros y por todos. El amor no se entiende nunca, trasciende cualquier cálculo racional, pero se siente, e inevitablemente uno acaba por dejarse vencer por el amor y corresponder con amor.

El Viernes Santo sólo tiene sentido tras el Jueves Santo y en vísperas del Sábado de Gloria. La muerte de Jesús cobra todo su sentido en el contexto del amor, que celebrábamos ayer Jueves Santo, y a la luz de la Pascua de Resurrección. La muerte de Jesús es la mayor prueba del amor de Dios por nosotros: porque nos ama, Jesús entrega su vida en la cruz.

Pero en esa misma cruz Dios acaba con el poder de la muerte, y Jesús muriendo destruyó nuestra muerte y nos abrió el camino del cielo y de la esperanza en la vida eterna. Murió por nosotros, porque nos ama, y murió por nuestra salvación, para rescatarnos del poder de la muerte y del mal y así posibilitarnos una vida sin miedo, que sea camino hacia la casa y el encuentro con el Padre. La promesa de Jesús al buen ladrón es la promesa para todos y cada uno de nosotros: **«Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso»**.

SÁBADO SANTO

No hay celebraciones litúrgicas hasta la noche en la Solemne Vigilia Pascual.

La esclavitud moderna es más sofisticada y por tanto, más peligrosa. Es una esclavitud profunda, es la esclavitud del espíritu en sus expresiones más específicas: la esclavitud del pensamiento y de la conciencia. Además, es una esclavitud a gusto. La ceguera, que la ha provocado como legitimación, es general y goza de buena conciencia, inducida por el rostro amable y atrayente del consumo.

Liberar a este nuevo esclavo no es nada fácil, ya que no quiere ser liberado; se le ha convencido de que vive mejor secuestrado, encarcelado. Tiene miedo a su libertad. Por eso, se prefiere permanecer encarcelado, pues así se cree que vive más seguro, como queda reflejado en la parábola de **“El hombre de las manos atadas”**:

“Erase un hombre como todos los demás, un hombre normal. Una noche, mientras dormía, le ataron las manos, sólo las manos. Luego le dijeron que así era mejor, pues unas manos atadas no podrían hacer nada malo (aunque, claro, tampoco nada bueno). Se fueron luego y dejaron un guardián a la puerta para que nadie, ni él mismo pudieran desatarle las manos.

Al principio aquel hombre se desesperaba, y por todos los medios buscaba zafarse de sus ligaduras; ante la inutilidad de sus esfuerzos, intentó poco a poco acomodarse a la situación.

Un día hasta consiguió atar sus propios zapatos; otro, encender un cigarrillo, y así sucesivamente, hasta comenzar a olvidarse de sus ataduras, a la par que el guardián le comunicaba día a día las cosas negativas que hacían quienes tenían las manos libres (se olvidaba de contarle las cosas buenas).

Pasaron los años, muchos años aquel hombre llegó finalmente a acostumbrarse de que era mejor así. Un día sus amigos lograron desarmar al guardián y le desataron manos. Pero, ¡oh infortunio!, llegaron demasiado tarde, porque las manos de aquel hombre habían quedado atrofiadas para el resto de sus días.

Y es que sin la acción en libertad el pájaro enjaulado ya no sabe salir de la prisión.”

¿Cómo liberar a este hombre? Éste es el gran reto.

La celebración de la Vigilia Pascual nos recuerda y nos hace revivir las raíces de nuestra vida cristiana. Toda nuestra vida está inserta en esa historia de amor de Dios, que comienza con la creación y que abarca a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos y a todo el universo. Centro de toda esta historia de amor de Dios es la Pascua: el paso del Señor para liberar a su pueblo.

Así recordamos la Pascua judía: el paso de Dios para liberar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto, símbolo de toda esclavitud por los poderosos del mundo. Pascua, que culmina en la Pascua de Jesús, muerto y resucitado. Y, por fin, celebramos nuestra Pascua: el paso del mundo viejo, dominado por los poderes de muerte, al mundo nuevo de la vida, de la libertad, de la verdad, de la justicia, del amor, mediante el bautismo, que lo reviviremos en esta celebración.

Estamos celebrando el paso de Dios por nuestra vida y nuestra historia. Si Dios pasa, todo se renueva y se transforma, todo se ilumina. Si Dios pasa y camina con nosotros, ya hay esperanza para la humanidad. Los nuevos Egiptos, creadores de muerte, han sido vencidos. Es el triunfo de la vida, de la libertad, de la verdad, de la justicia, del amor. Comienza una nueva primavera para la humanidad y para el universo.

Continúa en la vida de los cristianos y en la de tantas personas que luchan por un mundo distinto. Así, una vez que hemos escuchado todo lo que Dios ha realizado en su pueblo a favor de la humanidad, contemplemos nuestra vida actual desde esa luz, culminada en el Cirio Pascual, símbolo de Cristo resucitado, y que se hace presente en el bautismo, en la Eucaristía y en nuestra vida, en la vida de la Iglesia y en la vida de los hombres y mujeres a través de esos pequeños pasos de ruptura con los nuevos faraones, y de esos pequeños y grandes proyectos para construir un mundo más humano y fraterno.

Todo esto lo proclamamos y celebramos al recordar y actualizar nuestro compromiso bautismal y en la participación de la Eucaristía. Y se vive luchando junto con los demás por introducir en nuestro mundo el gran proyecto de Dios. Nuestra humanidad no es una humanidad huérfana, tiene un Padre-Madre; tiene un hogar y una herencia común: la creación entera para todos, sin excepción alguna, realidad que hay que recordar continuamente.

DOMINGO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 10,34a.37-43): *Nosotros somos testigos de todo lo que hizo.*

2ª lectura (Colosenses 3,1-4): *Buscad las cosas de arriba.*

Evangelio (Juan 20,1-9): *Vio y creyó.*

En la Semana Santa, el cristiano puede caer en lo que Martín Descalzo llamó «*la tentación del Viernes Santo*», quedarse en la muerte de Jesús sin dar el paso al domingo de Pascua. La espiritualidad cristiana se ha teñido con frecuencia de luto, «*como los hombres sin esperanza*» (1 Tes 4,13). El Cristo de nuestra fe es Cristo resucitado: «*si Cristo no ha resucitado, vuestra fe no tiene sentido, seguís en vuestros pecados*» (1 Cor 15,17).

El teólogo Karl Rahner lo expresó así: «*Para algunos, el obrar salvífico de Dios sólo se encuentra en la cruz, el único acontecimiento decisivo es el Viernes Santo como tal. La verdadera fiesta cristiana es el Viernes Santo y el objeto de la piedad del amor y de la meditación es “el Crucificado, el Varón de dolores”. La Pascua es interesante sólo para el destino privado de Jesús*». Y prosigue así: «*Pero cuando, movidos por el último anhelo de lo más íntimo de nuestro ser humano, lanzamos una mirada con un corazón puro, hacia Cristo, hacia su muerte y hacia la experiencia pascual de sus discípulos, entonces nos sentimos capaces y animados a decir: “Ha resucitado”. Y, al mirar hacia Él, creemos que al morir una vida no cae en el abismo del absurdo, sino en el abismo de Dios. Si recogemos todo esto en nuestro corazón con fe, la frase ha resucitado se transforma en el concepto central de nuestra fe y de nuestra esperanza. Ya no se interpone abismo alguno entre Dios y el mundo*».

La resurrección es una realidad cargada de esperanza, dinamizadora de la vida creyente aquí y ahora, y no una adormidera de resignación pasiva. Cristo está vivo en la historia de la tierra, en todos sus triunfos y fracasos. Está en todas las lágrimas y en toda muerte como alegría escondida y como vida, que triunfa aunque parece morir. Como el grano de trigo, está en las tristes derrotas de sus siervos, que Él hace fecundas. Está incluso en medio del pecado, como misericordia del amor eterno, dispuesta a esperar con paciencia el retorno del hijo. Está en nosotros como luz del día y tan cierto como el aire que respiro. Quien cree en Él, dice en su corazón, lleno de esperanza: «**¡¡¡HA RESUCITADO!!!**».

¡Cristo, el que fue crucificado, ha resucitado y vive para siempre! Alegrémonos y demos gracias a Dios, porque donde está Cristo, que es nuestra cabeza, estamos ya también nosotros, miembros de su Cuerpo. «**Habéis resucitado con Cristo, y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios**», nos acaba de recordar Pablo. Dios nos ha llamado a la vida para hacernos participar de su misma vida. Somos hijos de Dios. En el Bautismo nos ha regalado una Comunidad de hermanos que llamamos a Dios ¡Padre!, y nos envía al mundo para que seamos solidarios con los gozos y esperanzas, angustias y tristezas de toda la humanidad, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren.

En la primera lectura, Pedro nos ha dibujado a Jesús como aquel que, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu, ha pasado por la vida haciendo el bien y liberando a los oprimidos por el mal. Al resucitar a su Hijo de entre los muertos, Dios ha puesto su sello sobre la persona, las palabras y la vida entera de Jesús, y se ha pronunciado en contra de lo que los poderes del mundo hicieron con Él rechazándole y llevándole a la muerte. Aquel Jesús al que crucificaron, ha resucitado y vive. El crucificado es el resucitado, y el resucitado es el mismo que fue crucificado. Lo que dijo y lo que hizo mientras estuvo entre nosotros lleva vida eterna para cuantos creemos en Él.

Consecuente con esta fe, el creyente debe entregar su vida entera, nueva y resucitada, al servicio del Reino. Así como Jesús vivió para el Reino del Padre, y lo vivió apasionadamente, así también nosotros. Con ilusión y gozo. Nuestros criterios y actitudes, las de Cristo vivo. Nuestras relaciones humanas, las de Cristo vivo, especialmente volcados a favor de los pobres y marginados. Nuestra escuela de oración, su forma de oración: a solas, muchos y largos ratos, en alabanza y acción de gracias al Padre, y sensible a la vida de los hombres.

También nosotros, con María Magdalena, con Pedro y el discípulo a quien tanto quería Jesús, hemos ido hoy al sepulcro de Cristo crucificado, hemos visto y hemos creído: **¡Ha resucitado!** ¡Vivamos ya desde ahora, hermanos, una vida de resucitados! ¡En Cristo resucitado somos ya hombres y mujeres nuevos! **¡Feliz Pascua de Resurrección!**

DOMINGO SEGUNDO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5,12-16): *Y todos se curaban.*

2ª lectura (Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19): *Yo soy el primero y el último.*

Evangelio (Juan 20,19-31): *Paz a vosotros.*

La fe en Jesús resucitado nos convierte en hombres nuevos. El evangelio nos recuerda que la fe fue capaz de hacer que el grupo de los discípulos, cerrado sobre sí mismo por miedo, se transforme por la fuerza del Espíritu en una comunidad nueva y misionera, es decir, abierta a todos. Una comunidad que obra signos y prodigios a favor del pueblo, como nos narra los Hechos de los Apóstoles. Tal es el poder transformador de la fe en Jesús resucitado: elimina el miedo de los discípulos.

El relato del evangelio nos presenta varias apariciones del Resucitado a la **comunidad reunida**. La experiencia pascual de los discípulos muestra que es en la comunidad donde se puede descubrir la presencia de Jesús resucitado.

La resurrección de Jesús significa que Jesús, hijo de Dios y de Adán, hermano y solidario de la humanidad, ha penetrado en la dimensión de Dios en su realidad humana, y, con Jesús, en cierto modo, estamos todos, la humanidad entera: *«Y así Él ascendió sin alejarse de nosotros; nosotros estamos ya allí con Él, aun cuando todavía no se haya realizado en nuestro cuerpo lo que nos ha sido prometido»* (San Agustín).

Por la resurrección la historia humana ha alcanzado su término, presentándose como liberación. La muerte es vencida y se inaugura una nueva vida no sometida a los mecanismos del desgaste y de la muerte, sino vivificada por el mismo Dios. La resurrección de Cristo es manifestación de que la opresión no derrota a Dios, sino que Dios la transforma en posibilidad de libertad.

Para los hombres, que vivimos en una sociedad opresora, esto significa que no debemos comportarnos como si la muerte fuese la última realidad. La última palabra sobre el hombre no la tiene la muerte, sino Dios, y esta palabra es una palabra de vida. La resurrección de Jesús no es sólo un acontecimiento glorificador de Él, sino manifestación de lo que será el Reino futuro prometido por Dios.

Jesús resucitado permanece presente. *«Él fue ya exaltado sobre los cielos, pero sigue padeciendo en la tierra todos los trabajos que nosotros, que somos sus miembros, experimentamos»* (San Agustín). Jesús se acerca, se hace presente y se pone a caminar con el hombre desconcertado, desesperanzado, inseguro, desanimado y lo libera de esta actitud paralizante y lo anima a ponerse en camino hacia la comunidad de hermanos.

«Jesús aparece en medio de ellos». Jesús, muerto y resucitado, crea un hombre nuevo y una comunidad nueva. Jesús vivo es el centro de la comunidad creyente. La comunidad cristiana se constituye alrededor de Jesús vivo y operante por medio de su Espíritu. Él está en el centro, como fuente de vida, punto de referencia, factor de unidad, otorgándole confianza y seguridad al liberarle del miedo.

El evangelista, al repetir la misma expresión *«Jesús aparece en medio de ellos»*, quiere insistir en que Cristo vivo sea la perspectiva, el centro, el paradigma real, afectivo y efectivo de la vida y del actuar personal y comunitario. Repito, Cristo ha de ser el centro, no unos valores, verdades predicadas por Él, ni unos preceptos, ni siquiera el *“mandamiento del amor”*, tan nuclear como es.

Todo esto es muy importante, totalmente necesario, pero no es la raíz, lo original. La originalidad de la vida y del actuar del cristiano y de la comunidad cristiana es la presencia de la persona de Cristo vivo por la acción del Espíritu en el cristiano, en la comunidad y en la vida de los hombres, de cada hombre.

La comunidad cristiana nace de la experiencia del encuentro con el Resucitado. Hoy, tenemos que pasar de un tipo de cristianismo ético, legalista, practicante, a un cristianismo místico, que sin anular lo anterior, le dé un sentido nuevo. Hoy se nos pide la misma fe y la misma experiencia del encuentro con el Resucitado que la de los primeros testigos: *«Dichosos los que crean sin haber visto»*.

Ahora bien, la fe en Jesús resucitado no se puede separar de su mensaje, de su comportamiento y de su destino. El evangelista con sus detalles corporales nos quiere manifestar que Jesús crucificado es el resucitado. Por eso, creer en Jesús y decidirse por su causa son inseparables. La resurrección no anula la cruz. La confirma. No aprueba su escándalo, pero le da un sentido y valor.

La fe en la resurrección no puede inducirnos a buscar consuelo más allá de la cruz del presente, de los sufrimientos del individuo y de los problemas de la sociedad, ni a soñar beatíficamente en una nueva vida después de la muerte en vez de transformarla aquí y ahora. Porque los problemas de la humanidad, los sufrimientos de los hombres, son las actuales cruces en donde Jesucristo sigue padeciendo.

DOMINGO TERCERO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 5,27b-32.40b-41): *Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres.*

2ª lectura (Apocalipsis 5,11-14): *A Él el honor, la gloria y la alabanza.*

Evangelio (Juan 21,1-19): *Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.*

Después de la experiencia que tiene la mujer María Magdalena de la presencia viva de Jesús y de la doble aparición en el cenáculo a la comunidad primera, una vez sin Tomás y otra con Tomás, el Maestro va a hacerse presente cuando los discípulos deciden recomenzar la tarea ordinaria y salir a pescar.

Tras un primer esfuerzo sin éxito, el Señor va a pedirles un segundo intento: «*echad la red*» otra vez, y entonces el esfuerzo lo va a precisar el exceso de pesca, la enorme cantidad de peces en la red, hacen que sea necesaria la colaboración de otros al no poder ellos solos con ella. Finalizada la tarea, Jesús quiere celebrarlo con ellos cuando ya le han creído y confesado: «*Es el Señor*». Tercer domingo, tercera aparición de Jesús resucitado en el evangelio de Juan.

A este relato de la aparición en el lago, Juan le ha añadido una confesión de fe en primera persona: la opción de fe por Jesús tiene que ser personal y el imperativo «*sígueme*» nos señala quien es el que va por delante y quien es el discípulo. Ninguna persona, ninguna institución puede sustituir al Maestro.

Jesús de Nazaret, el mismo que vosotros habéis juzgado, insultado, maltratado, condenado y matado, no se ha quedado en el sepulcro, ¡**está vivo!** Está a nuestro lado. No lo podemos ocultar ni mantenerlo en silencio; es preciso que su presencia sane a los que están enfermos, haga andar a los que se han quedado detenidos, saque de sus encierros a los que están atados y libere a los que han sido esclavizados.

Él quiere que nosotros vivamos su mismo estilo de vida y así ayudemos a recuperar la vida a otras personas, a las que se les niegan sus derechos más fundamentales, a quienes no se les da los medios más elementales para poder desarrollar sus cualidades y aprovechar así las oportunidades que la sociedad les ofrece.

No os tenemos ningún miedo, así nos lo dijo Jesús: «*el Espíritu pondrá en vuestra boca lo que tenéis que decir*»; por eso, obedeceremos a Dios antes que a los poderes de este mundo, obedecemos a Dios antes que a vosotros que nos queréis prohibir pronunciarlos a favor de esta nueva manera de vivir.

Los primeros seguidores de Jesús no lo dudaron ni un instante: cuando vivimos como vivió el Señor, entregando nuestras vidas, sacrificando nuestros momentos de triunfo, por dar a otros, razones para vivir mejor, nosotros estamos anticipando el final de la historia de las personas y de la colectividad.

Así, algunos de los seguidores de Jesús afirmamos que, en cada una de las comunidades particulares y en la gran comunidad eclesial, debe aparecer claro que el centro de las mismas es Jesús y su proyecto, no ellas mismas ni sus normas y ceremonias, más o menos pomposas, alejadas de la vida de la gente. La Iglesia, es sacramento (*señal*) de salvación para el mundo (como subrayo el Concilio Vaticano II); ella misma no es la salvación, sólo el crucificado resucitado es nuestro Salvador.

La última parte del relato evangélico de este domingo nos abre a poder entender cómo fue esto de la comunión para la misión (eclesialidad) desde el comienzo. Aunque tenían un solo corazón y un mismo pensar en lo fundamental, luego había diferentes formas de comprenderlo y de vivirlo; jamás se les ocurrió pensar ni plantear la uniformidad que todos deben pensar, sentir y hacer lo mismo en todos los lugares donde haya cristianos.

Ahondar en el primer amor, en el primer encuentro adulto con Jesús; desarrollar esta relación cotidiana con Jesús en una vida entregada a los demás para construir entre todos una sociedad más fraterna entre nosotros y más solidaria con las personas de nuestro alrededor, debe ser lo fundamental para toda comunidad cristiana, en particular, y para toda la Iglesia, en sentido global.

Gocemos de poder vivir la fe comunitariamente y demos gracias a Dios que sigue haciéndose presente en los acontecimientos de cada día, en las personas que aparecen a lo largo de la vida de cada cual y en el propio Espíritu, que guía a las personas por donde Él quiere y conduce a la Iglesia por caminos que, a veces, ni ella misma entiende o se resiste a ponerlos en práctica.

DOMINGO CUARTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 13,14.43-52): *Yo te haré luz de los gentiles.*

2ª lectura (Apocalipsis 7,9.14b-17): *Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos.*

Evangelio (Juan 10,27-30): *Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco.*

Todos los años, en este domingo 4º de Pascua, leemos unos versículos del capítulo 10 del evangelio de Juan. En él, Jesús se presenta como el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. La figura del pastor con el rebaño está muy arraigada en el pueblo de Israel desde los tiempos de los patriarcas.

Son muchas y muy hermosas las páginas que la Biblia dedica al amor del pastor a sus ovejas, como éstas del profeta Ezequiel: *«Yo mismo apacentaré mis ovejas. Buscaré las ovejas perdidas, recogeré a las descarriadas; vendaré a las heridas; curaré a las enfermas; a las gordas y fuertes las guardaré y las apacentaré como es debido».*

El mismo profeta amonesta al pastor que utiliza las ovejas en provecho propio: *«¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! A las ovejas no las apacentáis. No fortalecéis a las débiles, ni curáis a las enfermas, ni vendáis a las heridas; no recogéis a las descarriadas, ni buscáis las perdidas, y maltratáis brutalmente a las fuertes».*

El texto que hoy se proclama es muy breve, pero rico en sugerencias para una vida cristiana auténtica, una vida de “buen pastor”. De Cristo el texto afirma que *«conoce a sus ovejas, y que les da la vida eterna».* Y de las ovejas se dice que *«escuchan»* su voz, que le *«siguen»* y que nadie puede *«arrebatarlas»* de la mano del Padre. Es bueno detenerse en estos verbos con que el texto “dibuja” a las ovejas: *«escuchar, seguir y arrebatar».*

Ellos nos sitúan en el camino del cristiano y en la confianza en Dios. Estamos en las mejores manos, aquellas que le permitieron clamar a Jesús en el último aliento de su vida: *«¡Padre!, en tus manos encomiendo mi espíritu».*

La confianza de Jesús descansa en la profunda unidad que vive con el Padre: *«Yo y el Padre somos uno».* Y yo, ¿pongo toda mi confianza y mi vida entera en las manos del Padre? ¿Escucho la voz de Jesús? ¿Dónde? ¿Llegan a mis oídos los lamentos de los pobres? ¿Qué peso doy al Evangelio en mi economía, en mi compromiso, en mi colaboración ciudadana?

De Jesús nos dice el evangelio que *«al ver a las gentes se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor».* Jesús quiere compartir sus sentimientos con los discípulos y les dirá: *«La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies».*

Necesitamos muchos trabajadores, buenos pastores según el corazón de Cristo. Un día podíamos leer el periódico con la mirada de la compasión y preguntarnos qué hacemos ante la desgracia de tantos y tantos hombres y rogar con todo nuestro corazón a nuestro Padre-Dios: *«Danos entrañas de misericordia ante la miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido»* (Plegaria Eucarística V/b).

Todos somos llamados, configurados con Cristo por el bautismo, ungidos con el Crisma de la salvación para ser sacerdotes, profetas y reyes para siempre. Benedicto XVI en la homilía de un domingo del “Buen Pastor” (7/6/2006), manifestó sobre: *«aquellos cristianos que pretenden llegar muy alto, conseguir un puesto mediante la Iglesia: servirse, no servir. Es la imagen del hombre que, a través del sacerdocio, quiere llegar a ser importante, convertirse en un personaje; la imagen del que busca su propia exaltación y no el servicio humilde de Jesucristo».*

En el pueblo de Dios, el Espíritu reparte sus dones y carismas para común utilidad, al servicio de la Comunidad. Algunos son promovidos al ejercicio de ministerios ordenados para el servicio al pueblo de Dios y a sus hermanos. Y la misión que se les confía a esos ministros ordenados, no trata de buscar o conceder honores, sino más bien de un servicio que se debe prestar con sencillez y disponibilidad, imitando a nuestro Maestro y Señor, que *«no vino a ser servido sino a servir»* (Mateo 20,28).

- **¿Sigo a Jesús que me sigue hablando hoy?**
- **La vida, los acontecimientos, ¿me hablan de Dios?**
- **¿Doy la espalda a la vida y al Evangelio?**

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 14,21b-27): *Había abierto a los gentiles la puerta de la fe.*

2ª lectura (Apocalipsis 21,1-5a): *Todo lo hago nuevo.*

Evangelio (Juan 13,31-33a.34-35): *Que os conozcan por el amor que os tenéis.*

Leemos hoy, un pequeño párrafo de las palabras que constituyen el adiós de Jesús a sus discípulos unos momentos antes de que vengan a detenerlo en las mismas condiciones que a un delincuente cualquiera.

Jesús es muy consciente de la seriedad del momento y adopta la lógica actitud afectuosa de quien conoce su situación además de la solemnidad de quien quiere decir lo que han de tener claro sus familiares y amigos que le sobreviven.

¿Cómo decir en pocas palabras toda una síntesis clara y sentida de su mensaje y su vida?

¿Cómo resumir en una palabra todo el mensaje cristiano sobre Dios y sobre nosotros?

También nosotros, con el paso del tiempo, hemos heredado la palabra clave. Todo el mundo sabe que la palabra que designa al Dios cristiano y distingue al discípulo de Jesús es la palabra **AMOR**. Pero la hemos reducido a una sola dimensión, la hemos desnaturalizado al arrebatarle toda la profundidad e intensidad del sentimiento que surge a partir de un encuentro, para insistir, hasta la obsesión, en el aspecto moral, es decir, en la obligatoriedad, la tensión y la exigencia. Pero el amor es, sobre todo, encuentro, experiencia de alguien, disfrute maravillado y emocionante de alguien que provoca una conmoción interior que desarma y deja atónito.

El amor es la palabra clave para hablar de Dios. Porque Dios es tanto amor que es todo amor y desborda amor. Por consiguiente las palabras misericordia, compasión, perdón, simpatía o, como ahora prefieren algunos, empatía, feeling, sentimiento, solidaridad, y un largo etcétera van con Él. Pero no porque nos las exija, sino porque con ellas vive su relación con nosotros.

Jesús insiste en designarle como papá y como comunidad de amor. De modo que el amor de Dios no es una expresión más sobre Dios, como tampoco suele ser una palabra más que asignamos a los padres y las madres, sino que es actitud permanente con la que viven unos y otros, todos los días, cada hora, sintiendo inquietud, zozobra, preocupación, indignación y, a la vez, perdón y ternura con unos hijos pesados, cabezotas y desobedientes.

Ésa es la experiencia básica de nuestra fe; Que Dios es así para nosotros y con nosotros hasta el punto de dar la vida y despojarse de sus rangos “*profesionales*” para ponerse a nuestra altura y bajarse al nivel de la humanidad, como un padre, por muy importante que sea, se pone a gatear por el suelo para jugar con sus hijos.

Así Dios deja de parecer Dios, se hace como nosotros, se humaniza y quizá ahí, comienza nuestra alegría y nuestro problema. **¿Cómo podemos decir de un ser humano que es Dios?**

El amor es también el signo de Dios. Nunca puede estar desligado del amor. Si sólo hay palabras, si no hay gestos y actitudes, si no hay sentimientos, si no hay obras de amor, Dios no está.

Y finalmente, el amor es el fin. Porque todo acabará menos el amor, todo pasará menos el amor, todo sucumbirá, menos el amor. Dios ha querido proyectar al futuro la plenitud de lo más profundamente humano y la esencia más real y certera de la dimensión más propia de lo divino. Al final, toda la convivencia se fundamentará y realizará en el amor.

Mientras tanto, nosotros, los creyentes seguidores de Jesús hemos de explicar con signos, gestos y actitudes, nuestra convicción de que Dios es amor, perdón y misericordia, y nuestra esperanza de que el mundo puede fundamentar su convivencia y sus estructuras y sus relaciones en el amor. Lo cual, dicho de pasada, es una ingenuidad o una provocación.

Hemos de procurar que sea escuchada más bien como una provocación que tiene en cuenta la complejidad de nuestro mundo con sus estructuras políticas, sociales, económicas, financieras y familiares. No olvidar nunca que hablamos del amor en medio de una historia humana atroz y terrible.

Nuestra fe en Dios amor se hace esperanza de un futuro sin rencor por su parte y, después, sólo después, se hace compromiso de realizar signos creíbles para que todo el mundo pueda entender lo que decimos y de quien lo decimos.

DOMINGO SEXTO DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 15,1-2.22-29): *Haréis bien en apartados de todo esto.*

2ª lectura (Apocalipsis 21,10-14.22-23): *La gloria de Dios la ilumina.*

Evangelio (Juan 14,23-29): *Mi paz os dejo, mi paz os doy.*

Comenzamos nuestras celebraciones en paz con Dios, pidiéndole perdón por nuestros pecados. Y, antes de la comunión, nos reconciliamos entre nosotros, dándonos fraternalmente la paz. La paz será también nuestra despedida, al acabar la eucaristía. Y la paz es la misión de toda nuestra vida.

Pero ¿de qué paz se trata? Jesús en el evangelio ha dicho bien claro que nos da la paz, la suya, no la del mundo, y que tampoco la da como la da el mundo. Porque mientras los poderes imponen la paz por la fuerza de las armas, del miedo o del dinero, la paz de Dios se funda en la justicia y en la verdad y se realiza en la solidaridad y en el amor.

Por eso, la verdadera paz nos la trae Jesús. Paz es el saludo del Resucitado. Y Jesús, muerto y resucitado es nuestra paz, porque con su muerte ha saldado la deuda del pecado y nos ha reconciliado con Dios. No tenemos ya más deuda que la del amor para corresponder al inmenso amor de Dios manifestado en Jesucristo.

Si hemos sido perdonados, tenemos que perdonar. Así lo pedimos en el padrenuestro. Y, si hemos recibido la paz de Dios, es para que, a la vez, sepamos dar la paz, compartirla con todos, haciendo de la paz la principal tarea de nuestra vida.

Un ejemplo de cómo vivir en paz y saber construir la paz nos lo ofrece la primera lectura. Lucas nos cuenta cómo la primitiva comunidad cristiana supo mantener la paz. Al salir el cristianismo fuera de Palestina, en tierras de la gentilidad, surgen las primeras tensiones entre los judaizantes, que pretenden seguir e imponer sus tradiciones religiosas, y los helenistas, que se oponen a algunas de ella, como la circuncisión.

El conflicto se resuelve entre ambas partes, adoptando la sabia decisión, inspirada por el Espíritu Santo, de no imponer cargas innecesarias. Habían comprendido bien las palabras de Jesús, al decir que *«su yugo era suave, y llevadera su carga»*.

Hermosa lección para nuestro tiempo en la que no siempre es pacífica la relación entre tendencias y sensibilidades, entre conservadores y progresistas; incluso en la Iglesia, entre los que pretenden arrinconar el Concilio Vaticano II y los que desean continuar su espíritu de renovación y crecimiento.

La Eucaristía es siempre una gracia y una oportunidad para la paz, para superar nuestras diferencias, rebajar tensiones y construir fraternidad. Sentados a la mesa, invitados por el Señor, no podemos escuchar y acoger en serio sus palabras, si *“dogmatizamos”* nuestros criterios y *“absolutizamos”* nuestras posturas. Y no podemos compartir el Cuerpo y la Sangre del Señor, si hacemos *“mesa aparte”* en nuestros grupos y asociaciones.

La inmensa riqueza y variedad de carismas, que florecen constantemente en la Iglesia, sólo son signos de la acción del Espíritu prometido por Jesús, si las vivimos en paz, es decir, si por encima de todo permanecemos unidos en el amor y tratamos de compaginar nuestras *“particularidades”* en el respeto, la colaboración y la complementación.

Ésa es nuestra misión y ésa debe ser nuestra despedida. Podemos irnos en paz si, de verdad, estamos dispuestos a vivir en paz entre nosotros y con todos.

- **¿Cómo vivimos el rito penitencial? ¿Es un verdadero arrepentimiento y petición del perdón de Dios para empezar en paz nuestra fiesta?**
- **¿Cómo hacemos el gesto de darnos la paz? ¿Nos cuesta?**
- **Nos despedimos no para quedarnos tan tranquilos sino para trabajar en paz por la causa del Evangelio. ¿Es así nuestra despedida cada domingo?**

DOMINGO DE LA ASCENSIÓN

1ª lectura (Hechos 1,1-11): *Recibiréis la fuerza para ser mis testigos.*

2ª lectura (Efesios 1,17-23): *Y todo lo puso bajo sus pies.*

Evangelio (Lucas 24,46-53): *Subiendo hacia el cielo.*

Testigo es el que ha presenciado un acontecimiento. Nosotros hemos visto y oído a Jesucristo. Los primeros discípulos comieron y bebieron con Él, le conocieron en Galilea, siguieron su camino por Judea y le acompañaron a Jerusalén. Ellos escucharon su mensaje, contemplaron sus signos y compartieron su amistad. Fueron sus testigos.

Dos milenios después, nosotros, seguimos descubriéndole en nuestra vida, en nuestros anhelos, en lo profundo de los acontecimientos, en los pobres, en la Iglesia... Su Palabra sigue presente, su amor es constante, su invitación a seguirle rompe los límites del espacio y del tiempo. Nosotros también somos testigos de Jesucristo porque nos hemos encontrado con Él.

Testigo es quien da testimonio, incluso hasta dar la vida. La historia de la humanidad está sembrada de personas que han anunciado y vivido el Evangelio de Jesucristo, en ocasiones en situaciones dramáticas. La fe en el Dios de Jesús no es un producto *light*, se trata de un acontecimiento que configura la vida.

El creyente articula toda su vida desde la fe. El Evangelio es su proyecto de vida. El amor y el prójimo son valores absolutos para quien sigue los pasos del Resucitado. Dos mil años de testigos han empapado la historia del Evangelio. Ellos han sido la mejor de las noticias en una humanidad sedienta de amor, de Buena Noticia y de Dios.

Hoy, la Iglesia (y todos los que la formamos), somos testigos. Nuestro mundo sigue esperando a Dios, está necesitado de signos que lo reflejen. Cada cristiano está llamado a ser un signo vivo de Dios. Es el gran regalo que hemos recibido. Como si de una carrera de relevos se tratase, nos han entregado el testigo de la fe. Un testigo precioso que, desde el mismo Jesucristo, se ha ido transmitiendo de generación en generación.

- **Cada época ha recibido la fe en un momento social diferente.**
- **Cada sociedad lo recibe con una cultura distinta.**
- **Cada persona lo acoge en un momento vital único.**

El testigo de la fe no exige uniformes previos: no es exclusivo de una cultura, de una clase social o de un tipo de personas. El Evangelio es universal, es para todos. Naturalmente lo vivimos con expresiones distintas, pero los pilares siempre serán comunes: Jesucristo, el amor, el prójimo. Ahora nos queda el encargo de seguir pasando este testigo a otros.

Es el encargo de Jesús y el sueño de los primeros discípulos: Llevar el Evangelio a todo el orbe conocido. La gran misión de toda la Iglesia: Anunciar la Buena Noticia en toda la humanidad. Todavía existen regiones que no han oído hablar de Jesucristo.

Cada vez hay más personas que desconocen, o conocen mal, el Evangelio. A miles de kilómetros o al lado de nosotros. Los confines del mundo también incluyen a mi vecino, a un familiar o a un compañero de trabajo o de estudios. Que nadie sea ajeno a Jesús. Que todos tengan ocasión de conocerle... en nuestra vida, en nuestra palabra o en nuestra forma de actuar.

Porque Él no va a olvidarnos ni nos quiere huérfanos. Tampoco huye de nosotros ni se olvida de su compromiso con las personas. La promesa del Espíritu es garantía de su presencia constante con nosotros y con la humanidad entera.

El Espíritu nos hará testigos, multiplicará nuestra entrega y nos sorprenderá cuando le descubramos en el prójimo. Su Espíritu nos acompañará siempre, hasta los confines del mundo, para poder anunciar y vivir el Evangelio en toda situación y a todas las personas.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2,1-11): *Se llenaron todos del Espíritu Santo.*

2ª lectura (Corintios 12,3b-7.12-13): *Todos hemos bebido de un solo Espíritu.*

Evangelio (Juan 20,19-23): *Recibid el Espíritu Santo.*

Hoy, también sucede Pentecostés. El Espíritu sigue siendo el alma de la Iglesia. Él edifica la Comunidad. Él es la fuente de la que brota la fe. Él hace posible el seguimiento del Resucitado. Él nos vincula a la primera comunidad, nacida de Pentecostés. Nosotros celebramos esta fiesta con actitud vigilante, con fe, deseando que el Espíritu renueve y llene de nueva vida nuestras vidas y la vida de la Iglesia.

Vivimos el deseo del Espíritu que hace nuevas todas las cosas. Él **«hace rejuvenecer a la Iglesia por la virtud del Evangelio, la renueva constantemente»** (Lumen Gentium, 4). Si nos dejamos conducir por él, será posible la experiencia del Resucitado, en nuestros corazones y en el de muchos hombres. Si nos dejamos guiar por él, acertaremos a construir, en medio del mundo, una Iglesia verdaderamente al servicio del Reino.

En Pentecostés, todos somos hermanos, protagonistas y miembros de pleno derecho de la Iglesia. **«Piedras vivas»** en la edificación del Cuerpo de Cristo. Cada uno aporta su propio carisma, su sensibilidad, sus aptitudes... diversos dones que ponemos al servicio de la comunidad. San Pablo a los cristianos de la comunidad de Corinto les decía: **«hay diversidad de dones, de ministerios, de funciones... en cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común»**.

Estamos llamados por el Espíritu a construir la comunidad cristiana desde el servicio y la gratuidad. Una Iglesia abierta, que viva con pasión los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de la humanidad; una Iglesia comprometida con la vida de las personas, especialmente con las víctimas de nuestro mundo; una Iglesia esperanzada, que sabe que tiene un tesoro *“en vasijas de barro”* y que lo quiere mostrar a todas las personas; una Iglesia creyente, que pone su confianza en Dios y es libre ante quienes intentan *“manipularla”*.

Jesús inicia y propone un nuevo tipo de relaciones entre las personas. Quien se acerca a él, descubre el valor de cada vida y la igual dignidad de todo ser humano. Quien escucha el Evangelio, descubre la revolución social del perdón. Es un arma imparable.

El Espíritu nos anima a desarrollar estas nuevas relaciones en nuestra propia vida y extenderlas por toda la sociedad. Vivir en estas relaciones, inauguradas por Jesús, supone, hoy también, un cambio radical en las relaciones interpersonales y sociales.

Las pequeñas comunidades cristianas estamos llamadas a ser espacios de relaciones libres y fraternas, zonas liberadas, al estilo de Jesús. Sólo con Él construiremos las mejores comunidades posibles y levantaremos, poco a poco, un nuevo concepto de sociedad, a la medida del hombre, a la medida de los pobres... reflejo y testimonio del Evangelio, Buena Noticia para todos.

En esta época de profundos cambios sociales y culturales, en la que emergen nuevas sensibilidades y nuevos modos de ser y de vivir... nos preguntamos:

- **¿Cómo tenemos que intervenir los cristianos para colaborar, desde nuestras pequeñas comunidades, en la credibilidad de la Iglesia?**
- **¿Qué lenguaje tenemos que hablar para que todos nos entiendan y descubran a Jesucristo y su Evangelio?**

La primera tarea es hacer posible una Iglesia habitable para los hombres de hoy, donde todos *“estemos a gusto”*.

Necesitamos una organización, un lenguaje y un estilo de vida “fresco”, positivo y cercano, al estilo de Jesús de Nazaret.

Construyamos una Iglesia de todos y para todos, servicial, apasionada... una Iglesia del Espíritu para el siglo XXI.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Proverbios 8,22-31): *La sabiduría de Dios.*

2ª lectura (Romanos 5,1-5): *El amor de Dios derramado en nuestros corazones.*

Evangelio (Juan 16,12-15): *Tomará de lo mío y os lo anunciará.*

Alguna vez sucede que cualquier día, por cualquier circunstancia, al encontramos con alguna persona a la que hace mucho tiempo que no hemos visto, la conversación transcurre, casi siempre, por los mismos derroteros: evocamos recuerdos del pasado (personas, sucesos, cosas que hicimos juntos...) y, compartimos sueños de futuro (planes para el próximo puente, posibilidades de ascenso y mejora, etc.). Hablamos de todo, de todo menos del presente, quizás porque nos parece algo prosaico y monótono, pensamos que a nadie le puede interesar porque tampoco nos produce a nosotros demasiado interés.

Pero, no será que no hemos caído en la cuenta de que lo que de verdad, nos produce felicidad en la vida es lo cotidiano, cuando lo vivimos con sentido, lo protagonizamos nosotros mismos y lo compartimos con las personas que queremos entrañablemente y que, generalmente, han estado presentes en el comienzo de nuestro proyecto y nos acompañarán hasta el final del mismo.

Así creo yo es también nuestro Dios en su cotidiano existir eterno, en su existir histórico entre nosotros y en su acción permanente de animación a los desanimados, de iluminación a los apagados y de acompañamiento a cualquiera de nosotros cuando nos sentimos solos o abandonados.

“Dios Padre apoya todo acto creador” Desde los primeros pasos como pueblo, Israel se sintió apoyado por Dios en todas las decisiones que colectivamente iban tomando; tanto en su salida de la esclavitud de Egipto, como en el camino recorrido hasta llegar a la tierra que buscaban y añoraban, así como en la limpieza de los pueblos que la habitaban.

Todo esto lo recordarán siempre que hagan Alianza con ese Dios que ha sido bueno con ellos; mientras, el pueblo le ha sido infiel y ha buscado otros ídolos que les resultaba, en principio, satisfacer con sacrificios parecidos a los de los pueblos vecinos.

Posteriormente pondrán por escrito la actuación de ese Dios, que ha hecho alianza con ellos desde el comienzo de la aparición de la vida sobre la tierra, y lo convertirán en un Dios creador, que pide respeto, buen uso y un reparto justo de todos los seres que pueblan la tierra, incluso de la misma tierra, hasta el final de los tiempos, de los tiempos mesiánicos que anunciarán los profetas.

“Dios Hijo alaba todo gesto sanador” La tendencia humana de fijarse sólo en las cosas grandes y extraordinarias ha hecho, y sigue haciendo, que nos perdamos muchas señales de la presencia de Dios en la vida y en la historia de las personas, de los hombres y las mujeres en cada etapa de la historia.

El evangelio de Jesús nos da muestras de ello, cuando Juan desde la cárcel, envía a sus discípulos a preguntarle al Maestro si Él es el Mesías. Jesús le responde pidiéndole atención a los signos: **«los ciegos ven, los cojos andan y a los pobres se le anuncia la Buena Noticia»**, que son los signos que había señalada el profeta Isaías como mesiánicos.

“Dios Espíritu Santo impulsa todo proceso liberador” Tanto en la sociedad como en la Iglesia, sobre todo en las viejas culturas y en las viejas cristiandades, estamos asistiendo a un mirar hacia el pasado para buscar salidas a las actuales crisis y situaciones problemáticas, tanto para la vida, como para las actividades de las sociedad y para las comunidades cristianas.

Estas posturas involutivas llevan a muchos colectivos, en el que solemos estar la mayor parte de la ciudadanía y también de los bautizados, a optar por posturas cómodas y por una práctica religiosa y social acomodaticia con los horarios personales, laborales y vacacionales.

Cada día resulta más complicado encontrar personas que se impliquen en la transformación de las estructuras que posibiliten un mayor y mejor desarrollo personal y colectivo de las personas que habitan en un mismo lugar.

Quizás, por eso, en los países donde se da el hambre y la desnutrición, es en los que se considera normal todo tipo de esclavitud laboral, sexual, de género, etc., y en donde suelen sobrevivir los constantes conflictos bélicos de los que se benefician las fábricas de armas de los países llamados *“desarrollados”* que lo consienten, lo promocionan y de lo que se benefician.

Estas situaciones, debido a la intensa crisis económico-financiera mundial, y a la continua pérdida de valores religiosos y morales, por desgracia, se están extendiendo por países que, hasta ahora, no se planteaban, ni siquiera pensaban, en este tipo de problemas.

El Espíritu Santo, fruto del amor del Padre y del Hijo, nos anima permanentemente a escuchar los gritos de los más pobres y a mantener lo que Pablo nos ha recordado hoy: **«nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce constancia, la constancia, virtud probada, la virtud, esperanza, y la esperanza no defrauda»**.

CORPUS CHRISTI

1ª lectura (Génesis 14,18-20): *Le dio un décimo de cada cosa.*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Lucas 9,11b-17): *No tenemos más que cinco panes y dos peces.*

Celebramos hoy el gran sacramento que Cristo dejó a su Iglesia como signo de su amor y de su presencia entre nosotros. Jesús hace de la comida con la multitud el escenario privilegiado de una enseñanza fundamental para sus seguidores. El relato de la “*multiplicación de los panes y los peces*”, ha sido interpretado desde siempre por la Iglesia como prefiguración de la Eucaristía. Con este pasaje se nos manifiesta la identidad más profunda de Jesús: “*enseña, cura y da de comer*”.

Se centra sobre todo el relato en el pan, que es un término de significación rica y profunda, al ser símbolo del alimento humano, del alimento necesario para vivir. La vida humana está unida indisolublemente a la materia, al mundo. El ser humano depende del pan.

Esta dimensión material de la vida humana, es presupuesto necesario para cualquier dimensión y desarrollo. Ciertamente que la vida del hombre es más que el pan, pero no se puede prescindir de él. Esta dimensión le interesa tanto a Dios que lo ha establecido como criterio de salvación: «*Tuve hambre, y me disteis de comer...*», y de condena: «*estuve hambriento y no me disteis de comer...*» (Mateo 25,31-46).

Es manifestación del trabajo, esfuerzo, sudor y lágrimas del hombre para transformar el mundo al servicio de la vida, expresión de las necesidades humanas. Y es materia de la Eucaristía y, por tanto, portavoz de la vida divina, del reino del amor de Dios que conlleva la promesa de la plenitud de vida en Cristo, es decir, vida como hijos de Dios y vida fraterna y de igualdad.

En la oración del Padrenuestro pedimos no el pan mío, sino el pan nuestro de cada día. El pan no sólo quita el hambre, sino que, además, alimenta humanamente y produce dicha cuando se comparte. El pan sólo alimenta y crea vida humana cuando es un pan solidario. La razón es que ese pan es fruto de la tierra creada por el Padre para todos y del trabajo del hombre hermano de todos.

La comida es un acto comunitario que congrega, expresa y aumenta el amor de la familia y la fraternidad. Los grandes acontecimientos humanos y divinos se celebran en torno a una mesa, a una comida. Además, el pan que cada uno come, esconde toda una serie de relaciones humanas: siembra, siega... esconde y encierra la grandeza y miseria humana, sus luces y sus sombras.

Ahora bien, si el pan que uno come es fruto de la explotación del hermano, de la injusticia, nos nutre, pero no hermana, ni es pan bendecido por Dios. Es pan injusto, no es nuestro, es un robo. No recuerdo quien dijo: «*Quien no da al otro lo que es del otro, no come su propio pan, sino el suyo y el del otro*».

Situándonos en la misma línea, nos dice San Ambrosio: «*No es parte de tus bienes lo que tú das al otro; lo que le das al pobre le pertenece, porque lo que ha sido creado para uso de todos, tú te lo apropias*». Es un pan manchado de sangre, como nos dice el Concilio Vaticano II: «*Alimenta al que muere de hambre, porque, si no lo alimentas, lo matas*» (Gaudium et spes, 69).

Los millones de hambrientos y desnutridos gritan contra la calidad de nuestro pan, pues, es un pan amargo, lleno de lágrimas y sufrimiento. No tiene la calidad necesaria para ser pan nuestro. Por ello se exige el esfuerzo para transformar nuestro mundo y la sociedad.

El centro del relato es Jesús, pero también ocupan un lugar muy importante, totalmente necesario, los discípulos. Si antes fueron enviados a predicar y curar, ahora son enviados por el Maestro a colaborar con Él en la tarea de partir el pan, a alimentar al pueblo hambriento, a remediar sus necesidades.

Ahora bien, el pasaje de la distribución del pan no se puede reducir a un mero recuerdo del pasado sin relación al presente. La gente continúa teniendo hambre, y Jesús sigue presentándose como el Pan que sacia y nos pide a su Iglesia, a todos los cristianos, que continuemos en esa tarea de servicio.

Por eso, ni debemos, ni podemos desentendernos de este profundo compromiso eclesial. La principal misión hoy de la Iglesia, es la de sensibilizar y concienciar a toda la humanidad para que no olviden a los pobres, y a nosotros, cristianos, seguir el mandato de Jesús: «*DADLES VOSOTROS DE COMER*».

DOMINGO X DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 17,17-24): *Tu hijo está vivo.*

2ª lectura (Gálatas 1,11-19): *Reveló a su Hijo en mí.*

Evangelio (Lucas 7,11-17): *Muchacho, a ti te digo, ¡levántate!*

El mensaje central de la revelación cristiana es un “*mensaje de vida*”. Dios creador y autor de la vida, Jesucristo Resucitado y el Espíritu Santo, presencia viva en la vida de la Iglesia. Constantemente se repite en la Biblia el tema de Dios como autor de la vida. Dios es siempre más poderoso para dar vida que los emisarios del mal para causar la muerte. Siempre habrá catástrofes, guerras y muertes como desenlace natural de la vida, pero «*Dios es Dios de vivos y no de muertos*» (Lucas. 20,38).

La liturgia de la Palabra nos presenta hoy dos encuentros con la muerte y con dos escenas de revitalización: Elías resucita al hijo de la viuda de Sarepta y Jesús al de la viuda de Naín. Son una urgente invitación a la esperanza al mismo tiempo que cuestionan la firmeza de nuestra fe en el poder de Dios. En ambos casos vuelve un muerto a la vida pero mientras en Sarepta Elías lo hace invocando a Dios, en Naín lo hace Jesús con autoridad propia porque Él es la resurrección y la vida. Por eso es el único que puede prometer: «*quien cree en mí no morirá para siempre*» (Juan 11,25). Jesús es la única esperanza cuando todo lo demás no puede nada.

Todo aparece claro a la salida de Naín. El cortejo fúnebre acompaña el cadáver de un joven, hijo único de una madre viuda. Es el cortejo del dolor y de la impotencia ante lo irremediable. Jesús se encuentra con ese cortejo y no puede limitarse a unas palabras de compasión, al pésame sentido, porque tiene algo mucho más eficaz que ofrecer. Él tiene el único poder capaz de disipar el dolor. Él puede decir sin ridículo ni sarcasmo, «*¡Muchacho, levántate!*», y devolvérselo a su madre. Lucas, entre todos los evangelistas, pasa por ser el evangelista de la compasión y del perdón. Es posible ver una intención de comparar la situación ante las puertas de Naín con la situación en la cima del Gólgota: **¿Pensaba Jesús en la soledad de su madre al pie de la cruz?** También allí dijo dirigiéndose a su madre: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*».

Hay en este episodio de Naín un alegre mensaje que fortalece nuestra fe en Jesús como autor de la vida, porque ese acontecimiento a las puertas de la ciudad es una historia para siempre: creer en el poder de Jesús desencadenado por la compasión, «*se compadeció de ella*». El sentimiento de compasión es profundamente humano, pero en los más graves momentos no va acompañado del correspondiente poder para remediar situaciones de urgencia. Sentimos compasión pero nos falta poder para calmar el dolor, el hambre, la miseria y para evitar las injusticias, las guerras, la muerte. Querer y no poder. Es una amarga experiencia y una de las más lacerantes frustraciones de los buenos deseos. Se siente impotente el médico, la madre, el amigo, ante el accidente imprevisto o la enfermedad irremediable.

En la moderna sociedad se hace más aguda esta sensación de impotencia porque, a pesar de los avances de la ciencia, por una parte las catástrofes tienen más amplio auditorio y por otra, lo que se ha inventado para dar vida puede producir masivamente dolor y muerte. Todos podemos colaborar a solucionar ciertas cosas pero nadie puede, por sí solo, remediar los grandes males. No se pueden prevenir las grandes locuras colectivas, ni la criminal irresponsabilidad de otros, ni salvar un matrimonio que se rompe, ni retener al que la muerte se lleva... Somos una suma de impotencias. Y quizá sea mejor así, porque los poderosos de este mundo no suelen emplear esa parcela de poder para mejorar la suerte humana sino para aumentar sus propios intereses, aunque sea a costa de los demás. Por eso no puede estar el poder en manos de quien no tiene el corazón lleno de amor. El poder sin amor es el peor mal. La omnipotencia sólo está y sólo puede estar en Dios porque solo Él es amor y lo usa para el bien.

El reconocimiento de la propia limitación e impotencia, por muy doloroso y deprimente que sea, tiene sin embargo otro aspecto positivo y es que nos abre a Dios en gesto de confiada humildad y a los demás en gesto solidario. Este es el camino que Dios solicita, nuestra solidaridad fraternal para toda necesidad mientras Él se reserva la parte más importante, colmarnos de su amor. Todo es providencial.

Muchos testigos del prodigio de Naín creyeron en Jesús. Nuevas perspectivas se abrían ante sus ojos atónitos. La muerte no es ya el silencio y el adiós definitivo. Hay Alguien, lleno de compasión, capaz de trastornar las leyes físicas y poner lenitivo a los males morales. Todo puede cambiar, se puede esperar todo, incluso la resurrección de los muertos. El sueño de la vieja alquimia de prolongar la juventud es ya posible para transformar la muerte en vida. También la reconciliación sacramental es un encuentro con el poder perdonador de Dios y de ese encuentro sale una vida nueva, un resucitado que es entregado a la comunidad de creyentes.

Jesús vio a la madre del difunto, le dio lástima y le dijo: No llores. Es el mejor comentario. Dios ve todas nuestras necesidades y es misericordioso.

DOMINGO XI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Samuel 12,7-10.13): *El Señor ha perdonado ya tu pecado.*

2ª lectura (Gálatas 2,16.19-21): *Así vivo para Dios.*

Evangelio (Lucas 7,36-8,3): *Tu fe te ha salvado, vete en paz.*

La liturgia dominical recupera la lectura continuada del evangelio de Lucas. Volveremos a contemplar momentos y páginas sublimes, como las “*del buen samaritano*”, “*la oveja perdida*”, “*el rico y el pobre Lázaro*”, o palabras acerca de lo que piensa Jesús sobre las riquezas, la fe, el perdón... Hasta que a primeros de diciembre, al concluir el año litúrgico, nos abramos a la última página de nuestra vida con las palabras del buen ladrón en la cruz: «*Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino*». Estos textos, meditados a lo largo del camino, nos ayudarán a conocer, amar y seguir mejor y más de cerca a Jesús.

Hoy, nos presenta el evangelio un hermoso relato de perdón y de amor: «*Sus muchos pecados están perdonados porque tiene mucho amor*». Así son los ojos de Dios, así es la mirada de Jesús, la mirada que debiéramos aprender a hacer nuestra.

La primera lectura alude a la unción divina de David como rey de Israel. Podemos leer como aconteció ese momento en el libro primero de Samuel. El profeta es enviado por Dios a Belén, a casa de Jesé, porque Dios ha elegido a uno de sus hijos como futuro rey de Israel. Pero Dios da a Samuel este aviso: «*No mires su apariencia... La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero el Señor mira el corazón*» (1º Samuel 16,7). La liturgia de este domingo bien podría titularse: «*La mirada de Dios*».

El evangelio nos muestra a una mujer de la ciudad, que es mirada de distinta manera por el fariseo que ha invitado a Jesús a comer y por el propio Jesús. La mujer es “*una pecadora*”, así lo dice el texto y así debía ser. La realidad no es ocultada. Pero sobre una misma y única realidad las miradas pueden ser diferentes. Todos tenemos experiencias de ello en mil asuntos de la vida diaria.

El fariseo mira a esa persona como pecadora. Jesús mira lo que esa persona es y lo que puede llegar a ser bajo el amor y el perdón de Dios. Además, la mirada del fariseo nubla su visión sobre Jesús, le dificulta el ver quién es este hombre: «*si éste fuera profeta...*». El fariseo se incapacita para ver en Jesús a un hombre de Dios, a un profeta.

La pedagogía de Jesús es admirable, porque el amor es creativo: «*-Simón, tengo algo que contarte. Él respondió: -Dímelo, maestro. Jesús le dice...*» Y a través de un brevísimo relato sobre un prestamista y sus dos deudores, Jesús se las ingenia para que el fariseo encuentre en sí mismo la fácil y lógica respuesta: «*lo amaré más a aquel a quien perdonó más*». Ya ves, Simón, la respuesta era sencilla.

Y Jesús le habla a él y a nosotros mismos, de agua, de lágrimas, de besos, de ungüentos y perfumes. Jesús hace de estos signos sencillos, sacramentos de amor y de perdón, de vida nueva, de resurrección. Y la Iglesia los utiliza como signo de la vida nueva del bautizado.

De hecho, el relato de la mujer pecadora es un relato de resurrección. Jesús ha hecho de ella una mujer nueva, lo que ella deseaba desde que se decidió a acercarse a la casa donde supo que Jesús estaba comiendo. Seguramente se incorporó al grupo de mujeres que le seguían. Ese puede ser también nuestro proceso.

Ninguno de nosotros estamos excluidos del amor y perdón divinos. Son las palabras de Jesús a la mujer pecadora, son las palabras eternas que Jesús sigue pronunciando, caminando de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, de país en país. Son las palabras que los cristianos podemos siempre recibir. Son las palabras que debemos estar siempre dispuestos a pronunciar.

Y puesto que hemos sido bautizados y ungidos por el agua y el óleo perfumado, debemos ser dispensadores generosos del amor y del perdón que hemos recibido. Si sabemos ponernos a los pies de Jesús y regarlos con las lágrimas del arrepentimiento, sin añadir palabras ni “*confesiones*”, saldremos del encuentro con Jesús perdonados, salvados y en paz. Y no tendremos ningún inconveniente para, de la misma forma, ponernos a los pies de nuestros hermanos, en servicio de sus necesidades.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 12,10-11; 13,1): *Derramaré un espíritu de gracia y de clemencia.*

2ª lectura (Gálatas 3,26-29): *Todos sois uno en Cristo Jesús.*

Evangelio (Lucas 9,18-24): *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

La confesión de Pedro, ante la pregunta de Jesús, bien puede ser hoy la nuestra. La fe no es sólo cuestión de saberse muy bien el catecismo ni conocer de memoria la Biblia, no es un tratado de teología ni tan siquiera la atenta recitación del Credo, -compendio de las verdades de la fe-, sino que es, debe ser, una verdadera confesión, un reconocimiento implícito y explícito, una expresión de la convicción profunda de que Jesús es el Cristo, de que Jesucristo es el Mesías, Hijo de Dios.

Sólo así se entiende que Jesús trate de completar la idea de Pedro, revelándole el verdadero sentido de su misión, su pasión y su muerte, cosa nada fácil de entender para los apóstoles en aquel entonces y tampoco para nosotros en este tiempo. Y sólo así, cuando hay verdadero conocimiento y profunda convicción, se entienden, las palabras de Jesús a Pedro y los discípulos, y a nosotros en este día: **«el que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».**

Porque hace falta estar muy convencido, muy decidido, para aceptar la invitación de Jesús. Sobre todo, cuando trata de aclararnos bien las ideas: **«el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará».** Y es que, nosotros, andamos muy ocupados en ganarnos la vida, pero muy ajenos a jugarla por los demás, a pesar de llamarnos “cristianos”, seguidores de Cristo.

Así lo recuerda Pablo en la carta que dirigió a los gálatas y que hoy nos dirige a nosotros, recordándonos el compromiso adquirido por nuestro bautismo, en el que fuimos revestidos de Cristo, nos ha cristianizado y ha suprimido todas las posibles diferencias entre nosotros. Porque ser cristiano, que es una gracia inmensa de Dios, es también una enorme responsabilidad.

La gracia de Dios, que hemos recibido en el bautismo, que es su mismo Espíritu y que nos hace verdaderos hijos suyos, es la fuerza y la fuente de inspiración de toda nuestra vida, para vivir en todo conforme con el modelo de Cristo, es decir, “cristianamente”.

San Pablo nos ha contado su experiencia, al afirmar que ya no es él quien vive, sino Cristo quien vive en él, que ya no es él quien decide, sino Cristo quien le guía y a quien obedece en todo y con quien comparte los mismos sentimientos. Pablo se siente plenamente identificado con Cristo. Y eso es ser cristiano.

- ◆ **¿Nos sentimos así nosotros?**
- ◆ **¿Nos atreveríamos a reconocer, como Pablo, que es Cristo quien vive en nosotros?**

Vivir cristianamente es vivir como Cristo, que es tanto como decir vivir desviéndose por los hermanos como Cristo. Cristo vino para traernos la vida, para darnos vida, para eliminar a nuestro gran enemigo, que es la muerte y el pecado, y todo cuanto mortifica la vida, y hacer posible la vida y la esperanza y la felicidad de todos.

Pasó por la vida haciendo el bien, curando toda enfermedad y dolencia y arrojando los demonios, siempre preocupado por el bien de todos, hasta olvidarse de sí mismo, reconociendo que no tenía ni donde reclinar la cabeza. Por nosotros y por nuestra salvación (confesamos en el credo), bajó del cielo y se entregó a la muerte para darnos la vida.

Por eso, ahora, al aceptar la confesión de Pedro, le recuerda a lo que se compromete. Y hoy, cariñosamente, nos lo recuerda a nosotros: **«el que quiera salvar su vida, la perderá».** El egoísmo es la causa de nuestra perdición y de la de los demás. Pero el que da su vida por causa de Jesús, por los pobres, por los que sufren, por los hermanos, el que se desvive por los demás, ése no pierde la vida, la pone a buen recaudo en las manos de Dios, que no falla.

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19,16b.19-21): *Ve y vuelve; ¿quién te lo impide?*

2ª lectura (Gálatas 5,1.13-18): *Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado.*

Evangelio (Lucas 9,51-62): *Te seguiré, pero...*

Kant nos hizo caer en la cuenta de que la libertad no es evidente por sí misma, pues podemos reconocer fácilmente cómo somos arrastrados por la necesidad. La libertad entonces habría que suponerla, sin embargo, el ser humano es el único animal que puede controlar sus necesidades; puede “*darse el gusto*” de dejar de comer un día, aunque le rujan las tripas. Para ello, como decía también Kant, debe liberarse de la necesidad que le ata (sus tripas rugientes) y ser libre para, por ejemplo, “*ayunar voluntariamente en recuerdo de tantos que no tienen qué llevarse a la boca*”.

Por otro lado las obligaciones, es decir, aquello que nos liga o sujeta a un tiempo, a un lugar o al comportamiento, no son sólo necesidades naturales, sino que han sido establecidas entre nosotros y por nosotros. Luego también estamos básicamente obligados por y para los otros. Podríamos pensar entonces que, ¿tomando conciencia de las necesidades naturales que nos atan y las obligaciones sociales que nos ligan, somos capaces de ejercer nuestra libertad? **¿De ser y sentirnos libres?**

Porque hay una gran diferencia entre sentirse libre y ser libre. Ya que, al tener que suponerse uno libre, puede o bien elevar la libertad a principio o bien convertirla en un sentimiento. Lo primero es muy difícil de sostener, porque exige fuertes dosis de fe en uno mismo, viéndose atormentado a diario por la necesidad interna y la obligación externa (entre sí y entre los suyos). Es más sencillo convencerse de lo segundo: “*soy libre porque me siento libre*”.

La expresión acuñada para expresar este sentimiento es realización personal: “*me siento personalmente realizado*”. Lo que equivale a decir que al sentirme libre no pienso ya en que estoy también atado (a lo naturalmente necesario) y ligado (a lo socialmente obligado), con lo que uno se aleja de la realidad y se sumerge en una fantasía: “*puedo realizar lo que quiera*”, porque mi libertad, profundamente sentida, es absoluta, hasta el punto de sentirme realizado, completado y completo por mi propio sentimiento.

Es en ese momento cuando el que se siente libre de ataduras y obligaciones queda realmente esclavizado por su propio sentimiento de libertad: “*sintiéndose cada vez más libre y siendo cada vez más esclavo*”. El sentimiento de libertad de ataduras y ligazones, y de libertad para realizarse, busca satisfacciones, pero no para cubrir necesidades sino para sobrarse a sí mismo, para hacerse suficiente y bastarse.

Por otra parte, la sociedad económicamente organizada según la dinámica del hiper-consumo, (el consumo por encima de lo que pueda consumirse realmente), sirve para sostener un sentimiento de libertad que está hueco, vacío de contenido, sin posibilidad para desear nada más que el deseo mismo, insatisfactorio. Un sentimiento de libertad que está también esclavizado, porque es incapaz de “*ser libre*”.

Sólo se puede “*ser libre*” asumiendo que uno está necesitado y obligado, lo que está muy lejos de la suposición del sentimiento autónomo de libertad de Kant y mucho más distante de la actualidad hiper-consumista.

- ◆ **¿En qué consiste, entonces, la libertad?**
- ◆ **¿Cómo puede uno asumir que necesita tener «*madrigueras como las zorras y nidos como los pájaros*», y ser libre?**
- ◆ **¿Cómo saberse obligado al respeto de un padre o al cuidado de una familia, y ser libre?**

Porque no se trata de negarlo, ni de rehuirlo afirmándose en una libertad supuesta o sentida, sino de reconocerse liberado en medio de las necesidades y de las obligaciones, empezando por la necesidad de sentirse libre.

Sólo una cosa libera: El **Amor**, como dice san Pablo; pero ese amor que **irrumpe**, como Elías cubriendo a Eliseo con su manto; y que **solicita**, como Jesús pidiendo que le sigan.

Al saberse amado, uno reinterpreta las necesidades que la libertad autónoma considera ataduras “*grilletes de esclavo*” y las obligaciones que dicha libertad entiende como ligaduras “*cadena de siervo*”. A uno que se siente amado no le importa necesitar y no tener donde reclinar la cabeza, si comparte con Jesús la “*piedra como almohada*”.

A uno que se reconoce amado no le escandaliza estar obligado y no poder cumplir con un compromiso social, si se compromete por una “*sociedad nueva*”, por el reinado de Dios en el mundo. El amor de Dios, manifestado en Jesucristo de forma plena, libera esclavizando por amor, y da sentido nuevo a las necesidades y las obligaciones que esclavizaban por suponerse o sentirse libre de ellas: “**Paradoja humana, Sabiduría de Dios-Amor**”

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66,10-14c): *La mano del Señor se manifestará a sus siervos.*

2ª lectura (Gálatas 6,14-18): *Yo llevo en mí las marcas de Jesús.*

Evangelio (Lucas 10,1-12.17-20): *¡Poneos en camino!*

El texto evangélico de hoy concluye con estas palabras de Jesús: *«Estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo»*. Los discípulos han regresado muy contentos de la misión a la que Jesús les ha enviado. Han sido mensajeros de paz, han curado enfermos, y han anunciado que el Reino de Dios está cerca. *«Hasta los demonios se nos someten en tu nombre»*.

Pero Jesús les enseñará que la alegría grande no debe estar tanto en las obras realizadas cuanto en que sus vidas están acogidas por el Padre: *«Sus nombres están escritos ya en el libro de la Vida»*. Ese debe ser el gran motivo de alegría del discípulo que ha intentado ser fiel a la tarea que su Señor le ha encomendado, más allá de los resultados obtenidos, por espectaculares que estos sean.

En el relato de hoy, Lucas comienza diciéndonos que Jesús *«designó a otros setenta y dos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares adonde pensaba ir Él»*. Un poco antes, en el capítulo nueve, Lucas nos dice que Jesús envía a *«los doce apóstoles»*. En ambos relatos, las instrucciones para la tarea de unos y otros son prácticamente idénticas.

Al hablarnos de *«setenta y dos»* y no sólo de *«los doce»*, pone de relieve que la misión es una tarea eclesial y afecta a todos los miembros de la Iglesia: *«El Señor Jesús, a quien el Padre santificó y envió al mundo, hace partícipe a todo su Cuerpo Místico de la unción del Espíritu con que Él está ungido: puesto que en Él todos los fieles se constituyen en sacerdocio santo y real, ofrecen a Dios, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales, y anuncian el poder de quien los llamó de las tinieblas a su luz admirable. No hay, pues, miembro alguno que no tenga su cometido en la misión de todo el Cuerpo, sino que cada uno debe glorificar a Jesús en su corazón y dar testimonio de Él con espíritu de profecía»* (Concilio Vaticano II, “*Presbyterorum ordinis*” núm. 2).

En el envío de los setenta y dos, *«de dos en dos»*, está significada la Iglesia entera en su dimensión comunitaria, y también hace referencia a la dimensión universal de los destinatarios: **todos los pueblos**. Es el Padre quien envía a Jesús, y éste quien toma la iniciativa en el envío de los discípulos. El enviado ha de ser fiel a quien le envía y a su mensaje, y poner su confianza en la fuerza del mensaje y en el Espíritu que le impulsa, el mismo que impulsó a Jesús. Para seguir y anunciar a Jesús, el discípulo deberá ser libre y liberarse de toda atadura.

Lucas, con este texto, trae a nuestro presente esas imágenes de quienes poco o nada llevan consigo en los nuevos y actuales éxodos. Al mirar esas realidades, los creyentes deberíamos andar por la vida mucho más ligeros de equipaje. La austeridad de vida podía ser un testimonio elocuente para nuestros ambientes, entregados al consumo compulsivo y al acaparamiento de cosas superfluas.

Una vida más pobre, compartiendo nuestros “*tesoros*” con quienes nada poseen, más comprometidos, social y eclesialmente, en las causas nobles de la humanidad, y con una oposición más radical, de toda la Iglesia, con el sistema capitalista y sus estructuras de pecado, sería una vida más plena, más feliz y más testimonial.

A pesar de su bondad intrínseca, el mensaje puede ser rechazado, encontrar oposición y también su mensajero puede sufrir el rechazo. **¡Le pasó a Jesús!** Lo cual nos debe llevar a huir de todo triunfalismo, o de considerarnos superiores a los oyentes, e incluso a revisar si presentamos adecuadamente el mensaje de Jesús. Si revisada nuestra actitud, mensaje y mensajero son rechazados, habrá que predicar en otro sitio y no desanimarse nunca. Pues, pese a todo, es clara la misión: *«anunciamos que está cerca el Reino de Dios»*.

La Iglesia y cada cristiano deberíamos esforzarnos en una liberación eficaz de las enfermedades de nuestro mundo. Son muchos los que piensan y dicen que el mundo está enfermo, que le falta el bien mayor: la paz. En este mundo, todos nosotros debíamos ser personas “*sanadoras*”, bálsamo, medicina y consuelo, constructores de paz. Ésa fue la tarea de Cristo y es la de cuantos, en cada Eucaristía, nos ofrecemos con Él al Padre por la salvación de los hombres, y comulgamos con Cristo y su proyecto sobre este mundo.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 30,10-14): *Conviértete con todo el corazón.*

2ª lectura (Colosenses 1,15-20): *Él es cabeza de la Iglesia.*

Evangelio (Lucas 10,25-37): *Haz esto y tendrás la vida.*

El samaritano vio al herido en la cuneta, al borde del camino. También lo vio el sacerdote, que subía al templo. Y lo vio, a su vez, el levita que también se dirigía a Jerusalén. Y seguramente lo vieron otros muchos que iban de camino y pasaban por allí.

Pero se limitaron a pasar sin darse por aludidos. O tal vez encontraron sus razones para seguir adelante, porque tenían mucho que hacer o tenían mucha prisa para detenerse. Lo mejor es ir a lo nuestro, a lo de cada uno, y no complicarse la vida con lo de los demás. Que cada cual se las apañe como pueda.

Así pensamos también muchas veces nosotros. Tenemos la vida resuelta, nos hemos hecho muchas ilusiones, tenemos unas metas muy claras, tenemos muchas cosas que hacer y no podemos entretenernos con los problemas de los demás. Es mejor no ver, no mirar, pasar de largo.

Lo primero que hizo el buen samaritano, al ver al herido, fue detenerse. Ante el necesitado, ante el herido, ante el que sufre, lo primero es detenerse, no seguir adelante. Todo lo demás puede esperar, el prójimo no, nos necesita ahora, nos necesita ya.

Si, **¡lo hemos visto!**, no podemos hacer la “*vista gorda*”, o mirar para otro lado. Tenemos que detener la marcha y acercarnos, como hizo el samaritano. Acortar distancias, suprimir barreras y tratar de comprender su necesidad. No basta con mirar y lamentarse; hay que acercarse y ponerse en su lugar.

- **No es lo mismo ver las estadísticas del paro que escuchar a un parado los problemas que le afectan.**
- **No es lo mismo saber que hay millones de pobres que mueren de hambre que atender al que nos tiende la mano en demanda de ayuda.**
- **No es lo mismo decir que hay un millón de inmigrantes que escucharles lo que nos tienen que decir.**
- **No es lo mismo el dato de millones de familias con ingresos por bajo del “*salario mínimo*” que comprobar cómo llegan a final de mes, teniendo tres hijos, pagando la hipoteca y amenazados de despido. Sobre todo si el que lee estos datos ingresa miles de euros al mes.**

El buen samaritano no se limitó a echarle una limosna. Al acercarse, comprendió la situación y le atendió. Lo primero era prestar ayuda, curar sus heridas. Pero había que trasladarle a otro lugar para terminar de curarlo. Y había que correr con los gastos. Y todo eso lo hizo el buen samaritano. Dejó de lado sus tareas, interrumpió su viaje, olvidó sus asuntos y asumió la situación de emergencia del prójimo.

Se dice muy pronto en la parábola, pero en la vida las cosas no son siempre tan fáciles. Ni nosotros somos tan generosos con el que nos necesita. Nuestro amor al prójimo dista bastante del modelo que nos propone Jesús en la parábola. Y más aún del ejemplo de Jesús, que entregó su vida por nosotros y por todos, para nuestra salvación.

«*Anda y haz tú lo mismo*». Pues eso es lo que hay que hacer, si, como el letrado, nos interesa saber lo que hay que hacer para alcanzar la vida eterna. Si queremos saber de verdad cómo ser buenos cristianos, si buscamos la perfección, la santidad, o simplemente ser buenos, Jesús nos da una buena lección y nos invita a imitar al buen samaritano de la parábola y a Él, que es el verdadero buen samaritano en la vida y en la historia.

- **¿Sabemos escuchar al necesitado o nos limitamos a dar?**
- **¿Nos conformamos con dar de lo que nos sobra?**
- **¿Estamos dispuestos a compartir lo que los otros necesitan de nosotros: dinero, tiempo, compañía, cariño...?**

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18,1.10a): *Si he alcanzado tu favor, no pases de largo.*

2ª lectura (Colosenses 1,24-28): *Cristo es la esperanza de la gloria.*

Evangelio (Lucas 10,38-42): *Ha escogido la mejor parte y no se la quitarán.*

El verano con su climatología, nos invita a cambiar el ritmo de nuestra actividad, apetece más el descansar a la sombra de un buen árbol en el pueblo o en la montaña, o bajo una sombrilla a orillas de la playa, contemplando en cualquier rincón de nuestra geografía las maravillas de la naturaleza. Produciéndonos, todo ello, una paz interior que ayuda a encontrarnos con todo aquello que alimenta nuestro interior.

Por otra parte, las vacaciones son una invitación a que la actividad no sea tan externa y tan para los demás y sí a que disfrutemos del encuentro con nosotros mismos, con la familia y los amigos que no nos piden nada a cambio y con Aquel que nos ha llamado a la vida plena.

Así, en las vacaciones, es bueno tener algún plan para nosotros mismos, no sea que nos pase lo que, desde hace años, le viene ocurriendo a cada vez mayor número de personas que llegan a percibir el fenómeno de “*estar cansados de descansar*”, y regresan más agotados que cuando salieron, porque se aburren de no hacer nada o de estar mucho tiempo en el mismo sitio o con la misma gente.

Avanzado ya el tiempo de verano es bueno que no perdamos de vista nuestra vida más cotidiana y recuperemos y repensemos nuestros proyectos personales, nuestras actividades habituales y nuestras relaciones con las personas y las cosas. Ya que el poder disponer de mayor tiempo y mejores espacios para ahondar en todos estos encuentros permiten que afrontemos todas las cosas que hacemos cotidianamente y caigamos en la cuenta de cómo, incluso las que son buenas, se convierten, o las convertimos muchas veces, en rutinarias y en acciones sin ningún valor.

Si es esto lo que nos ocurre a nosotros, conviene plantearnos qué sentido tienen las actividades que realizamos habitualmente y cuál es nuestra participación en las empresas que llevamos adelante durante el año. Que nos detengamos a comprobar si son cosas que nos acercan o nos alejan de los objetivos previstos, si verdaderamente son acciones imprescindibles o por el contrario se han convertido en un mero hacer por hacer.

En ocasiones sucede que nuestra vida está tan programada, por las actividades de cada día, que se convierte en pura monotonía; repetimos y repetimos sin terminar de sacar el provecho que esas actividades producen en nosotros y en los demás. Puede suceder que dejemos de ser protagonistas de nuestra propia historia y nos convirtamos en meros comparsas de la historia que escriben nuestros verdaderos amos.

Para discernir nuestro protagonismo en las acciones que hacemos conviene distinguir entre las que realizamos en el tiempo ocupado por el trabajo y por las obligaciones que hemos asumido con responsabilidad y las que realizamos en nuestro tiempo libre; éstas tienen que ver más con las aficiones, con la disponibilidad y con la gratuidad y suelen ser más gratificantes.

Lo que hacen las hermanas de Lázaro, cuando acogen a Jesús en su casa, podría aplicarse a lo que estamos diciendo; Marta es la que trabaja en las labores del hogar y así llena el tiempo de las obligaciones, y María la que dedica su tiempo libre a la escucha de Jesús, el amigo.

El último o el paso primero a revisar, según se mire, debe ser éste: de todo lo que estamos haciendo en nuestra vida de cada día, también en el tiempo libre, cuáles son las actividades y cuáles las personas con las que nos relacionamos que nos ayudan a llevar adelante nuestros proyectos personales de vida y a ser verdaderos protagonistas de los mismos.

Una de las cosas que en la actualidad resulta más dificultoso de mantener en las empresas que emprendemos es la constancia para llevarlas adelante. Sucede que nos cansamos porque nos metemos en demasiados líos, que nos desanimamos porque no funcionan como nosotros habíamos previsto y que las dejamos de lado cuando nos presentan otras más atractivas.

Revisar y repensar los medios que ponemos para lograr los objetivos, para llegar a las metas que nos hemos propuesto lo podemos hacer en solitario, pero es recomendable apoyarnos en buena compañía, compartiendo los planes de cada cual y los avances que vemos en ellos.

Así, en este tiempo de verano, es bueno detenernos a contemplar cómo está siendo el proceso de nuestra relación con familiares y amigos, compañeros de trabajo y vecinos de nuestra escalera; qué hemos cambiado y cómo la vida actual va cambiando en nuestros estilos. Si así lo hacemos, esto nos ayudará a vivir esperanzados en medio de las dificultades por impulsar la historia hacia la libertad, personal y colectiva, de la que en ocasiones no gozamos.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 18,20-32): *El juez de todo el mundo, ¿no hará justicia?*

2ª lectura (Colosenses 2,12-14): *Habéis resucitado con Cristo.*

Evangelio (Lucas 11,1-13): *Y no nos dejes caer en la tentación.*

El signo distintivo de una comunidad religiosa era tener una forma distinta de orar. Por eso, la petición, hecha por el discípulo haciendo referencia al modelo de Juan Bautista, tiene una gran importancia, porque muestra la conciencia de los discípulos de ser la comunidad de Jesús y le piden una oración que los vinculasen mutuamente y los distinguiesen. Pero Jesús va mucho más allá de lo que le piden.

Mientras éstos parecen solicitar una fórmula ritual de orar, con la oración del Padre nuestro se resumen las convicciones y deseos que deben aparecer en la oración cristiana: *la confianza plena en el amor de Dios Padre y el compromiso personal y comunitario para construir un mundo diferente*. En el Padre nuestro se da una maravillosa compenetración entre Dios y el hombre; el cielo y la tierra, lo religioso y lo social.

El centro lo ocupa Dios junto con otro: el hombre necesitado y amenazado. El orden de las peticiones es el siguiente: se empieza por Dios y después se pasa al hombre, porque a partir de Dios es como se comprende al hombre y sus necesidades. Toda liberación radical y global arranca de un encuentro profundo con Dios, que nos lanza al compromiso a favor de los hombres, de modo especial, por los pobres. El Padre nuestro nos enseña que el fundamento del compromiso social y político a favor del hombre, no es ético, sino místico.

Padre. Con esta invocación Jesús expresa en oración la gran novedad de su mensaje; la imagen de Dios, como padre, **ABBA**, expresión judía, que pertenece al lenguaje infantil y doméstico: *«papaíto querido»*. **ABBA** encierra el secreto de la relación íntima y original de Jesús con Dios, el fundamento último de su misión, y comprende junto con otra expresión: **Reino**, el núcleo de todo su mensaje, de toda su vida y de todo su actuar. Desde esta experiencia de Dios como Padre ve Jesús al hombre y es la razón última de su conducta con los pobres, marginados y pecadores.

Pero Jesús no sólo invoca a Dios como **ABBA**, sino que nos hace participar de su condición de Hijo, para que nos dirijamos a su Padre celestial con la misma confianza suya. Con ese mismo término de Padre, **ABBA**, es como la Iglesia primitiva se dirige a Dios (Rom 8,15; Gál 4,6). Invocación, que engloba una doble experiencia, fruto de una doble mirada: a Dios y a nuestra realidad, y que es como un grito de esperanza y anhelo.

Santificado sea tu nombre. Para comprender esta invocación es preciso situarla en nuestro contexto histórico, social. A simple vista parece que nuestro mundo está dominado por el espíritu del mal: profundas desigualdades, divisiones, violencias, enfrentamientos, que rompen la fraternidad entre los hombres. En este mundo no es santificado, ni glorificado el *«nombre de Dios»*, que según Jesús es Padre amoroso, entrañable, cuya voluntad como Padre de todos es que la humanidad sea una familia de hijos y de hermanos, en una tierra donde quepan todos sin privilegios.

Por tanto, santificado sea tu *“nombre”* significa que el nombre de Dios, profanado y encarnado por los pecados personales, sociales y estructurales, sea respetado, honrado y reconocido como Padre bondadoso y generoso, y lo será, si todos y cada uno de los hombres son reconocidos, tratados y respetados como hijos queridos de Dios y como hermanos.

Santificar el *“nombre de Dios”* es tarea primordial de la Iglesia, y lo será si ella misma en su forma de comportarse y de relacionarse tanto hacia dentro como hacia fuera, es reflejo del *“nombre de Dios Padre”*, viviendo como auténtica familia de hijos y de hermanos como valor primero y se esfuerza, colaborando con los demás, por reconstruir la familia humana rota y dividida.

Danos cada día el pan que necesitamos. En esta petición se produce un viraje en la oración. En la primera parte, la mirada se dirige hacia arriba, hacia el cielo, hacia Dios. Y en esta segunda parte, se da uno cuenta que la mirada de Dios está dirigida a la tierra.

El pan es un término de una significación rica y profunda. Es símbolo del alimento necesario para vivir. El ser humano depende del pan. Esta dimensión material de la vida humana es presupuesto necesario para cualquier dimensión y desarrollo.

Ya lo decíamos en la reflexión de la festividad del Cuerpo y la Sangre de Cristo: **“Comer hasta quedar saciados”** del día 02 de junio: *“Cierto que la vida del hombre es más que el pan, pero no se puede prescindir de él. Pero sólo alimenta y da vida auténticamente humana, cuando es un pan compartido; si el pan que uno come es fruto de la explotación del hermano, de la injusticia, no nos nutre humanamente, porque no humana, ni es pan bendecido por Dios Padre”*. El pan injusto no es nuestro, es un robo: *«quien no da al otro lo que es del otro, no come su propio pan, sino el suyo y el del otro»*. Por ello tenemos que exigirnos el esfuerzo para transformar el mundo y la sociedad, por ello se nos exige una conversión; de lo contrario, la oración será vacía.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiastés 1,2; 2,21-23): *Hay quien trabaja, para dejarlo a otro que no ha trabajado.*

2ª lectura (Colosenses 3,1-5.9-11): *Aspirad a los bienes de arriba.*

Evangelio (Lucas 12,13-21): *La vida no depende de tus bienes.*

¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! La experiencia que nos describe Qohélet (Eclesiastés) a finales del siglo III a.C., en muy pocos lugares la he visto expresarse con tanta agudeza y de una forma tan gráfica como en la novela “*La náusea*” de Sartre. Tanto para Antoine Roquentin, protagonista de *La náusea*, como para el autor del Qohélet, **«la única felicidad del hombre consiste en comer, beber y disfrutar del fruto de su trabajo»** (Ecl 2,24).

Pero, mientras para éste la vida contiene una ligazón, una razón de ser, pues toda felicidad posible es don de Dios, para Sartre la vida no es sino proyecto, sin ligazón; tan sólo se ofrece aquella libertad sin ataduras en que consiste lo humano.

Las experiencias de nuestro presente parecen acercarnos más a la sinceridad de Roquentin, para quien “*todo lo que existe nace sin razón, se prolonga por debilidad y muere por casualidad*”, que a la de un rutinario Qohélet, para quien **«nada hay nuevo bajo el sol»** y, sin embargo, le es posible identificar en las pequeñas alegrías que brinda lo cotidiano, un regalo de Dios lejos de las conquistas de cada uno.

Nuestras experiencias presentes nos animan a creer que las cosas son lo que parecen, que no hay más historia que la que tenemos, la que hemos vivido y guardado en la memoria para configurar lo que somos al haberlo sido. La suma de memoria y de miedo al futuro imprevisible, nos anima a la vez a sumergirnos en la costumbre rutinaria, que fija cegando los ojos en el pasado e impide vislumbrar luces para el presente, así como horizontes para el futuro.

La experiencia de abandono a lo que siempre bebemos, comemos y trabajamos es la experiencia que siente en los huesos la nada más nauseabunda. La libertad permitiría rellenar esta nada y mitigar las arcadas, porque da contenido nuevo al futuro, otorgándole un proyecto.

Pero cuando nada nuevo hay bajo el sol y todo sol de hoy da el mismo calor que el de mañana, entonces la nada absorbe nuestro mundo y convierte cada instante en la palabra que nada dice y en la acción que nadie ve, porque dice lo de siempre y parece siempre la misma. La libertad es engullida, así pues, por la nada.

Tal vez uno de los pecados más globales e ignorados, que compartimos hoy, es el de perder todo sentido para la vida, incluyendo el sentido que pueda dar la libertad personal: el último reducto de significado en el mundo donde Dios ya no está.

Todos y en todo momento, queremos sentirnos bien en la vida, buscamos el bienestar lo primero. Cuánto recuerdan nuestros deseos de bienestar las palabras que el rico de la parábola evangélica se dice a sí mismo: **«Ahora ya tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y pásalo bien»**. Rellenad la nada con bienes y la náusea con comida y bebida es lo que hacemos en nuestra sociedad actual.

Si en el capitalismo primero se buscaba acumular el capital para producir más capital en una espiral de insatisfacción, en nuestro capitalismo actual, desde finales del siglo pasado, a esta dinámica de producción sin objeto se unen las ansias más extremas por consumirlo, por llenar un vacío que cada vez se nos ensancha más por dentro.

El enriquecimiento del que habla Jesús es muy distinto al que nos propone nuestra sociedad de consumo, e igualmente difiere de la conquista que un proyecto de libertad personal pueda traer y del sentido que éste pueda dotar para el vacío de una existencia. Todas nuestras existencias están realmente vacías, llenas por nada, hasta el momento en que alguien las completa, dándoles un sentido único, del que sólo puede enriquecerse otra persona que viene desde fuera de nosotros mismos.

Con esto estamos lejos de los humanismos sin nombre ni rostro, que son tan estériles y dejan tanto o más pobre y vacío como los egoísmos que “*atesoran para sí*”. **«Los hombres. Hay que amar a los hombres. Los hombres son admirables. Tengo ganas de vomitar, y de pronto ahí está: la Náusea»**, dice Antoine Roquentin contra los humanismos vacíos. Es inútil amar y sentirse amado por los hombres, no así por esta o por aquella persona, que da sentido y rellena la nada de la existencia. Pero, además, Jesús no sólo ofrece un relleno sino la plenitud para la existencia, el enriquecimiento de Dios para los que enriquecen su vida con la vida amada de los demás, haciéndose ricos así ante Dios: el auténtico tesoro y plenitud para nuestra nada.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 18,6-9): *Tu pueblo espera ya la salvación.*

2ª lectura (Hebreos 11,1-2.8-19): *La fe es seguridad de lo que se espera.*

Evangelio (Lucas 12,32-48): *Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá.*

En el camino de Jesús en su subida a Jerusalén, Lucas nos va señalando aquello que considera importante para el que decide ser discípulo de Jesús; aquello que es importante cuidar en la comunidad cristiana para que Jesús sea el centro, para que la vida cristiana esté centrada en la práctica del Evangelio, en vivir la misma vida del Maestro.

«*No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino*». Jesús vuelve a insistir en la confianza. ¿Si el Padre ya nos ha dado el reino, por qué preocuparse en cosas que no merecen la pena? ¿Por qué gastar la vida en el deseo por las riquezas? ¿Por qué perder la vida en la acumulación de riquezas que nos roban el corazón?

¿Qué es lo que merece la pena? Acoged la gratuidad del Reino, donde está el verdadero tesoro. Jesús nos lo dirá: el verdadero tesoro es el Reino. Un reino que no se conquista, sino que se acoge: «*vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino*».

Lo más central de la vida cristiana nos es dado, es un don, es un regalo. No es algo que yo tenga que hacer, que tenga que merecer, que tenga que conquistar. No. Lo central es que Dios nos ama, nos regala el don de la vida, nos regala el don de su Hijo, nos regala el Reino.

¿Entonces, si esto es así, qué tenemos que hacer? Acoger este regalo, aceptar a este Dios tan desmesuradamente gratuito, creer en lo que nos dice, atrevernos a dejarnos amar por Él. La experiencia vital nos va diciendo que lo más grande de la vida nos es dado: el misterio de vivir cada día, la amistad cuando es auténtica, el amor incondicional de quienes nos quieren bien, la belleza en sus mil manifestaciones, la alegría indescriptible de tener un hijo... Lo más profundamente humano no se compra. No se puede comprar. Es un regalo.

En nuestra cultura, tan marcada por el capitalismo, a la persona, hombre o mujer, se nos valora por lo que producimos y consumimos. Se nos va colando muy dentro la mentira de que para dar a la vida el máximo de sentido hay que sacarle el máximo de rentabilidad: en dinero, en diversión, en triunfo, en prestigio, en poder, en placer, en posesión, en consumo, etc.

También en la Iglesia se nos cuele este “*mal aire productivista*” cuando corremos tras el prestigio y la relevancia social; cuando más que anunciadores de la Buena Noticia del Reino aparecemos siempre serios, con mala cara, hablando como enfadados, como si todo el mundo nos debiera algo.

Vivid Vigilantes: «*Tened ceñida la cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame*». Este Reino de la gratuidad no puede acogerse con una actitud pasiva y cómoda; al contrario, está pidiendo de cada uno en particular y de la comunidad en su conjunto: acogida, gratuidad, disponibilidad para el cambio, desprendimiento, trabajo desinteresado, y todos los valores que queramos seguir enumerando.

“La gratuidad no consiste sólo en los ojos nuevos para ver y los oídos nuevos para oír, sino en las manos nuevas para hacer” (Jon Sobrino).

Vigilar, prestar atención a la novedad del Reino que siempre irrumpe en la vida, cuando y donde menos lo esperamos. Vigilar es iniciarnos en la contemplación de la vida desde otros valores: los del reino. Y ésta es, seguro, una noticia, de denuncia y de anuncio, para nuestra sociedad, tan mediatizada por la rentabilidad, el consumismo, la producción...; el olvido de la gente y la exclusión de los pobres.

Vigilantes para poder decir con la palabra y con la vida: la vida auténtica es otra cosa muy distinta a la racionalidad económica, a la acumulación de capital, al individualismo. La vida es un regalo que sólo se puede saborear aprendiendo a vivir sin intereses egoístas, gratuitamente, la vida es un regalo de Dios. Para todos.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11,19a; 12,1.3-6a.10ab): *Vestida de sol y coronada con doce estrellas.*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-27a): *Todos volverán a la vida.*

Evangelio (Lucas 1,39-56): *Bendita tú entre las mujeres.*

En plenas vacaciones para algunos y, en ambiente de crisis, con dificultades para muchos, la liturgia de la Iglesia invita a celebrar la fiesta de la Asunción de la Virgen María a los cielos; María, desde la misma humanidad que nosotros, ha experimentado la plenitud de la Vida que Dios ofrece a cada ser humano.

Esta plenitud de la salvación de María ha sido reconocida en la Iglesia desde tiempos muy tempranos, de tal manera que, cuando Pío XII en 1950 proclamó este dogma de la Asunción de María, recogía lo que desde el siglo IV se venía manifestando con expresiones como: la dormición, el tránsito o la Asunción.

Dios al resucitar a Jesús lleva a cabo la suprema liberación de los seres humanos al darnos vida junto a Él más allá de la muerte. María es el primero y más eminente fruto de la redención llevada a cabo por su Hijo.

La aportación de la celebración de la fiesta a nuestro mundo es proclamar que el destino del ser humano, que busca con tanto afán ser feliz, no se encuentra en el mundo del bienestar centrado en el poder, en el dinero, en la satisfacción consumista o en el éxito, sino en el Reino de Dios, que es un reino de paz, de justicia y de amor.

Este reino ya se encuentra entre nosotros, pero todavía no ha llegado a su plenitud. Reino que hemos de ir realizando mediante la colaboración íntima de todos con Jesús, asumiendo y cargando con la cruz que conlleva la fidelidad al Evangelio en este mundo, dominado por los ídolos del poder y la riqueza.

«*María, llevada en cuerpo y alma a los cielos, es allá en el reino definitivo el modelo y el principio de una Iglesia que ha de ser totalmente glorificada*», nos dice el Vaticano II refiriéndose al dogma de la Asunción. Y añade: esa Virgen, colocada en el cielo en cuerpo y alma, no sólo es figura de nuestro destino eterno, sino que también es «*estrella de esperanza cierta*», para nuestra Iglesia y sociedad que caminan en medio de una noche invernal, oscura y fría.

María se inclina sobre los hombres para decirles que su esperanza de ser felices son ciertas, que si ella, hija de nuestra tierra e historia ha sido glorificada por Dios, es posible que todo ser humano pueda vivir esta esperanza, hecha realidad.

María, elevada en cuerpo y alma a los cielos, está proclamando que la última palabra sobre el ser humano no la tiene ni la muerte, ni la crueldad y la barbarie de los ídolos de nuestro mundo; la última palabra, como se ha dicho, la tiene Dios, y este Dios es un Dios amor, todo perdón y misericordia, que nos ama con amor increíble de Padre.

La esperanza definitiva no es sólo una realidad a esperar, sino también una realidad que ya está actuando en pequeños signos de esperanza. María, la pobre niña exaltada por la gracia de Dios, la mujer humilde y agradecida que se atrevió a creer en lo imposible y desde esa fe contempló la acción de Dios transformadora en ella la pequeña, y en el mundo.

María, desde su fe convertida en esperanza, hace una lectura de la historia de muy distinta manera de nosotros, que a veces solemos verla de modo desesperanzado: Los soberbios triunfan, los poderosos imperan, los humildes cada vez son más pisoteados, los hambrientos se multiplican, los ricos se enriquecen... Esta es la lectura de los que se consideran “*realistas*”.

María, en cambio, sí que es verdaderamente realista. Por eso, proclama que esta realidad descrita no es la única; en la humanidad, llena de injusticias y sufrimiento, María contempla, canta, celebra la presencia activa de Dios, que está transformando la pobre existencia humana, invirtiendo los papeles: «*Derriba a los poderosos, encumbra a los humildes; llena de bienes a los hambrientos y despide a los ricos con las manos vacías*» (Canto del Magníficat).

Es evidente que hoy ni los poderosos han sido derribados de sus “*tronos*”, ni los hambrientos han sido “*colmados de bienes*”. Más bien parece que sucede todo lo contrario. Pero, creer en la Resurrección de Jesús y en la Asunción de María al cielo, es luchar contra todo lo que signifique muerte y deterioro.

Las pequeñas resurrecciones de los crucificados que hay en nuestro mundo, son trozos de la gran resurrección que el Señor nos concederá como don.

Tomando como modelo a María, **¿cómo y de qué manera podemos servir para cambiar las actitudes de nuestro mundo?**

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 38,4-6.8-10): *No busca el bien del pueblo.*

2ª lectura (Hebreos 12,1-4): *Quitémonos lo que nos estorba.*

Evangelio (Lucas 12,49-53): *He venido a prender fuego en el mundo.*

«¿Pensáis que he venido a traer al mundo paz?» Pues sí, Señor, eso es lo que pensamos. Eso es lo que desde el principio nos hemos creído. Porque **paz** fue el anuncio alborozado de los ángeles a los pastores en el nacimiento de Cristo en Belén, cantaron: «**Paz a los hombres de buena voluntad**». Y nosotros nos tenemos por tales. **Paz** era el saludo que repetía Jesús, una y otra vez, tras su resurrección cada vez que se aparecía a sus discípulos. **Paz** es el deseo que se hace presente desde que comenzamos la misa hasta que nos despedimos para ir en paz. **Paz** es el gozo mutuo que compartimos al darnos el abrazo antes de la comunión. Por eso no acabamos de entender este fragmento del evangelio, tan escueto y tajante.

Y sin embargo, a estas alturas, no debería sorprendernos. Porque sabemos de sobras que un texto debe entenderse en su contexto. Y en el evangelio de Lucas, el autor, desde el principio nos muestra a Jesús como un signo de contradicción. Así lo profetiza Simeón en el momento de la presentación del niño en el templo: «**está puesto para que muchos caigan y se levanten, será un signo de contradicción**» (Lucas 2,34). Y esa ambigüedad es la que Jesús nos quiere aclarar en la vida. Con su vida, que se verá constantemente acechada y obstaculizada por sus perseguidores y detractores, y en la nuestra, que no tiene por qué ser distinta de la del Maestro.

Es verdad que Dios quiere la paz, y es verdad que el Evangelio es una constante invitación y estímulo a la paz. Pero esa paz, la paz de Dios, no tiene nada que ver con las pretensiones de paz de un mundo dividido, que así, pretende ocultar las injusticias y pasar por encima de sus víctimas, disimulando una guerra sórdida, unas veces protagonizada por los explotadores y otras, las menos, por los explotados, que siempre son las víctimas, que mueren de hambre en el Tercer Mundo o perecen en una patera, en el intento de liberarse y buscar el derecho a la vida en el mundo del bienestar.

En un mundo dividido y enfrentado, en una sociedad saturada de injusticias y presa de la desigualdad, cuando una parte tiene a su disposición los medios de vida y la otra se ve privada de lo más elemental para subsistir, cualquier intento de imparcialidad no es más que una mascarada para justificar lo injustificable. Así las cosas, la única imparcialidad es precisamente la de tomar partido por los pobres. Y ése es el gran reto del evangelio de hoy.

¿Pensáis que he venido a traer al mundo, a este mundo, la paz? ¿De verdad pensamos que Dios se ha hecho hombre y ha venido al mundo para dejar las cosas como están, para tranquilizar nuestras conciencias de hombres acomodados y adormecer el legítimo sentimiento de reivindicación de los pobres?

«**Vengo a prender fuego en el mundo**» Jesús nos advierte que optar por los pobres es tratar de hacer las paces, restituyendo a los pobres sus derechos y eliminando los privilegios y desafueros de los poderosos. Porque todos los seres humanos tienen derecho a vivir y disfrutar de este mundo. Sólo así se cumplirá la voluntad de Dios en la tierra, como se cumple en el cielo, que es lo que pedimos constantemente en el “*padrenuestro*”. Y no va a ser tarea fácil. Por eso hace falta mucho coraje. Por eso Jesús viene a traer fuego, a enardecernos en la tarea, para que sepamos plantar cara a la injusticia y dar la cara por los pobres, por Cristo.

Nos equivocáramos de medio a medio, si pensáramos que las fuerzas políticas o sociales, van a apoyarnos en esta tarea de evangelización y trabajo por una paz que empiece por poner a las víctimas en su sitio. Y mucho más si pretendemos buscar su apoyo o colaboración. ¿Por qué hay tanto miedo, tanto ataque a la religión, tantas precauciones, tantas denuncias de indiferencia social, tanto laicismo? Jesús nos ha advertido que no será mejor nuestra suerte que la del Maestro; y si a Él le han perseguido, si a Él se han atrevido a ponerle en la cruz, no será mejor nuestra suerte... aparentemente. Porque Jesús resucitó y su triunfo es el fuego que ha traído el Espíritu para que renovemos la faz de la tierra y sentemos las bases de la paz de Dios, la de todos los hijos de Dios, en todos los pueblos y latitudes, sin diferencias, ni discriminaciones, ni desigualdades inhumanas.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66,18-21): *Vendré para reunir a las naciones.*

2ª lectura (Hebreos 12,5-7.11-13): *¿Qué padre no corrige a sus hijos?*

Evangelio (Lucas 13,22-30): *Esforzaos en entrar por la puerta estrecha.*

En este tiempo de verano, seguramente, nos hemos encontrado con personas diferentes de nosotros, sobre todo si disfrutamos de un lugar distinto al que vivimos habitualmente, gozando de la posibilidad de intercambiar con ellas nuestros modos propios de entender la vida, las relaciones personales y la manera de tratar la tierra y las cosas que hay en ella. Una de las grandes riquezas que nos está aportando la inmigración, son las diferentes culturas del mundo que nos están comunicando cuando somos capaces de integrarnos con ellos en cualquier plataforma y de sentarnos en plano de igualdad. Los textos de este domingo iluminan esta experiencia de la convivencia entre diferentes culturas, la forma que tiene cada una de ellas de tratar con la trascendencia y la gratuidad de cómo llega a nosotros para ayudarnos a aclarar el sentido de nuestra existencia personal y colectiva.

¿Gozamos todos de vacaciones? ¡No!, no todos hemos podido disfrutar de vacaciones este verano; muchas personas han aprovechado este tiempo, para conseguir algunos ingresos, echando jornales en los servicios que hacen más agradables nuestras vacaciones; otras gentes “*veranea*” (la crisis así lo impone) este año sin salir de casa; y otros dedican parte, o todas sus vacaciones, en echar una mano en proyectos de solidaridad o en ayudar a algún colectivo con dificultades. Cada cual cogemos el equipaje necesario, algunos también el superfluo: lo de **por si acaso** hace frío, **por si acaso** nos invitan a alguna fiesta, **por si acaso** llueve, etc. También podemos encontrar personas que llenan sus maletas o mochilas con demasiadas cosas, pocas para ellos y muchas más para otras personas, pues las vacaciones o parte de ellas las dedican a vivir la experiencia de vida comunitaria, de servicios mutuos, de intercambio de puntos de vista sobre algún tema o proyecto que interesa a todos.

He conocido personas que un buen día pusieron su “*tienda de campaña*” en un lugar determinado y llevan varios años volviendo al mismo lugar a encontrarse con las mismas gentes, a realizar las mismas excursiones y las mismas rutinas e intercambiar las novedades de cada temporada, sin verse durante todo el año ni mantener otra relación. Ciertamente, todas las experiencias pueden ser enriquecedoras para nosotros y para los demás; pero, sin duda, lo son más aquellas en las que somos más protagonistas y en las que están abiertas a la participación de otras personas que nos aportan sus diferencias y sus particularidades a la hora de hacer las cosas y convivir.

Esta aldea global suele estar construida más sobre lo material que sobre lo espiritual; no tenemos más que fijarnos en las muchas veces que se reúnen los políticos y los financieros (mercaderes del mundo) y las pocas que lo hacen las gentes religiosas, las gentes del espíritu para intercambiar sus experiencias.

También son distintos los objetivos de unas reuniones y otras; a los del espíritu se les suelen llamar “*encuentros*” porque dicen más de relación entre personas. Las reuniones sobre cosas materiales son más de hablar sobre el intercambio de las mismas y sobre la manera de venderlas más caras, comprarlas más baratas y obtener mayores beneficios; con lo que las personas que las trabajan pasan a un segundo plano, o son olvidadas.

Tampoco en la aldea global se ha logrado evitar la periferia, la marginalidad, que debería ser uno de los objetivos primordiales: todos viviendo en el interior de dicha aldea en la que hay sitio para todos y en la que todos tenemos alguna responsabilidad a la hora de mejorarla.

Los que no tienen medios materiales sienten la impresión de ser seres de segunda clase, de que sobran, de quienes se puede prescindir porque no aportan nada a los que lo poseen todo. Pero lo que estos no se plantean es a costa de quién se han enriquecido y quiénes han sido los que han hecho posible su bienestar material con lo que han acaparado la mayor parte de los bienes de la tierra.

«**Aquí no cabemos todos**» Jesús se refiere al Reino de Dios: para entrar en él hay que hacerlo por la puerta estrecha; la puerta por la que se pasa de uno en uno o uno detrás de otro, la que favorece el poder ver las condiciones que trae cada uno de los que quieren pasar por ella.

Pasar de uno en uno permite saber los verdaderos motivos por los que cada uno queremos entrar en el Reino, como se está respondiendo a la invitación que se nos ha hecho para ello y constatar que aquel que lleva “*mucho equipaje*” no cabe por esa puerta.

Pasar uno detrás de otro es conocer que no voy solo, que alguien va por delante de cada uno de nosotros, que me puede dar la mano y que yo puedo ayudar a otros presentándole la mía y mis razones para adentrarme en ese Reino en el que Jesús «*quiere reunir a las naciones de toda lengua; porque vendrán de oriente y occidente y se sentarán en la mesa en el Reino de Dios*».

Pero entonces, **¿quién es el que sobra?, ¿quién es el que no quiere pasar por ella?** Pues todos los que están llenos de sí mismos, los que no quieren saber nada de los demás, los que sólo quieren saber de sus planes, los... éstos no entran en el Reino.

«EL QUE SE HUMILLA SERÁ ENALTECIDO»

476/01 Septiembre 2013

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 3,17-18.20.28-29): *En tus asuntos procede con humildad.*

2ª lectura (Hebreos 12,18-19.22-24a): *no os habéis acercado a un monte tangible.*

Evangelio (Lucas 14,1.7-14): *avergonzado, irás a ocupar el último puesto.*

El Evangelio apuesta por el interés cero y así nos lo muestra hoy. Jesús vivió sin calcular las ganancias, sin esperar recompensas y sin buscar premios ni reconocimientos populares. Su vida fue gratuidad en estado puro. Entregó todo lo que tenía: su palabra, su misión y su vida.

Su palabra, ofrecida a todos, es la Buena Noticia del Evangelio. Su vida, dedicada a todos, se desarrolló entre los pobres y necesitados a los que transmitió esperanza. Su misión, a la que nos sigue convocando hoy, es que todos conozcan y vivan a Dios.

Jesucristo nos sigue impactando y cuestiona nuestras interesadas existencias. Él rechazó todo interés personal, no exigió nada a cambio de su palabra ni de sus acciones; en ningún momento anheló regalos ni buscó méritos. Una vida entregada, regalada y compartida. Una vida gratuita, por todos y para todos. Una vida plena, dichosa y feliz. En definitiva, una forma de afrontar la existencia a la que todos estamos convocados. Es el origen de una nueva cultura basada en la gratuidad y en el amor.

Sin embargo, hoy seguimos encantados con las mejores posiciones. Nos gusta estar bien situados en la vida. Ser aplaudidos, felicitados y ensalzados. Valoramos mucho, quizás demasiado, los primeros puestos. Nos esforzamos por alcanzarlos, aunque cueste sacrificio llegar a ellos.

Es curioso que los primeros puestos no suelen quedar vacíos, siempre tienen candidatos abundantes. El evangelio resuena hoy, como siempre, con un mensaje de actualidad: ¡Cuidado con buscar los primeros lugares! ¡Cuidado con buscar relaciones por interés! ¡Cuidado con creernos más que el resto de las personas!

Corremos el riesgo de vivir pensando únicamente en nuestra gloria, en la imagen propia o en el poder. Como si las demás personas no existiesen o, lo que es peor, como si fuésemos contrincantes en una competición para conseguir los primeros puestos.

Una carrera en la que los adelantamientos son aplaudidos por todos, salvo por quienes han quedado atrás. Una carrera a toda velocidad que, en demasiadas ocasiones, se ve truncada por cualquier contratiempo.

Cuando dejamos de ver en el otro a un prójimo, un igual, un hermano; cuando cerramos los ojos a su situación y a su vida y simplemente descubrimos en él a un competidor al que hay que adelantar aunque sea atropellándolo, es un fracaso para toda la humanidad.

El objetivo de Dios es otro totalmente distinto al nuestro. Ya no se trata de llegar el primero. Ninguna importancia tienen los primeros puestos. De nada sirve ser “*más que el otro*” ni “*aparentar más que nadie*”. Es otra forma de ver la vida. Para Dios, quien «*se humilla será enaltecido*», «*los últimos serán los primeros*», y los últimos del mundo se llevarán el mayor premio.

Dios mismo «*se despojó de su rango*», renunció a la “*lejanía divina*” para meterse en la historia de la humanidad. Dios se hizo carne en Jesús de Nazaret y mostró una nueva forma de vida, donde lo importante es participar, colaborar, respetar y amar.

Hombres y mujeres que se sienten parte de la humanidad, parte de la historia, parte de un sueño común y bueno para todos, parte de un mundo que busca la paz, parte de la solución (¡y no del problema!), parte de la Iglesia, parte... de Dios.

Él se puso a lavar los pies, ¡**como los últimos!** Una vida con otra perspectiva: una vida “*desde abajo*”, junto a los sencillos, entre los humildes. Con ellos y al servicio de todos.

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 9,13-18): *¿quién rastreará las cosas del cielo?*

2ª lectura (Filemón 9b-10.12-17): *recíbelo a él como a mí mismo.*

Evangelio (Lucas 14,25-33): *no puede ser discípulo mío.*

Jesús era un atrevido provocador que escandalizaba a los de su tiempo, especialmente a los religiosos de toda la vida, con sus frases cortantes, lapidarias, incisivas, contundentes. Buen comunicador, lanzaba las palabras tejidas formando grupos compactos de ideas o sentimientos tan fuertes como un golpe dirigido a la nariz con contundencia, como un puñetazo imprevisto que te hace ver las estrellas, como una conmoción que requiere un tiempo para resituarse y saber que ha pasado. Al final, quien lo ha recibido ha pasado por el túnel de la interrogación y la reflexión.

Muchas figuras despiertan entusiasmos, muchas personas tienen capacidad de seducción, muchos líderes nos hacen promesas, muchos comunicadores manejan las palabras con soltura, muchos reyes magos anuncian regalos imposibles y sorpresas incumplidas. **¿Cuántos nos hacen pensar? ¿Cuántos nos colocan ante la realidad?** Unos piden votos, otros dinero, otros bienes, otros la voluntad interior, es decir, la propia personalidad que quieren dirigir sin control. Jesús parece pedir aún más, pero lo dice abiertamente.

La patética figura de Pablo, pobre, viejo y preso, es la expresión de lo que nos dice Jesús. Imaginemos a aquél que había sido un joven apasionado y tremendo defensor de su país, tradición y religión. Pongamos figura a un decidido joven imbuido de ideas tajantes y formado en el cumplimiento de normas para conseguir ir al cielo, estar entre los elegidos y plasmarse un futuro de inmortalidad en los ambientes divinos. De repente, él mismo, con su puño y letra, nos describe su situación real al enviarnos esta carta desde la misma cárcel.

Lo que un día sintió por Jesús le ha conducido a este estado en que se encuentra, lleno de achaques y a la espera del juicio que, finalmente, lo declaró culpable y lo llevó a la muerte por el método de “*cortarle la cabeza*”, privilegiado procedimiento reservado para los insignes ciudadanos de Roma.

Es el mismo Pablo, en persona, pero viejo, achacoso y prisionero, quien nos lo explica y, tiene la gran prerrogativa de poder decirnos cómo se siente hermano nuestro a la vez que hermano de un esclavo compañero de rejas y hermano también de su amo, a quien lo remite convertido en ser humano, sujeto a la misma dignidad que aquel a quien las estructuras culturales le otorgaban su posesión.

¡Cómo ha cambiado aquel intolerante joven perseguidor de creyentes díscolos y heterodoxos! ¡Qué carrera de obstáculos ha recorrido en todos esos años! ¡Qué vida tan apasionante ha vivido, disfrutado y sufrido! **«Todo lo puedo en Aquél que me conforta»**, nos había escrito otra vez.

En la apariencia de un Pablo anciano y fracasado no hay ni un ápice de resentimiento ni lamento. Más bien se da la serenidad de quien se sabe feliz y realizado en la experiencia de una vida entregada a una Persona que le ha cambiado profundamente y sigue cambiando el mundo de las relaciones humanas.

Pablo, canoso y cansado, está cubierto, sobre todo, por las nieves de la humanidad que, al fin, siguiendo a Jesús, ha conseguido asumir interiormente y extender a otros, incluso en el tenebroso mundo de las cárceles. Quien comenzó a ser conocido por sus intolerancias y fanatismos, termina sus días convertido en transformador de corazones y en humanizador de personas.

Quien era un iluminado moralista rígido y excluyente, lo vemos ahora preocupado por las personas y no por los principios legales y morales. Ha abierto las barreras de su corazón, ha roto los límites de su moral. No ha conseguido ser bueno, pero, lo más importante, se ha hecho hermano de unos y de otros.

Una persona así nos resume el significado de las provocadoras frases de Jesús en el evangelio de hoy. Las condiciones que Jesús nos pone a quienes nos preguntamos sobre la fe no son condiciones previas de selección moral ni de selección laboral, como si fueran requisitos imprescindibles para pasar el riguroso tribunal selectivo. Son llamadas de atención a quienes ya formamos parte de su grupo y rebajamos el nivel de nuestros entusiasmos, contagiados por valores de un mundo cultural que van por otros ámbitos y en otras direcciones. Son impactos a la nariz de nuestra fe para vivirla con madurez y con entusiasmo sin perder de vista lo importante.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 32,7-11.13-14): *Pronto se han desviado del camino.*

2ª lectura (1ª Timoteo 1,12-17): *Pero Dios tuvo compasión de mí.*

Evangelio (Lucas 15,1-32): *Hijo, tú estás siempre conmigo.*

Si hay algo claro en las lecturas de hoy es que somos irremplazables para Dios, que está profundamente interesado en no perdernos, y que cuenta con nosotros para que sea completa su gran fiesta en el cielo. Así que, como confesamos al comienzo de la Eucaristía, podemos estar seguros de que no estamos perdidos. **¡Estamos perdonados!** Y es que valemos mucho para Dios.

La primera lectura nos cuenta las peripecias del pueblo elegido, sus constantes infidelidades, las amenazas de Dios para corregirlo. Y nos cuenta, sobre todo, cómo a instancias de Moisés, el Señor perdona a su pueblo y restablece su amistad y su compromiso de protegerlo.

Por su parte, Pablo, en la segunda lectura, nos cuenta su propia experiencia personal de la misericordia de Dios. Siendo, como fue, pecador y perseguidor de los cristianos, Dios derrochó su gracia y lo convirtió en apóstol, pródigo de la bondad y misericordia divina entre los gentiles.

Y a mayor abundamiento, Lucas, en tres parábolas impresionantes, nos cuenta lo que significamos para Dios personal e individualmente, hasta el punto de dejarlo todo por nosotros, por cada uno de nosotros, y de celebrar por todo lo alto nuestro regreso, nuestra recuperación, la vuelta a sus brazos.

Somos insustituibles para Dios, somos su alegría y su gozo. Por eso nos sentimos seguros, protegidos, acompañados, convencidos de que valemos mucho. Dios no nos abandona a nuestra suerte, no quiere que nos perdamos ni uno solo.

Las parábolas de Jesús ponen de relieve el valor infinito de cada hombre y mujer para Dios. Nosotros sí que valemos, podemos afirmarlo sin lugar a dudas. Jesús *«deja las 99 ovejas y va en busca de la oveja perdida»*; *«deja las otras nueve monedas y revuelve la casa hasta encontrar la moneda perdida»*; *«no vive y está pendiente del regreso del hijo pródigo hasta que lo acoge en sus brazos»*.

Su pregunta, quien de vosotros, si tiene cien y pierde una, nos deja perplejos, porque nosotros somos incapaces de dejar las 99 por ir a buscar una. No, al menos, sin antes dejar a buen recaudo las 99. Ni arriesgamos las nueve monedas por buscar una, sin antes haber encerrado seguras y bajo llave las otras nueve.

En nuestro mundo y en nuestra sociedad, el “plural” es muchas veces una pantalla que nos impide ver el “singular”; la multitud no nos deja ver al hombre, las estadísticas nos impiden ver a la persona. El bien común, que tanto enfatizamos, es el mayor obstáculo para descubrir y fomentar el bien personal de todos y de cada uno.

Los pobres nos impiden compartir la suerte del pobre, nos sentimos impotentes de solucionar el problema de todos, sin darnos cuenta de que tenemos que resolver el problema de cada uno, del prójimo, del hermano.

Todos somos necesarios, insustituibles en este mundo y en nuestra sociedad. Igual que todos somos irremplazables en el reino de los cielos. Para que la dicha sea completa, hace falta que estemos todos y cada uno. No hay felicidad para nadie, si no la hay para todos y cada uno.

Un elemento común en las tres parábolas es la referencia a la alegría del encuentro, de la reconciliación. *«Habrá más alegría en el cielo por un pecador que se convierta que por noventa y nueve que no necesitan convertirse»*. Una alegría que va creciendo y que, en última instancia, es la alegría del cielo, la alegría de Dios, que disfruta con nuestro retorno, que desea nuestra conversión, que nos espera con los brazos abiertos, que nos abraza con inmensa ternura como hijos.

Una alegría que desea compartir con nosotros, con cada uno de nosotros, con todos. Igual que el pastor comparte su alegría con los amigos y vecinos, igual que la viuda se deshace en lágrimas de alegría con sus vecinas, igual que el Padre del hijo pródigo con el hermano recalcitrante y con todos los empleados y criados. Porque la alegría es incontenible, necesita compartirse, repartirse, hasta llenar de gozo el corazón de todos.

Jesús nos enseña en estas parábolas que somos la alegría de Dios, quiere que así nos convenzamos de cuánto valemos delante de Dios y cómo debemos saber apreciar el valor y las capacidades de todos, sin menospreciar a nadie.

Y quiere que sepamos apreciar y disfrutar la alegría del perdón, de la reconciliación, del encuentro con Dios y con nosotros y entre nosotros. Para que vivamos felices, en paz, anticipando el cielo ya en la tierra. Que eso es, precisamente, lo que celebramos ya en la eucaristía.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 8,4-7): *No olvidará jamás vuestras acciones.*

2ª lectura (1ª Timoteo 2,1-8): *Lleguen al conocimiento de la verdad.*

Evangelio (Lucas 16,1-13): *Nadie puede servir a dos amos.*

El domingo pasado escuchamos unas parábolas en las que se destacaba la ternura de la misericordia de Dios, hoy las lecturas centran su atención en el uso de los bienes materiales.

La parábola parece un poco extraña, ya que da la sensación de que alaba a este administrador fraudulento; pero pienso que nos muestra algo importante.

Si nuestra relación con los demás no fuera a través de clichés, prejuicios, manías y descalificaciones por ser distinto o contrario, sino a través de una mirada limpia y desinteresada, entonces descubriremos que en toda persona hay cosas malas, pero también cosas a aprender de ella.

Ésta es la lección de Jesús, no alaba la actividad fraudulenta del administrador, sino su habilidad y sagacidad para utilizar los bienes de este mundo y ponerlos al servicio de los necesitados.

La verdad del amor se manifiesta también en la opción por el dinero, en su uso, en la solidaridad y en el compartir económicamente con los necesitados.

Jesús, se centra aquí, en la actitud que se debe de tener ante el dinero y lo expresa mediante el verbo “servir”, ser esclavo. El dinero puede convertirse en un ídolo, en una especie de dios que se adueña de la vida, la esclaviza y pervierte nuestras relaciones, y lo hace cuando lo convertimos en «Mammón», esto es, en aquello en lo que se pone nuestra confianza, porque creemos y estamos convencidos de que nos proporciona total seguridad, honor, poder y felicidad.

Aquí Jesús está reflejando una doble línea que recorre toda la Biblia: el antagonismo irreconciliable entre Dios y el Mammón, y la alianza irrevocable entre Dios y el pobre, esto es, el pacto en la lucha contra su enemigo común, el Mammón.

Ahora bien, la maldad del dios-dinero no se encuentra en las cosas, en los bienes de la tierra, ni siquiera en el mismo dinero, ya que todas las cosas son buenas, son criaturas de Dios creadas por Dios Amor, Padre de todos, creadas para todos sus hijos, y los seres humanos las necesitamos para vivir dignamente como personas; la preocupación de los padres por conseguir el dinero suficiente para sacar a flote su familia, es un interés noble, bueno, necesario y responsable.

La maldad, que condena el evangelio, radica en la actitud que los diviniza. ¿Cuál es esta actitud? Según los profetas y el Nuevo Testamento, la actitud que diviniza al dinero y el narcisismo autosuficiente, egoísta, que se manifiesta en la codicia, en la avaricia, en la ambición; es entonces cuando el dinero se diviniza, porque se pone en él la orientación fundamental de la vida, la meta última para ser feliz. Entonces es cuando el dinero se convierte en Mammón, aquello en lo que se pone la total confianza. Actitud, que es más radical que la codicia y la ambición, ya que la justifica.

El ser humano no acumularía bienes si no viera en ellos la garantía para ser feliz y ser más que los demás. Aquí radica la tentación y el engaño, ya que, cuando se convierte el dinero en dios, se convierte en un dios funesto y cruel, pues su culto exige millones y millones de víctimas. En este caso el dios-dinero se convierte en rival de Dios Amor y en rival de hombre, hermano.

Lo opuesto a la pobreza no es la riqueza, sino la avaricia, la codicia, la ambición; actitudes que pueden encontrarse en todas las esferas y en todas las clases sociales, también en los pobres. Así, el mal rico es aquel que de lo que tiene no quiere compartir con el que tiene menos, pues, en el caso de que tuviera mucho más, tampoco compartiría.

Por eso, la lucha fundamental ha de ser la lucha contra el Mammón, que es más que el dinero. Es la fuerza que se organiza dentro de cada persona y entre los demás para hacer que la riqueza material se convierta en antihumana, opresora, antirreligiosa.

Pero el Mammón no interviene únicamente como un impulso psicológico, sino también como una fuerza sociológica gigantesca que nos separa no sólo de Dios, sino también de los demás y del sentido de la creación por medio de un orden social injusto.

La riqueza no es un mal, sólo cuando se acumula; porque cuando la riqueza se distribuye según las necesidades de cada uno, queda liberada de ser Mammón y se convierte en sacramento liberador.

Algunos han afirmado que en lo que respecta a la conciencia social los cristianos no llegamos a los mínimos, ¿estás de acuerdo?

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Amós 6,1a.4-7): *No os doléis del desastre.*

2ª lectura (1ª Timoteo 6,11-16): *Guarda el mandamiento del amor sin mancha ni reproche.*

Evangelio (Lucas 16,19-31): *Tú ya recibiste los bienes en esta vida.*

«¿Cómo juzgará la historia a una generación que cuenta con todos los medios necesarios para alimentar a la población del planeta y que rechaza el hacerlo por una ceguera fratricida? ¿Qué paz pueden esperar unos pueblos que no ponen en práctica el deber de la solidaridad? ¿Qué desierto sería un mundo en el que la miseria no encontrara la respuesta de un amor que da la vida!» Estas palabras, fueron pronunciadas en África por Juan Pablo II como un llamamiento a la comunidad internacional.

¿Cómo nos juzgará la historia? ¿Cómo nos juzgará Dios? ¿Cómo juzgan los pobres nuestra ceguera fratricida? Ellos son nuestros jueces. Las lecturas de hoy parecen responder a estas preguntas. La parábola nos habla de lo que sucede a quien ignora frívolamente al pobre necesitado, a quienes imitamos a aquel rico que se desprecupó del pobre Lázaro o nos comportamos como los hermanos del hombre rico.

Nuestra mirada sobre lo que ocurre en el mundo delante de nuestras mesas de comedor, puede estar oscurecida por la rutina y el egoísmo, de manera que ya no sabemos ver la miseria del mundo. Esa mirada nos puede complicar y cuestionar la vida. Tal vez está aquí el punto culminante de la parábola.

El domingo pasado el evangelio se cerraba con la sentencia de Jesús «no podéis servir a Dios y al dinero» (Lucas 16,13). A continuación, en el versículo 14, que hoy no se lee, Lucas hace notar algo que es importante para el contexto sentido de la parábola: «Oyeron esto unos fariseos, amigos del dinero, y se burlaban de él». Este versículo ayuda a situar el ambiente en el que la parábola es pronunciada: unos personajes se tienen por justos y se burlan de Jesús. En el fondo está la imagen de Dios que unos y otros presentan. Debemos aprender que sólo Jesús muestra el auténtico rostro de Dios. Un Dios que condena la indiferencia del rico hacia Lázaro.

El evangelio proclamado nos ofrece algunos contrastes que debemos recoger, para criterio de nuestras vidas, según el conocido texto de Isaías 55,8: «Mis planes no son vuestros planes, mis caminos no son vuestros caminos, dice el Señor». No entra en nuestros planes que una persona rica, que se vista de púrpura y de lino y banquetee espléndidamente cada día no sea conocido, que no tenga un nombre. Porque en el texto bíblico no lo tiene.

Es tan extraño a nuestra manera de pensar, que le hemos puesto un nombre propio que no tiene: «**Epulón**» no es su nombre, sino el que hemos inventado para designar a un hombre que “epulonea” espléndidamente cada día. No nos cabe en la cabeza que un personaje rico no tenga nombre y apellido. Sin embargo, son multitud inmensa los que nacen y mueren sin que su nombre sea inscrito en ningún registro. No han existido para el mundo. Pero existen para Dios y viven en Él.

Otro contraste aparece en el texto: «entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que no puedan cruzar, aunque quieran, desde aquí hacia vosotros, ni puedan pasar de ahí hasta nosotros». En nuestro mundo también existe un abismo que miles de millones de personas no pueden cruzar y que también desearían cruzar: el abismo de la pobreza y del hambre.

También ellos piden que alguien moje en agua la punta del dedo y alivie sus sufrimientos: «Los pueblos hambrientos interpelan con acento dramático, a los pueblos opulentos. La Iglesia sufre ante esta crisis de angustia, y llama a todos, para que respondan con amor al llamamiento de sus hermanos» (Pablo VI, *Populorum progressio* 3).

El final de la parábola suena especialmente duro en labios de Jesús: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto». Es una sentencia muy grave para aquellos “amigos del dinero que se burlaban de él”, pero también para quienes, en todo tiempo y lugar, ignoran o ignoramos el dolor de los pobres y marginados. La referencia a los perros lamiendo las llagas de Lázaro no hace sino aumentar el dramatismo de la escena y la seriedad de su advertencia.

- ¿Paso indiferente ante los Lázaros de mi tiempo?
- ¿Acepto la reprobación que Jesús hace a mi manera de vivir?
- ¿Estoy dispuesto a ayudar con mi tiempo y mi dinero al sostenimiento de obras o actividades a favor de los más pobres?

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Habacuc 1,2-3; 2,2-4): *El justo vivirá por su fe.*

2ª lectura (2ª Timoteo 1,6-8.13-14): *Dios nos ha dado un espíritu de amor y buen juicio.*

Evangelio (Lucas 17,5-10): *Señor, auméntanos la fe.*

En el siglo VI a.C. no tenían linotipias para imprimir la prensa, ni habían colocado antenas para ver la televisión, ni se les habían gastado las pilas para hacer funcionar los transistores, pero la situación anímica que refleja la primera lectura, es la misma que nos producen a nosotros las noticias que leemos en periódicos y revistas, escuchamos en la radio o vemos en nuestras pantallas de plasma.

A Habacuc le llegan mensajes, rumores y comentarios sobre lo que ocurre: *Violencias, catástrofes, contiendas, desgracias, mucho por hacer, tareas por realizar, luchas, injusticias, tristezas...* ¿Hasta cuándo? El panorama le preocupa y deprime. **¿No va a hacer Dios algo que ponga fin a tanta calamidad?**

Nuestra impotencia, unida a nuestro deseo de poner fin a tanto sufrimiento, forma una mezcla de querer y no poder, de ansiedad y fatalismo, de rebeldía y compasión solidaria, un cóctel de sentimientos encontrados y de fe religiosa que se siente provocada.

Nadie en su sano juicio, puede permanecer indiferente a la vista de todo lo que nos rodea, como pensaba Habacuc, como les pasa a los creyentes de siempre, como les ocurría a los apóstoles, compañeros de Jesús en el camino de la vida hacia la meta, que ÉL había situado en Jerusalén.

También ellos son testigos de todo lo que ocurre a lo largo del camino: Cuántos marginados que no pueden seguir, cuántos leprosos que no son admitidos en la ruta ordinaria, cuántos desorientados que no saben dónde dirigirse, cuántos desanimados que ya no quieren esforzarse, cansados de buscar y no encontrar.

Los apóstoles reflejan, muy bien, nuestra inquietud y nuestra necesidad. Son portavoces de nuestro ánimo y lo convierten en petición, en súplica, en actitud religiosa de quien siente, hasta lo más hondo, la realidad humana de sufrimiento, deseo e impotencia. **¡Dios haz soportable este mundo y ayúdanos a cambiarlo!**

Nuestra preocupación se centra, especialmente, en el cambio, en la transformación de un mundo humano tan deshumanizado. Nuestra sensibilidad nos lleva a pensar, con urgencia, lo que podemos hacer. Nuestra cabeza y nuestro corazón se sumergen en el abismo de la tarea histórica, que es la tarea moral, para contagiarnos unos a otros la tensión de actuar, de arremangarse, de poner manos a la obra, de trabajar siguiendo indicaciones, de poner en práctica la ley moral.

Y tanta es la urgencia que sentimos que todo se nos va en predicar y pensar en términos morales: *hay que hacer..., hay que cumplir..., no se puede..., no conviene..., está permitido..., no lo está...* Como si la religión fuera moral, como si la fe fuera cumplir mandamientos, como si Dios fuera un mandón, como si creer fuera vivir sometido a más reglas y normas que los demás, como si la fe fuera una desgracia añadida a la carga de vivir siendo humanos.

En cambio, la fe que Jesús nos transmite no es eso. Es otra cosa. Ya les advierte a los apóstoles que contemplan la fe como una obligación con distintos grados de compromiso y varios niveles de perfección.

Vivir con fe es un sentido de confianza vital y de esperanza histórica que, sin conformarse con la realidad tan triste en que el mundo se encuentra, siente más la dicha de la vida que la tarea de la historia. Pone más el acento en la seguridad de contar con un Dios compañero de nuestra existencia que en el largo esfuerzo que nos queda por hacer.

Vivir con fe es sentir, en medio de todo este tinglado de dolor, un ánimo que nos sobrepone, una esperanza que ve salida, un amor que nos asume, un Dios que nos comprende.

Vivir con fe es sentir, con pesar, que muchos viven abrumados por la inmensa tarea de ver solución. Por eso la fe no les carga todavía más la responsabilidad de un trabajo sin arreglo, sino que les alivia la culpa de creerse responsables de todo.

Como Pablo a Timoteo, también nosotros recibimos el encargo de extender una fe que es hacer sentir a Dios a nuestro lado como compañero de viaje, para poder leer la prensa, oír la radio y ver la televisión sin quedarnos acongojados en la impotencia y el absurdo de la historia.

- **¿Dónde ponemos el acento, en la confianza en Dios o en las normas?**
- **¿Qué es más la vida para nosotros: un regalo o una tarea?**

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 5,14-17): *quedó limpio de la lepra.*

2ª lectura (2ª Timoteo 2,8-13): *no puede negarse a sí mismo.*

Evangelio (Lucas 17,11-19): *Tu fe te ha salvado.*

Para algunos de nosotros, no sé si para muchos o para pocos, uno de los caballos de batalla con los que tenemos que pelear a lo largo de nuestra vida es la “obediencia”. En ello tienen que ver dos elementos: la autoridad y la forma de ejercerla, y la participación que cada uno ha tenido en el diseño y la construcción de su propia persona.

El ejercicio de la autoridad cuando alguien está creciendo tiene unas consecuencias u otras dependiendo de si el que marca las pautas es muy autoritario y quita toda la iniciativa al que tiene que obedecer; si esto, además, viene cargado con una concepción errónea de lo que es el pecado, todavía agrava más el asunto.

El sujeto que obedece siente que no está teniendo ningún tipo de participación en lo que es su desarrollo personal y le parece que debe pedir permiso para realizar cualquier tipo de iniciativa o de decisión en el ejercicio de su libertad personal.

Esto no tiene nada que ver con la experiencia de que la persona que, a ti te parece, está obligándote a no abandonar un camino emprendido, lo hace porque te quiere y desea para ti lo mejor en la vida: que aprendas a valerte por ti mismo en el tiempo futuro.

Desde muy pequeños se nos enseña que cuando alguien regala alguna cosa hay que decir “*gracias*”. Lo mismo recoge la tradición popular: “**De bien nacidos es ser agradecidos**”. Y a todos nos agrada que se nos reconozca cuando hacemos algún favor a otra persona.

Todo esto no excluye que, en algunas ocasiones, alguien no quiera saber nada cuando queremos agradecerle alguna cosa que nos parece que ha sido un regalo para nosotros. Tomemos, como ejemplo, el caso de los padres o los enamorados y también el de los verdaderos amigos; no hacen las cosas para que se les agradezca sino porque forman parte de su identidad, ellos actúan gratuitamente, con una generosidad exquisita porque no pueden hacerlo de otra manera, dejarían de ser ellos mismos.

Así es también el ser de Dios con nosotros y no puede actuar de otra manera más que amando a todos aquellos que se encuentran con Él en el camino de la vida. Todas las personas, que en su Hijo Jesús nos sentimos salvadas en el amor de su vida entregada, debemos seguir actuando a su manera: regalando lo que somos a los que acuden a nosotros solicitando nuestra colaboración para hacer su vida mejor.

La tarea que cada uno de nosotros desempeñamos en los diferentes ámbitos de la vida no siempre resulta fácil; hay ocasiones que las circunstancias nos son adversas: porque no somos bien recibidos, porque se nos considera enemigos del sistema establecido o no estamos suficientemente preparados para la misma.

Desde el comienzo de la vida de las distintas comunidades cristianas los nuevos evangelizadores vivieron esta experiencia y, como en tantas ocasiones, tuvieron que acudir a su maestro que **«aprendió sufriendo a obedecer»** la voluntad de su Padre Dios para poder llevar adelante su misión.

Esta misión a veces nos pide el sufrimiento de quedarnos sin nada para que se perciba que lo más importante es la misión misma. En ocasiones, el sufrimiento vendrá del quedarnos solos, sin nadie a nuestro alrededor que vea las cosas como nosotros las vemos. Y, aún hay más: en el sufrimiento físico causado bien por la persecución a causa de la Palabra, como en el caso de Pablo y el de tanto y tantos mártires, o bien porque los anteriores te llevan a situaciones de dolor y de amargura.

El pasaje de la vuelta del leproso samaritano cuando siente que ha sido curado, es para agradecer a Jesús lo que él vive como un regalo inmerecido, para sentirse, cómo los demás, reintegrado a la sociedad de los sanos.

La respuesta de Jesús ante esa actitud va mucho más allá: no sólo estás curado, tú estás salvado. No debes permanecer arrodillado (“*echado en el suelo*” dice el texto) como un inferior; tú **«levántate»**, toma tu dignidad de hijo que te has encontrado con un Dios que es Padre y quiere que todos, judíos y samaritanos, seamos sus hijos y vivamos como hermanos de igual dignidad.

Deberíamos plantearnos a qué se debe esta enemistad religiosa entre pueblos vecinos: los judíos y los samaritanos en tiempos de Jesús; y la que existe entre distintas sensibilidades tanto religiosas como sociales o políticas. Posiblemente sea debido a que no nos hemos encontrado de verdad con esa fuente del don que, como sucede en la montaña cuando llegas a una fuente de agua fresca y te encuentras con alguien, hablas del agua que calma la sed y que no es de nadie ni debes pagarla a nadie; es agua gratuita para los que sienten la sed en el camino de subida.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 17,8-13): *le sostenían los brazos, uno a cada lado.*

2ª lectura (2ª Timoteo 3,14-4,2): *insiste a tiempo y a destiempo.*

Evangelio (Lucas 18,1-8): *orar siempre sin desanimarse.*

La parábola de Jesús del evangelio de hoy, muestra la buena disposición de Dios para hacer justicia a los suyos, sobre todo a los más necesitados, es decir, a las primeras víctimas de la injusticia. Tal era el caso de las viudas en aquel tiempo y, sigue siéndolo muchas veces en los nuestros.

Tal era el caso de los señores de aquel tiempo, desentendiéndose de los pobres, negándose a escuchar sus reivindicaciones, y sigue siéndolo con demasiada frecuencia también en nuestros tiempos, porque, aunque se diga que todos somos iguales ante la ley, las leyes (hechas por los hombres) no se aplican por igual para todos. Hay demasiadas excepciones, demasiados privilegios, demasiada corrupción.

Jesús nos invita a orar siempre, sin desfallecer, cuando se trata de hacer justicia, la justicia que sólo es verdadera y definitiva en el reino de Dios. Por eso en la oración modelo, la que nos enseñó Jesús, pedimos que *“venga a nosotros el reino de Dios y que se cumpla su voluntad”*, que se haga justicia, no sólo en el cielo, sino también en la tierra. Más aún, *“que se haga justicia en la tierra como se hace en el cielo”*.

No podemos pedir a Dios aquello que no estamos dispuestos a recibir y realizar. Por ello, orar es pedir justicia, pero es también implicarse de lleno en el compromiso por la justicia. La oración nos hace que, reconociendo de antemano nuestra dependencia de Dios por los dones recibidos, luchemos por alcanzarla, pugnemos por conservarla y combatamos por mantenerla.

La oración es, en efecto, el reconocimiento de nuestra radical indigencia (no somos dios, sino criaturas de Dios), tenemos necesidad de los demás, de todos (no somos autosuficientes), y en última instancia, tenemos que contar con Dios.

La primera lectura subraya con toda claridad que Dios sigue velando por su pueblo y por nosotros a través de las mediaciones humanas. Moisés, con los brazos en alto, en oración, pelea con los ejércitos de su pueblo. Dios siempre cuenta con los medios que nos ha facilitado al crearnos. Y, llegado el caso, espera que reconozcamos nuestras limitaciones y recurramos a Él.

La oración a Dios, cuando moviliza todas nuestras fuerzas concedidas (gratis) por Dios al crearnos, cuenta con una nueva gracia de Dios al escucharnos y venir en nuestra ayuda. Pero la gracia de Dios nunca deja fuera de juego nuestras posibilidades y capacidades, sino que cuenta con ellas, las renueva y revitaliza y así hace que seamos nosotros, asistidos con su favor, los que vayamos realizando la justicia.

Se ha dicho que la gracia no destruye la naturaleza, y también se ha dicho que **“a Dios rogando y con el mazo dando”**. Por eso, al sabernos agraciados por Dios en nuestras capacidades, de Él recibidas, y al vernos nuevamente agraciados por Dios en nuestras posibilidades reales por la oración, tenemos que sentirnos agradecidos. Porque todo es gracia, la creación y la redención, la sed de justicia y la justicia.

Por eso la eucaristía tiene que ser siempre nuestra principal oración, nuestra permanente acción de gracias, y, a la vez, la reafirmación perseverante en nuestro compromiso por el reino de Dios, por la justicia, para que se cumpla en la tierra, como se cumple en el cielo.

¿Qué pedimos en la oración?:

- ❖ **¿Pedimos sólo favores personales y ventajas?**
- ❖ **¿Nos acordamos de todos?**
- ❖ **¿A quiénes olvidamos... precisamente a los más pobres?**
- ❖ **¿Colaboramos para alcanzar lo que pedimos o esperamos que Dios nos lo resuelva todo?**
- ❖ **¿Trabajamos por la justicia?**

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 35,12-14.16-18): *el juez justo hace justicia.*

2ª lectura (2ª Timoteo 4,6-8.16-18): *lo salvará y llevará a su Reino.*

Evangelio (Lucas 18,9-14): *no se atrevía ni a levantar los ojos.*

El mundo de la culpa es tenebroso, nebuloso y espectral. Es algo así como la orilla de un pantano natural al amanecer de primavera: nieblas, luces que no aclaran sino que acentúan la presencia de peligros, la sospecha de inminencias, el miedo a lo sorprendente, la posibilidad de entrar en zonas de fango que atrapan e impiden la salida, la sensación de presencias que ven sin ser vistas, el presentimiento de acechos, la invitación a la retirada, el anhelo de protección.

Si en el mundo animal hay una cierta experiencia de la culpa, unida a la disciplina jerárquica que imponen los líderes, como miedo a las consecuencias de romper los comportamientos tolerados; en el mundo humano, a la vez que se mantiene esta misma experiencia de la culpa por la relación con la autoridad, con el grupo o con el miedo al rechazo y al castigo, hay otro nivel que pone a cada uno ante sí mismo, ante su propia realidad personal.

Ser “racional” es muy complicado porque continuamente algo interior nos impulsa a mirarnos al espejo profundo del pozo al que todos los humanos vamos a beber; el pozo de la reflexión. Una hondura inmensa, cuyo fondo relanza hacia arriba la imagen que nosotros volcamos hacia abajo cuando nos asomamos. Un mundo, el del pozo, cuyas sombras se iluminan, a veces, con los rayos reflejados en el agua o los que bajan hacia sus profundidades. Un mundo, el nuestro, lleno de oscuridades, de resaltes, de mostrar y ocultar. Un mundo complejo.

La culpa no suele tener una imagen de estrella de cine, ni de santo de altar, ni de belleza seductora y provocadora. Suele tener muchas manchas, algunas arrugas, varios tintes de porquería y algunas cosas más cuyos ingredientes desconocemos. En el espejo de la reflexión suele aparecer una imagen bastante próxima a la realidad pero difícilmente entusiasmante.

A veces surge la tentación del maquillaje; de esa manera tratamos de ocultar lo desagradable y de resaltar lo que nos hace más aceptables. Hasta conseguimos ser maestros en técnicas maquilladoras para cambiar. En algún caso el resultado es tan convincente que nosotros mismos terminamos asumiendo como propia la imagen maquillada. Eso se llama engañarse. Es la culminación del juego. “Intento engañar ocultando lo que soy y termino creyendo mi propio engaño”.

Pero la culpa es buena si es crítica. Es duro verse las arrugas externas, puro reflejo de otras interiores. Es duro encontrar manchas en la piel cuando sabes que afloran las de dentro. Es duro sentir la piel reseca si además es la evidencia de que no corren las aguas interiores y profundas de la vida. Es difícil aceptar los defectos físicos cuando son las señales que simbolizan los traumas interiores y las limitaciones del ánimo y la esperanza.

Difícil proceso el del ser humano que tiene que caminar entre las nieblas y cerca del pantano intuyendo su ignorancia de la zona y, todavía, aparentando una valentía y una autosuficiencia que el entorno le exige.

Pero Dios sabe muy bien lo que llevamos entre manos y conoce de qué material hemos salido de las suyas; al fin somos sus criaturas que escapamos impacientes antes de dar los últimos retoques de su obra. Pero son retoques importantes, que tenemos nosotros que aprender a hacerlos con la experiencia y la habilidad de un artista. Y no solemos acertar. No somos una obra maestra.

Y aquí estamos, inacabados todos. Necesitados de encontrar el camino hacia nuestro final para estar realmente seductores como los cuadros colgados en una exposición, que han de esperar al admirado y entusiasta comprador. A no ser que el comprador sea alguien tan especial como un padre que, entusiasmado, no mira tanto la terminación de la obra sino el hecho de ser su hijo quien está ahí esperando su reacción.

El publicano de la parábola se acogió a este tipo de mercantilismo familiar y encontró un padre comprador y entusiasta; el fariseo creyó en sus posibilidades de mercantilismo puro y duro. Así le fue. Ni se entendió él ni entendió a Dios ni encontró la paz. Pablo, que había trabajado mucho, se encomendó a Dios y en Él esperaba. Así pudo disfrutar de su final con esperanza.

- ¿Acudimos con frecuencia al pozo de la reflexión para encontrarnos?
- ¿Sentimos el cariño de Dios que nos acoge con nuestras culpas inconfesables?
- ¿Entendemos que los demás viven el mismo proceso que nosotros?

FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7,2-4.9-14): *una muchedumbre inmensa.*

2ª lectura (1ª Juan 3,1-3): *ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5,1-12a): *Estad alegres y contentos.*

SANTO ES EL SEÑOR, NUESTRO DIOS. Hoy la Iglesia, llena de gozo, así lo proclama en el centro de nuestra celebración: «*Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo*». Uniéndonos a esa inmensa multitud del libro del Apocalipsis para cantar su gloria y su sabiduría, su honor, poder y fuerza por los siglos. «*Santo es el Señor, nuestro Dios*», fuente de toda santidad, que por la fuerza del Espíritu transforma los dones que le ofrecemos en el Cuerpo y Sangre de su Hijo, y nos transforma a los oferentes en pueblo sacerdotal digno de celebrar tan sublimes misterios.

«*Padre Santo*» le llama Jesús en la tarde de la despedida (Juan 17,11). «*Su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación*», proclama María agradecida (Lucas 1,49).

¡SANTO Y FELIZ JESUCRISTO! Así le canta la Iglesia en la Vigilia Pascual a Cristo Resucitado. «*Santo es el Cordero degollado, digno de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fuerza y el honor, la gloria y la alabanza*». Con las palabras del Gloria, la liturgia canta a Cristo cada domingo: «*sólo tú eres Santo, sólo tú Señor, sólo tú altísimo, Jesucristo*». Ungido por el Santo Espíritu «*pasó haciendo el bien*», y Pedro confesará con toda la Iglesia: «*Tú eres el santo de Dios*» (Juan 6,69).

SANTA ES MARÍA, NUESTRA MADRE María, madre de Cristo y madre de la Iglesia, es santa. «*Llena de Gracia*», fecunda en el Espíritu Santo. Por eso, el que va a nacer de ella se llamará «*Santo, Hijo de Dios*». Bendita entre todas las mujeres, sigue los pasos de su Hijo hasta la cruz. Ella es la primera creyente que acompaña a la comunidad cristiana y orante con ella a la espera del Espíritu de Pentecostés.

SANTOS, LOS QUE VIENEN DE LA GRAN TRIBULACIÓN. «*Han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero*». Muchos lo hicieron literalmente, mezclando su sangre con la de su Señor en un martirio cruento. Otros lo hicieron dando su vida, silenciosa, calladamente, por sus hermanos más pobres, por un mundo mejor, por el Reino de Dios. Entre los más pobres vivieron y con ellos han muerto.

SANTOS, TODOS NOSOTROS. Santos, porque nuestro Dios y Señor es santo. Santo era el nombre de los creyentes de los primeros tiempos. Santos somos, porque hemos sido configurados con Cristo en el bautismo. Santos tú, y tú, y él. Tú, que asistes hoy a la Eucaristía en la fiesta de Todos los Santos, en la que puedes celebrar como dichas para ti las palabras del ángel: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del altísimo te cubrirá con su sombra*». Aconteció en tu Bautismo. La santidad es nuestra «*denominación de origen*».

- **Santa** eres tú mujer, madre de familia, que reproduces en los tuyos las entrañas maternas de Dios con tu ternura.
- **Santo** eres tú obrero u obrera, que soñabais con realizar vuestra vocación en un trabajo digno al servicio de la sociedad y del sustento de los vuestros, y os habéis encontrado con un precario trabajo de esclavitud y hastío, y seguís en el tajo.
- **Santo** eres tú, hombre y mujer políticos, que os comprometisteis en ese mundo difícil porque la Iglesia os dijo que alababa y bendecía vuestra consagración al noble arte de la política, una de las más altas tareas del cristiano.
- **Santo** eres tú, joven, que ves peligrar tus ilusionados proyectos pero no te rindes.
- **Santo** eres tú, sacerdote que has gastado con limpieza tus fuerzas en la entrega al Pueblo de Dios, y ahora vives en la soledad de tu cuarto, con pocas visitas y una salud débil, mantenido por esa palabra que te consuela en todo momento: «*Mientras yo pensaba: “En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas”, en realidad mi derecho lo llevaba el Señor, mi salario lo tenía mi Dios*» (Isaías 49,4).

Porque la santidad no es un esfuerzo titánico para alcanzar algo que nos supera absolutamente, sino don divino que estamos llamados a reconocer y vivir con agradecimiento grande: «*Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no se ha frustrado en mí*» (1ª Corintios 15,10). Todos somos santos, con una vida preciosa, única e irreplicable.

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 11,22-12,2): *todo lleva tu sople incorruptible.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 1,11-2,2): *consideraos dignos de vuestra vocación.*

Evangelio (Lucas 19,1-10): *ha venido a salvar lo que estaba perdido.*

Llamar a las puertas y teléfonos, y que todos “pasen de ti”; ir de ventanilla en ventanilla para conseguir una ayuda, intentando mantener “buena cara y una sonrisa”, y que te traten como el número ciento veintidós; tener que recurrir a los padres, a los hermanos, y a los amigos, para poder llegar a fin de mes, o al principios de cada mes para poder pagar los plazos...

En esta situación se encuentran muchas personas hoy, muchas más cada vez. El paro generado por la crisis económico-financiera crea “seres inoportunos”; convierte a los vecinos en “pesados” y a los amigos en “molestos”: preguntan por trabajos, buscan ayuda, piden favores y dinero. Estos “inoportunos” son entonces las personas más expuestas a los “oportunistas”. Si muchos son los que piden, muchos son también los que ofrecen, pero..., no gratis, sino bajo exigentes condiciones, aunque bien camufladas y disimuladas.

La usura no es una cosa del pasado, tampoco del presente, es invención del ser humano de siempre; “nadie da nada por nada”, y menos aún a los que, casi nada tienen. De modo más o menos organizado –desde los bancos y casas de empeño hasta los establecimientos de “compro oro” o prestamistas- el lucro es uno de los mayores negocios: «**el hombre es un lobo para el hombre**»; un lobo que se reúne en jaurías para rodear, acosar y hacer sucumbir a los más débiles del rebaño.

Mientras tanto, quienes no son afectados directamente no tienen por qué preocuparse, o hacerlo en todo caso moderadamente. Ésta parece ser la premisa de las relaciones con los “inoportunos”. Hablar más de la cuenta con ellos, tocarles demasiado, compartir espacios comunes, es peligroso, porque la mala fortuna se contagia. Por otro lado, también está mal visto olvidarse del vecino o del amigo que está “sufriendo la crisis”; sin embargo, hay un amplio abismo entre saber de sus problemas y pre-ocuparse por ellos. En último caso, parece ser que el único que se tiene que ocupar es el que sufre los problemas.

En tiempos de Jesús, había muchos perdidos o “inoportunos” –contagiosos, de los que había que apartarse-, y tanto ellos como los que de ellos se lucraban –los publicanos y cobradores de impuestos- estaban socialmente mal vistos. Ahora bien, **¿quién no necesita una nueva oportunidad?** No sólo tienen necesidad de oportunidades los “inoportunos”, sino también los que de ellos se aprovechan, y mucho más cada uno de los que temiendo contagiarse de la mala suerte de unos por una parte, rechazan por la otra, a los que se aprovechan de estos desafortunados.

Vivimos una sociedad de lobos y de reses, de jaurías y de rebaños, no hacen falta oportunistas –que se beneficien de los que andan perdidos entre la hipoteca, el cansancio y la desesperación- sino gente que dé oportunidades para todos. El evangelio de Lucas nos presenta, precisamente, a Jesús como el cordero de Dios entre lobos que da una oportunidad a Zaqueo, un supuesto rico oportunista, jefe de publicanos ladrones, avaricioso usurero. Pero cuando la «**salvación**» entra con Jesús en la casa de Zaqueo, la oportunidad de salvación se extiende para todos, también para todos aquellos que murmuraban, diciendo «**ha entrado a hospedarse en casa de un pecador**».

Podemos criticar, juzgar y acusar a los que creemos que se aprovechan de los desafortunados, pero no por ello van a dejar éstos de existir con sus problemas económicos y personales, y sobre todo no van a dejar entonces de ser “inoportunos” para nosotros. A los ojos de Dios nadie hay “inoportuno” porque nadie hay odioso, como nos recuerda el libro de la Sabiduría. El Señor «**amigo de la vida**» los ama a todos, lo que significa que cree realmente en sus posibilidades, porque, si han sido por Él creados, si existen ante nuestros ojos –con los apuros y los problemas que nos presentan- no es sino porque nunca han sido unos desafortunados y nunca unos inoportunos para Dios.

Las lecturas de hoy no acusan a los ricos ni consuelan a los pobres, sino que rompen precisamente esta diferencia entre personas, cuestionándonos a nosotros mismos, desde las seguridades con que nos defendemos. Comprender el amor divino desplegado en las acciones de Jesús en el evangelio enseña que no hay buena o mala suerte en la vida, gente con o sin oportunidades, sino personas dispuestas o no, a ser signos de las oportunidades de Dios para los que se encuentran perdidos.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Macabeos 7,1-2.9-14): *dispuestos a morir para alcanzar la vida eterna.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 2,16-3,5): *el Señor que es fiel, os dará fuerzas.*

Evangelio (Lucas 20,27-38): *no es Dios de muertos, sino de vivos.*

Este texto de Lucas forma parte de una serie de controversias que Jesús sostiene con sus adversarios. Los que tratan ahora de poner a Jesús en un aprieto son los saduceos. El pasaje de hoy dice que negaban la resurrección, basándose en que nada se dice en los cinco libros de la ley (Pentateuco), los únicos que aceptaban como Sagrada Escritura.

Éstos se presentan ante Jesús para desacreditarlo, pues ÉL, si defiende la resurrección de los muertos. Para ello los saduceos recuerdan una ley dada por Moisés, llamada “*ley del levirato*” (Levir significa cuñado), y le presentan un caso hipotético, que nos narra el pasaje evangélico. La respuesta de Jesús la podíamos titular “**carácter escatológico de la fe**”. El término “*escatológico*”, que significa: ciencia de las cosas últimas, nos evoca y señala, al hombre y al pueblo, las cosas últimas, el destino hacia dónde camina.

La escatología en la actual reflexión teológica constituye uno de los temas más importantes. Se diría que la escatología, esa ciencia, ese saber de las cosas últimas, esa experiencia, esa esperanza da a la vida y al actuar cristiano y de la comunidad creyente una dinámica muy original, la dinámica de la esperanza, que sólo puede nacer de una fe profunda en el Dios Viviente, revelado en Jesús muerto y resucitado.

En un mundo globalizado, el carácter escatológico de la vida y de la realidad se nos revela como una fuerza divina que nos atrae y nos hace saber que todos somos tripulantes de la misma nave que camina hacia el mismo puerto, que, aunque se den diversos caminos, en el fondo todos buscamos lo mismo: “*una vida plena y feliz*”, todos buscamos a Dios aun sin saberlo.

La dimensión más escatológica del mensaje de Jesús nos revela cuál es la meta de la historia, cuál es el proyecto de Dios: caminar hacia la ciudad de Dios donde todos conviviremos unidos, iguales y distintos como hijos de mismo Padre-Dios y como hermanos. Meta que hemos de comenzar, ya desde ahora y aquí, a realizarla, imponiendo un orden humano digno para todos mediante la justicia, un Gobierno justo, una paz internacional, el desarme, etc.

Según el mensaje evangélico, el cristianismo no es un conjunto de verdades que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, de prohibiciones... Así resulta ser muy poco atractivo y convincente. El cristianismo es una persona que me ama tanto que me reclama el amar como ÉL me ama. El cristianismo es Cristo.

A la luz de Cristo es como se entiende lo escatológico: Cristo, el hermano mayor, el primogénito, que nos está esperando. Pero lo escatológico no es sólo lo que se espera, ya está actuando ahora, porque Jesús se encuentra y camina con nosotros, marcándonos el camino por medio de su Espíritu.

Cuando Cristo vino a habitar entre nosotros, comenzó lo escatológico. Es el último acto de Dios para darle a la historia su sentido final. El sentido final de la historia se realiza en la muerte y resurrección de Cristo, aunque hay que esperar su consumación, cuando vuelva en el esplendor de su gloria. En Jesús Dios se nos revela como el Viviente. Por esto, Jesús defiende la vida y defiende la resurrección y rechaza el argumento de los saduceos.

Hay que tener en cuenta que, según la mentalidad judía de entonces, el matrimonio era una institución destinada a perpetuar la especie humana. Jesús afirma que, «*cuando los muertos resuciten*», no habrá una simple continuación de la vida terrena, nuestra condición humana será totalmente transformada y disfrutaremos de una plenitud liberadora. Entre la vida presente y futura se establece una especie de **continuidad-ruptura** que no podemos comprender totalmente ahora.

Según Jesús, el Dios de la Biblia es «*un Dios de vivos, no de muertos*»; es vida y fuente de vida, y nosotros vivimos esa vida que ya está en nosotros, pero que todavía falta su plenitud, optando por una vida digna para todos y luchando contra los poderes de la muerte, para que haya vida y vida cada vez más digna y plena para todos.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Malaquías 3,19-20a): *os iluminará un sol de justicia.*

2ª lectura (2ª Tesalonicenses 3,7-12): *trabajad para ganáros el pan.*

Evangelio (Lucas 21,5-19): *ni un cabello de vuestra cabeza perecerá.*

Estamos llegando al final del año litúrgico como todos los años con anuncios del final de los tiempos en las lecturas de estos domingos; y sigue resultando curioso que esto sucede también el primer domingo de Adviento; ese día volveremos a escuchar relatos apocalípticos aunque se les suma el carácter de un final esperanzado que este domingo no aparece tan claro.

Esto no es nuevo. Todas las personas hemos vivido la experiencia de no saber si estábamos viviendo el comienzo o el final de alguno de los capítulos de nuestra historia personal o colectiva; no terminamos de saber si hemos abandonado algo vivido ya o estamos al comienzo de algo nuevo que no nos había sucedido nunca. En definitiva, las mujeres y los hombres, las personas de todos los tiempos, debemos estar siempre dispuestos, a comenzar de nuevo nuestra personal historia, siendo los verdaderos protagonistas de la misma.

A todos nos habrá pasado alguna vez que, volviendo a un sitio después de mucho tiempo, alguna persona que nos conocía de entonces nos ha dicho: “*Quién te ha visto y quién te ve*”. Esta frase, generalmente se refiere al aspecto físico porque estamos más gordos..., más delgados..., más calvos..., más...; pero también se podría decir de aspectos más internos, más íntimos de nuestra persona: pensamos diferentes, somos más maduros y reflexivos, damos importancia a otras cosas. En definitiva porque **HEMOS CAMBIADO**.

Los que se dan cuenta de los cambios verdaderos, de aquellos que merecen la pena, son las personas que conviven contigo, aquellas que participan de un proyecto común, las que animan a sacar lo mejor de cada uno porque lo han descubierto en nosotros y en los demás y posibilitan la evolución de las personas y las transformaciones históricas de la sociedad.

A lo largo de la historia de la Iglesia se han producido cambios que parecían imposibles cuando se produjeron; incluso continua habiendo personas que consideran “**Esto no tiene ni pies ni cabeza**” habría que volver a lo de antes: *la sotana, el latín, la unión con la sociedad civil...* son algunas de ellas.

Les parece que volviendo a ellas volverían los tiempos de antes en los que los templos estaban llenos, los fieles eran obedientes y hacían lo que el clero les imponía y así no pasaría lo de ahora que “*nadie hace caso*”, cada uno va a su marcha y los templos se están vaciando de día en día. Más no es esta la cuestión fundamental.

Lo que nos ha sucedido es que hemos abandonado la referencia fundamental de la vida cristiana, que es Jesús y su proyecto de Reino de Dios. Nos habíamos refugiado en las prácticas en el templo y habíamos abandonado la persona y su relación con la vida de cada día y la situación de los más pobres y sencillos.

En todas las religiones se absolutizan algunas cosas que no lo son en absoluto; entre ellas los “templos”, que dejan de ser lugares para el encuentro con la divinidad y con el grupo de creyentes para convertirse en lugares controlados por las personas, más o menos religiosas, para vivir a su costa.

«**Jesucristo es el principio y el fin**». Para los seguidores de Jesús, sólo Él es el absoluto, y Él no consideró absoluto ni el templo, ni las leyes, ni las tradiciones sin contenido. Para Jesús lo verdaderamente absoluto son su Padre-Dios y las personas, junto a todo aquello que las hace libres y felices; por eso su proyecto será de liberación y de bienaventuranza, un proyecto que siempre está comenzando.

Por eso, todos nuestros proyectos deben tener su origen en Jesús y a Él deben de tender. Así nuestros días, semanas, meses, años, épocas deben funcionar con ese solo criterio: **Partir de un encuentro con Jesús y su proyecto para acomodar los nuestros, y no dar nada por terminado si no se ha llegado al encuentro definitivo con Él.**

DOMINGO DE CRISTO REY

1ª lectura (2º Samuel 5,1-3): *Tú serás el pastor de mi pueblo.*

2ª lectura (Colosenses 1,12-20): *Él es el principio, el primero de todo.*

Evangelio (Lucas 23,35-43): *acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.*

Es de todo punto imposible. No podemos celebrar la fiesta de Cristo Rey sin pararnos a mirar detenidamente a Cristo crucificado. Y es que la palabra rey tiene demasiadas connotaciones, no siempre positivas, difícilmente compatibles con la imagen de Jesucristo que nos regalan los evangelios.

Por supuesto, Jesucristo es Rey. Él mismo lo reconoció, como acabamos de ver, delante de Pilato en el momento de jugarse la vida. Y así lo reconoció escéptico el Procurador romano; por eso mandó dejar constancia de su realeza en la causa de la muerte: *«Este es el Rey de los judíos»*.

Pero también es verdad que, cuando las multitudes pretendían proclamarlo rey, tras la multiplicación de los panes, Jesús desapareció discretamente para evitarlo. Y es que el término “rey” resultaba equívoco entonces y ahora, y podía prestarse a un malentendido.

El propio Jesús quiso dejar constancia de su manera de pensar, aprovechando la ocasión de la discusión entre los suyos para ocupar los primeros puestos (los ministerios) en el reino. En aquel tiempo les dijo, lo mismo que nos dice hoy, que los poderosos oprimen y los ricos explotan, y que eso no vale entre cristianos: *«El que quiera ser el primero, que ocupe el último lugar, y el que quiera mandar, que sirva»*. Eso es todo. Así de fácil, así de claro.

Sus palabras deben resonar con nitidez en nuestros oídos: *«el que quiera ser mayor, que sea vuestro servidor»*. No como los que hacen ostentación de su servicio, llamándose ministros, sino prescindiendo de ventajas y privilegios, como Él que, siendo Dios, no hizo alarde de su categoría divina, sino que se rebajó hasta ocupar el último lugar, para servir, hasta entregar su vida y morir en la cruz para la salvación del mundo.

Toda la vida de Jesús se resume en dos palabras, el servicio a la voluntad del Padre, y el servicio a la humanidad sufriente; curando al hombre de sus dolencias y de la muerte y levantando su ánimo con el anuncio del reino de Dios inminente.

El Evangelio sigue siendo la buena noticia, la gran noticia, la mejor noticia que podemos recibir. De ahí la necesidad, la urgencia de anunciar el Evangelio al mundo entero, para erradicar de él la violencia y la desesperación, y animar la vida y la fraternidad en el horizonte de una vida eterna.

Por eso debemos volver los ojos a Cristo crucificado, para entender el sentido de la fiesta que celebramos, y comprender el mensaje del Crucificado, tal y como nos lo recuerda Pablo en la segunda lectura. Jesús es Rey, pero ha venido a servir, no a que le sirvan ni a servirse de los otros.

No tiene más leyes que el amor; por eso no necesita “*cuerpos legislativos*”; ni más política que el amor “*hasta para el enemigo*”; por eso no necesita ejércitos ni armas contra los enemigos. Y así resulta comprensible que muchos no puedan entender, ni aceptar un rey tan extraño.

- No lo pueden entender los poderosos, porque su empeño es dominar e imponerse más que servir.
- No lo entendió el gobernador de Roma que, aunque con muchas dudas, lo condenó a muerte.
- Ni lo entendieron los judíos escandalizados.
- Ni los gentiles que sólo vieron en la cruz una diversión o una bobada.

Pero para los cristianos, para los creyentes, la cruz es fuerza de Dios para sacar al hombre de las tinieblas y franquearle la entrada al reino de la luz.

Jesucristo es Rey, Servidor, Salvador, Redentor. ¿Lo creemos así?

¿Entendemos que reinar es servir?

¿Nos sentimos servidores en todo cuanto hacemos en el trabajo y en nuestra vida?